

Hasta que las
Highlands
nos separen



MORGAN GARO

Hasta que las
Highlands
nos separen

MORGAN GARO

©**Morgan Garo**, 2026

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación de información o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, digital, fotográfico o de otro tipo, sin el consentimiento previo y por escrito de la autora.

Esta novela es una obra de ficción. Los personajes, diálogos, escenarios y sucesos descritos son fruto de la imaginación de la autora o han sido utilizados con fines literarios. Cualquier semejanza con personas, lugares o acontecimientos reales es puramente accidental.

Primera publicación: junio de 2026



PRÓLOGO

Abro un ojo. Luego el otro y me arrepiento al instante, porque la luz que entra por la ventana parece diseñada para castigarme por algo que todavía no recuerdo.

Esta no es mi habitación del hotel. Tampoco es mi cama. Y cuando intento moverme, algo pesa como un armario empotrado en el lado izquierdo del colchón. *Ay, madre, ay, madre, ay, madre.*

Giro la cabeza muy despacio, como si el cuello me debiera dinero, y me encuentro con una espalda. Una espalda ancha, llena de pecas doradas, coronada por una melena rubia que ocupa más almohada de la que le corresponde por derecho. Sé de quién es. Ayer lo vi tocando la gaita frente a un arco de flores, con un castillo a la espalda y tanto aplomo que hasta ese momento ignoraba que un instrumento pudiera dar tanta vergüenza ajena y tanto morbo a la vez.

Lennox. El hermano del novio. El armario escocés con kilt y nombre de coche caro.

Bajo los ojos despacio, recorriendo el edredón, hasta que encuentro mi mano izquierda. Con un anillo. Dorado, finito, que desde luego no estaba ahí cuando me puse las pestañas postizas en el baño del hotel.

Me incorporo de golpe, error táctico de proporciones bíblicas, porque la habitación entera decide ponerse a girar como una atracción de feria que nadie ha pagado.

—Ay, Dios. Ay, Dios, ay, Dios —digo, en voz baja, como si rezar más fuerte fuera a empeorar la situación.

—¿Mmh?

El armario se mueve. Se gira. Y entonces lo tengo de frente: dos ojos azules abriéndose con la lentitud de alguien que también está reconstruyendo un crimen, una mandíbula que parece esculpida a propósito para incomodar al resto de los hombres, barba de tres días que en cualquier anuncio de colonia costaría un dineral. Y una mano —su mano, del tamaño de una sartén— que sube despacio hasta su propia cara, descubre el anillo en su dedo, y se queda mirándolo como si fuera un escorpión.

—¿Qué cojones? —dice, con ese acento que arrastra las erres como si las llevara a rastras— ¿Qué cojones hemos hecho?

No es una pregunta. Es un diagnóstico.

Y entonces los dos, a la vez, sin ponernos de acuerdo, levantamos el edredón y miramos hacia abajo, hacia la evidencia que ninguno de los dos está preparado para comprobar todavía.



CAPÍTULO 1: LA CULPA FUE DEL VESTIDO

Vale, retrocedamos. Porque para entender cómo una sevillana de pura cepa termina despertando casada con un highlander de metro noventa al que apenas conoce de unas horas, hay que empezar por el principio. Y el principio es un vestido. Concretamente, un vestido que se rompió.

Lo de llamarme Naroa siendo sevillana de pura cepa tiene explicación: mi madre tuvo una fase vasca después de un verano en San Sebastián. Luego volvió a Sevilla, al gazpacho y a discutir con los toldos, pero el nombre ya se me había quedado.

Yo no quería ir a esta boda. Y que conste en el expediente: no era un «no me apetece mucho». Era un no rotundo, de los que se dicen con la mandíbula apretada.

No porque le tuviera manía a mi hermana. A Claudia la quiero con locura, aunque tenga el gusto musical de quien escucha al Bisbal en bucle y encima lo defiende. No quería ir por el novio. Marcus me

parece el ser humano más soso jamás fabricado en serie. Es de esos hombres que cuentan una anécdota con la misma intensidad emocional con la que se leen las condiciones de Spotify Premium. Una vez le pregunté qué le gustaba de mi hermana y se quedó pensando tanto rato que llegué a temer que se hubiera muerto de pie, como les pasa a los caballos.

Pero es mi hermana. Y cuando tu hermana te llama llorando de felicidad para decirte que se casa, no le contestas «¿con ese?». Te muerdes la lengua hasta hacerte sangre, sonríes como una buena persona, y coges un vuelo a Edimburgo con la cara de quien va al dentista sin anestesia.

Metí en la maleta un vestido verde botella que me había costado un riñón y parte del otro. Lo había elegido con una intención muy concreta y muy poco cristiana: quería estar más guapa que la novia. No por maldad. Por terapia. Si me obligaban a ver cómo mi hermana se ataba de por vida a un flan de vainilla con corbata, al menos lo haría yo espectacular.

El vestido aguantó exactamente hasta las cuatro y veinte de la tarde del día de la boda.

A esa hora yo estaba subiéndome al coche de alquiler, un utilitario diminuto en el que un escocés medio no cabe ni de canto, y lo hice con la elegancia de un saco de patatas lanzado desde un camión. Escuché un crujido. Un crujido que no era de la tapicería. Me bajé. Me llevé la mano a la espalda. La cremallera había reventado de arriba abajo, limpia, como si el vestido también hubiera decidido en el último momento que no le apetecía ir a la boda y se hubiera declarado en huelga.

—No. No, no, no, no —dije, en el arcén de una carretera escocesa, con el viento metiéndoseme por la espalda abierta y un pastor mirándome desde un campo con la cara de quien ha visto esto antes y sabe perfectamente cómo termina.

Llamé a mi hermana. No contestó, evidentemente, porque a esas horas debía de estar encerrada entre maquillaje, nervios y veinte personas diciéndole que estaba preciosa. Llamé al hotel. Cerraban la

recepción y no había nadie que pudiera subirme un vestido de repuesto que, por supuesto, yo no tenía, porque a mí no se me ocurre llevar repuesto de nada salvo de mala leche. Así que hice lo único que se puede hacer en estos casos: entré en pánico durante diez minutos, lloré un poquito de rabia, y luego improvisé como una jabata.

Había un pueblo a tres kilómetros. Cuatro casas, una iglesia y una tienda. La tienda tenía un escaparate de ganchillo, una campanilla en la puerta de las que llevan sonando desde antes de que se inventara la electricidad, y una dueña que me miró por encima de las gafas como si yo fuera la primera turista que pisaba el pueblo en ochenta años. A lo mejor lo era.

—Necesito un vestido —dije, en mi inglés de instituto, señalándome el cuerpo entero con las dos manos—. Para una boda. Ya. Hoy.

La mujer miró el reloj de la pared. Bajó los ojos hasta la cremallera reventada que yo sujetaba a la espalda con un puño, y de ahí a mi cara de desesperación. Sin decir una palabra, desapareció detrás de una cortina y volvió con tres opciones, ni una más.

La primera era un vestido de tweed que pesaba como una alfombra y que me habría hecho sudar como una pava asada antes de llegar al altar. La segunda tenía un estampado de flores tan agresivo que parecía diseñado para espantar abejas. Y la tercera era de un azul lavanda muy de primera comunión, con un lazo enorme en la cintura, de esos que solo le quedan bien a las niñas de siete años y a las muñecas de porcelana que dan miedo de noche.

Me probé las tres en un cuarto del tamaño de un confesionario. El tweed no me subía de las caderas. El de las flores me apretaba el pecho de tal manera que cada respiración era un suplicio. Y el lavanda, milagrosamente, me entraba. Era horrendo, pero me entraba.

—Me llevo el lazo —le dije a la mujer, totalmente desilusionada. Mi plan de ir mona a la boda, se acababa de esfumar.

Salí de allí vestida de dama de honor de mi propia tragedia, con el vestido verde botella hecho un gurrño en el bolso y la sensación de que el universo me estaba mandando un mensaje muy claro que yo, cabezota, había decidido no escuchar.

Llegué a la finca con cuarenta minutos de retraso.

Y ahí me quedé clavada en el sitio, con el bolso colgando de la mano y la boca abierta de un modo que no favorece en ninguna fotografía.

Porque yo tenía entendido —me lo había contado Claudia, con ese tono suyo de quien no quiere presumir— que la familia de Marcus era «de economía media». Una casa bonita. Un par de coches decentes. Gente que se podía permitir una boda sin pedir un préstamo. «Economía media», esas fueron sus palabras exactas, lo juro por lo más sagrado.

Lo que yo tenía delante no era economía media.

Era un castillo. De piedra gris, con torreones y banderas ondeando que yo no sabía ni que existían fuera de las películas que ponen los domingos por la tarde. Había una carpa blanca del tamaño de un pabellón de baloncesto, con lámparas de araña colgando del techo como si la gravedad fuera una sugerencia que los ricos pueden ignorar. Un cuarteto de cuerda tocaba en un rincón. Camareros con guantes blancos circulaban repartiendo copas de algo que burbujeaba y que seguramente costaba más que mi vestido nuevo, mi vestido roto y el billete de avión juntos.

—Perdona —le dije a una mujer con pinta de organizadora de eventos, pinganillo en la oreja y sonrisa profesional clavada en la cara—. ¿Esto es la boda de Claudia y Marcus?

—Sí, señorita. ¿Familia de la novia?

—Soy la hermana. Oye, una pregunta rara. ¿Esto cuánto ha costado?

Ella se rió como si yo hubiera dicho algo gracioso, y se marchó sin contestarme. Lo cual, en mi experiencia, significa que la cifra es de las que no se pronuncian en voz alta sin que alguien sienta la necesidad de persignarse.

Mi hermana me encontró antes de que yo terminara de procesar el castillo. Salió de entre la gente como una aparición, vestida de novia, radiante, preciosa, con el pelo recogido en un moño que le había costado a alguien dos horas de trabajo.

—¡Has venido! —me abrazó, y luego se separó para mirarme—. ¿Y ese vestido?

—El verde se rompió. Es una larga historia... Claudia. —La agarré del brazo—. ¿Tú me habías dicho que esta gente era de economía media?

Mi hermana se puso colorada.

—Bueno. Media tirando a alta.

—Claudia, esto es un castillo.

—Es alquilado —dijo, como si eso lo arreglara—. Para el día. La familia de Marcus es... acomodada. No le des importancia.

—¿Acomodada? Aquí hay un señor que lleva un reloj que vale más que mi piso.

—Naroa.

—Que me alegro mucho, ¿eh? Que conste. Pero es que tú me dijiste «economía media» y yo me he comprado un vestido en una tienda donde también vendían pienso para gallinas.

Mi hermana me miró de arriba abajo, hizo un esfuerzo titánico por no reírse, fracasó, y me dio un beso en la mejilla.

—Estás monísima. Pareces la madrina de una primera comunión, pero monísima. Anda, ven, que te presento a la familia.

Y ahí, mientras me arrastraba del brazo hacia la carpa, fue cuando lo vi.

Estaba de pie junto al altar improvisado, un arco de flores blancas montado sobre la hierba con el castillo de fondo, como si alguien hubiera diseñado la postal perfecta y luego hubiera colocado a un vikingo en medio para arruinarles la concentración a las invitadas. Llevaba un kilt de tartán verde y azul que le caía sobre unas piernas dignas de un campeonato del que yo nunca había oído hablar, pero

al que pensaba apuntarme. Una camisa blanca remangada hasta los antebrazos. El pelo rubio largo, recogido a medias, con mechones sueltos que en otro hombre habrían parecido descuido y en él parecían un golpe de suerte del destino. Y bajo el brazo, con la naturalidad de quien lleva un paraguas, una gaita.

Me paré en seco. Mi hermana siguió andando dos pasos sin mí y volvió.

—¿Qué haces?

—¿Quién es ese?

Claudia siguió mi mirada. Sonrió de una manera que no me gustó nada, esa sonrisa de hermana mayor que ya está montando una boda en su cabeza.

—Ese es Lennox. El hermano de Marcus. El padrino.

—¿El hermano de Marcus? —Pasé los ojos de Lennox a Marcus, que a lo lejos saludaba a un invitado con el entusiasmo de un buzón—. ¿De Marcus? ¿Ese flan y ese de ahí son hermanos?

—Mismos padres y todo.

—La genética es una lotería y a Marcus le tocó el reintegro.

—Naroa.

—Lo digo con cariño.

No lo decía con cariño. Lo decía mirando a Lennox, que en ese momento se pasó una mano por el pelo y dejó al descubierto un antebrazo que merecía su propia cuenta de redes sociales. «Vale», pensé. «Si Marcus es lo que enseñan en el escaparate, esto de aquí debe de ser el modelo de exposición. El que ponen para que entres a la tienda y luego te venden el básico.»

—Ni se te ocurra —dijo Claudia, que me conoce demasiado bien.

—No he dicho nada.

—No hace falta que digas nada, te conozco la cara. Esa es la cara que pones antes de hacer una tontería.

—Es mi cara de funeral. Estoy de luto por tu soltería.

—Lennox está soltero —dijo ella, y lo soltó con tanta naturalidad que supe que llevaba semanas esperando para decírmelo—. Bueno. Soltero soltero no. Tiene una... amiga. Fiona. Pero no es nada serio, eso dice Marcus.

—No me interesa.

—Ya.

—Que no me interesa, Claudia.

—Que ya, que te he oído.

No me interesaba. Que conste. Lo que pasa es que justo en ese momento Lennox levantó la cabeza, me localizó entre la gente, y me miró. No de pasada. Me miró a mí, al lazo de mi cintura, a la cara de pánico que se me debió de quedar, y en lugar de disimular como hace la gente normal, arqueó una ceja. Una sola. Como diciendo «¿y esta de qué va vestida».

Y yo, que rondo los treinta y tengo un trabajo, una hipoteca y una reputación que mantener, le aguanté el pulso y le devolví el gesto. Como diciendo «mira para otro lado, gigante, que ya me conozco el percal».

Él sonrió. Apenas elevó una esquina de la boca. Y volvió a colocarse la gaita, dejándome con el corazón haciendo cosas que no le había autorizado a hacer y con mi hermana al lado, aguantándose la risa fatal.

—Nada, ¿eh? —dijo Claudia.

—Cállate y cástate.

La ceremonia empezó diez minutos después. Nos sentaron a las familias en las primeras filas, sobre unas sillas blancas plantadas en la hierba, y yo me pasé los primeros cinco minutos intentando que el lazo de mi vestido no me hiciera parecer un regalo de Reyes. Marcus apareció por un lateral, tieso como un palo, con cara de estar a punto de firmar una hipoteca, y se colocó bajo el arco de flores.

Y entonces Lennox se llevó la gaita a la boca.

No sé qué esperaba yo de una gaita. Algo gracioso, supongo, de documental antiguo. Lo que no esperaba era que aquel hombre enorme hinchara los carrillos, apretara aquel saco de cuadros bajo el brazo, y de pronto el aire entero se llenara de un sonido grave, antiguo, que se te metía por los pies y te subía por las costillas. Toda la carpa enmudeció. Hasta el viento pareció bajar el volumen para escuchar. Mi hermana entró del brazo de nuestro padre con los ojos llenos de lágrimas, y yo, que había venido a esta boda con la firme intención de aburrirme y juzgar, noté un nudo en la garganta.

«No, no, no», me dije. «No te emociones. Es una gaita. Es un señor soplando dentro de una vaca desmontada. Contrólate.»

No me controlé. Se me cayó una lágrima traidora, y tuve que disimular fingiendo que se me había metido algo en el ojo. Y para colmo, cuando volví a levantar la cabeza, Lennox me observaba otra vez por encima de la gaita, con esos ojos azules. Juro por lo más sagrado que el muy desgraciado se dio cuenta de que estaba llorando, porque la esquina de su boca se movió de nuevo, esta vez con algo que se parecía sospechosamente a la ternura.

Bajé la vista de golpe y me concentré en mi hermana, que ya estaba bajo el arco, dándole las manos al flan de vainilla con el que había decidido pasar el resto de su vida.

El cura dijo lo que dicen los curas. Marcus dijo «sí quiero» con la emoción de quien acepta unas condiciones de uso. Claudia dijo «sí quiero» llorando a moco tendido, y yo lloré con ella, porque por muy soso que fuera el novio, era mi hermana la que sonreía, y a mi hermana la quiero más que a mi propia tranquilidad mental. Hubo aplausos. Hubo arroz, que en Escocia resultaron ser pétalos, porque allí el arroz lo respetan más. Y luego nos empujaron a todos hacia la carpa, donde los camareros de guante blanco esperaban con bandejas y donde, en cuanto pisé la hierba, una copa de champán se materializó en mi mano antes de que yo la hubiera pedido.

Me la bebí de un trago. La segunda también. Llevaba todo el día sin comer, con los nervios del vuelo, el drama del vestido y la tienda de

los tres horrores, así que el champán me cayó en el estómago vacío con la sutileza de un yunque.

—Despacio —dijo una voz a mi espalda.

Una voz grave, con las erres arrastradas, que me erizó la nuca antes de que mi cerebro terminara de identificarla.

Me di la vuelta. Y ahí estaba él. De cerca era peor. De cerca medía como un armario de tres cuerpos, olía a algo amaderado y a aire libre, y tenía una cicatriz pequeña en la ceja que le daba un aire de haberse peleado con la vida y haber ganado por puntos. Tuve que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara, lo cual me molestó profundamente, porque yo no estoy acostumbrada a mirar a nadie hacia arriba.

—¿Perdona?

—Que despacio con eso. —Señaló mi copa con la barbilla—. Es de noventa libras la botella. Sería una pena que lo trataras como agua del grifo.

—Pues sabe a champán normal —mentí, porque sabía a gloria bendita, pero no pensaba darle la razón a un hombre que llevaba falda y lo decía con esa cara de suficiencia.

Él sonrió. La sonrisa entera esta vez, no la esquinita de antes. De esas que abren puertas, barras de bar y otras cosas que no pienso enumerar porque soy una señorita.

—Lennox —dijo, y me tendió una mano del tamaño de un guante de béisbol.

—Naroa. La hermana de la novia.

—Lo sé. —Me miró el vestido. Otra vez. Despacio, de arriba abajo, sin disimular lo más mínimo—. ¿Puedo preguntar de qué vas vestida?

—De dama de honor.

—Ese vestido de honor tiene poco.

—Mira quién habla. —Le señalé el kilt entero, de la cintura a las rodillas—. El de la falda.

—Esto no es una falda. Es un kilt.

—Pues eso, una falda.

—Es una prenda de seiscientos años de tradición.

—En España lo usamos como manta.

Lennox se rió. Una carcajada de verdad, grave, que le salió del pecho y que hizo que un par de invitados se giraran a mirar. Yo aproveché para coger otra copa de champán de una bandeja que pasaba, porque a esas alturas ya había decidido que la única manera de sobrevivir a esta tarde era con una graduación alcohólica sostenida.

—Te lo advierto —dijo, mirando mi tercera copa con una ceja levantada—. Si sigues bebiendo así, al final terminarás preguntándome qué llevo debajo del kilt.

—No pienso preguntarte eso.

—Ya lo veremos.

Y yo, que de soltar bravatas voy sobrada, noté que se me subían los colores como a una cría de quince. Para taparlo hice lo único que se me ocurrió: me bebí la tercera copa de un trago, le solté «encantada, falda con patas» y me alejé de allí con toda la dignidad que me permitía un vestido de comunión y tres champanes en ayunas.

Detrás de mí, la barra libre acababa de abrir. El camarero del rincón preparaba unos gin-tonics de los que tumban a un caballo, y yo, esa noche, tenía unas ganas locas de que me tumbaran.



CAPÍTULO 2: LA CULPA FUE DEL WHISKY

El camarero del rincón se llamaba Hamish y tenía las manos de un cirujano y la conciencia de un contrabandista. Le pedí un gin-tonic. Me sirvió algo del tamaño de un acuario, con tanta ginebra que el limón flotaba pidiendo socorro, y me guiñó un ojo como si los dos compartiéramos un plan secreto para arruinarme la vida.

Yo, que llevaba tres champanes en ayunas, acepté el plan encantada.

Me senté en una esquina con mi acuario, decidida a sobrevivir a la cena sin hablar con nadie, juzgando en silencio la decoración y las decisiones vitales de los presentes. Mi hermana bailaba con Marcus un vals tan rígido que parecían dos perchas saludándose. Mi padre se había hecho amigo de un escocés de noventa años y se entendían a base de levantar el vaso y asentir. Todo iba bien. Todo iba tranquilo.

Y entonces apareció él, como aparecen las desgracias y los acreedores: cuando una está más relajada.

—Estás bebiendo sola en una boda —dijo Lennox, dejándose caer en la silla de al lado, con el kilt acomodándose sobre sus rodillas de una manera que me obligó a concentrarme mucho en mi limón—. Eso, en mi tierra, es una llamada de auxilio.

—En la mía es una declaración de principios.

—¿Y cuáles son tus principios?

—Que las bodas se sobrellevan mejor con anestesia.

Se rió. Tenía una risa que le salía de golpe y le ocupaba la cara entera, y que conseguía que la gente de alrededor sonriera sin saber de qué. Levantó la mano y Hamish, el contrabandista, le acercó un vaso de whisky sin que él lo pidiera, con la deferencia con la que se sirve a alguien importante. No le di más vueltas. Estaba demasiado ocupada en no mirarle las rodillas.

—Te invito a una cosa mejor que ese matarratas con ginebra —dijo, empujando su vaso hacia mí—. Esto es de la tierra. Diez años en barrica. Lo prueba uno y entiende por qué los escoceses llevamos faldas y no nos avergonzamos.

—No pienso beber de tu vaso.

—¿Por qué no?

—Porque no sé dónde has estado.

—Aquí. Sentado. A tu lado. Llevas mirándome desde la ceremonia.

—Te miraba la falda. Por morbo antropológico.

—Claro.

—Es un fenómeno cultural. Como ir a ver elefantes.

Lo dije con toda la dignidad que pude reunir, que a esas alturas era más bien poca, y cogí su vaso solo para demostrarle que no me daba ningún apuro. Le di un trago largo, como una valiente. El whisky me bajó por la garganta como una bola de fuego que se

hubiera equivocado de chimenea, y tuve que agarrarme a la mesa para no toser delante de él y arruinar la actuación.

—¿Y bien? —preguntó, encantado de la vida.

—Sabe a turba —dije, con la voz medio rota.

—Ese es el espíritu.

Pidió otros dos. Y de ahí en adelante, la noche se convirtió en una cuesta abajo muy agradable y sin frenos.

El primer aviso de que la cosa se torcía me llegó en mitad de los discursos. Resulta que en las bodas escocesas, además del padrino, habla quien le apetece, y la barra libre va animando a más gente de la recomendable. Mi hermana, que de tonta no tiene un pelo y que me conoce desde que nací, vio que yo iba por mi cuarto whisky y cometió el error de pasarme el micrófono «para que dijera unas palabras a la novia». Unas palabras. A mí. Con más whisky del recomendable navegándome por las venas.

Me levanté. El mundo se levantó conmigo medio segundo después, lo cual ya era mala señal. Cogí el micrófono, di unos golpecitos para comprobar que funcionaba, y funcionaba demasiado bien, porque el chasquido retumbó por toda la carpa y un perro ladró a lo lejos.

—Buenas noches —dije, en mi inglés de barra de bar—. Soy la hermana de la novia. La guapa.

Hubo risas. Yo me crecí, que es lo peor que me puede pasar.

—Conozco a mi hermana desde hace treinta años. Y os voy a contar la verdad sobre ella, porque alguien tiene que hacerlo y a mí ya me da igual todo.

Mi hermana, en la mesa presidencial, había empezado a hacerme la señal universal de «córtate» pasándose el dedo por el cuello. Yo interpreté que me estaba animando. Conté la anécdota de cuando Claudia se hizo pis en el coche de papá a los doce años porque no quería parar en la gasolinera. Conté lo del novio que tuvo en la universidad que resultó estar casado. Y estaba ya entrando en el terreno pantanoso de «y por fin ha encontrado a Marcus, que

aunque parezca soso, seguro que en la intimidad...» cuando una mano enorme me quitó el micrófono con la suavidad de quien desactiva una bomba.

—Gracias, Naroa —dijo Lennox al micrófono, sonriendo a la sala—. Un aplauso para la cuñada, que viene de muy lejos y con muchas ganas.

La carpa aplaudió, aliviada. Mi hermana cerró los ojos como quien da gracias a un dios en el que no creía hasta ese momento. Y yo me dejé caer en mi silla, convencidísima de que mi discurso había sido un éxito rotundo y de que la gente lloraba de emoción y no de otra cosa.

—Me has cortado en lo mejor —le reproché.

—Te he salvado la vida. Tu hermana estaba a punto de saltar la mesa.

—Estaba emocionada.

—Estaba buscando una pala.

Le quité el vaso de la mano y me lo bebí entero, en represalia. Él me miró hacerlo con una ceja levantada y una sonrisa que empezaba a resultarme peligrosamente familiar.

—Despacito, fierecilla. La noche es larga.

—La noche —dije, señalándolo con el dedo y fallando por unos centímetros— es mía.

Entre el cuarto whisky y el quinto, Lennox me contó que tocaba la gaita desde los seis años, y yo le dije que eso explicaba muchas cosas sobre su capacidad pulmonar, y él me preguntó qué cosas exactamente, y yo me puse colorada hasta las cejas y cambié de tema con la sutileza de un camión dando marcha atrás. Me presentó a media boda como «la española que cree que mi kilt es una atracción de zoo», y la otra media me miró con una mezcla de cariño y de lástima. A tres mesas de distancia, una rubia espectacular de vestido rojo nos vigilaba con cara de pocos amigos. Le pregunté a Lennox quién era. Él miró un segundo en su dirección, se le borró

media sonrisa y me dijo «nadie, una conocida», y cambió de tema con menos sutileza todavía que mi camión. No insistí. Tendría que haber insistido, pero el whisky tenía otros planes para mí.

Y entonces subieron al escenario cuatro tipos con acordeón, violín y tambor, y se lió un *ceilidh*.

Si nunca habéis visto un *ceilidh*, imaginaos una jota aragonesa cruzada con una pelea de bar, pero con todo el mundo sonriendo. La gente se agarra de las manos, da vueltas, se intercambia, choca, se ríe, y nadie sabe muy bien adónde va, pero todos llegan a la vez. Es precioso. Es caótico. Y es exactamente lo que no le conviene a una mujer con demasiado whisky encima y unos tacones que ya le iban grandes.

—No —dije, cuando Lennox me tendió la mano—. Ni de broma.

—Es fácil.

—No sé bailar eso.

—Nadie sabe bailar esto. Por eso es divertido.

—Me voy a caer.

—Te cojo yo.

Y ahí cometí el error de creerle.

Me sacó a la pista de un tirón. Durante los primeros treinta segundos todo fue bien, porque lo único que había que hacer era dar vueltas agarrada de su brazo, y su brazo era del grosor de mi muslo, así que me sentí razonablemente segura. Pero entonces el violinista aceleró, el tambor se volvió loco, y la cosa pasó de baile a deporte de riesgo. Me soltaron de un lado. Me agarraron del otro. Pasé de mano en mano como una croqueta en una fiesta infantil, di tres vueltas seguidas en la dirección equivocada, perdí un tacón, lo busqué con el pie sin encontrarlo, y en mi intento desesperado de recuperar el equilibrio me agarré a lo primero que pillé.

Lo primero que pillé fue el kilt de Lennox.

Tiré hacia abajo. Con fuerza. Con toda la fuerza de una mujer que se cae y no quiere caerse sola.

Y aquí es donde tengo que parar y explicar una cosa, por el bien de la ciencia y de las generaciones futuras. Existe un debate muy antiguo, casi sagrado, sobre qué lleva un escocés debajo del kilt. Hay quien dice que nada. Hay quien dice que depende del escocés. Y yo, esa noche, en mitad de una pista de baile, delante de toda la familia de mi cuñado, obtuve la respuesta de primera mano, de manera empírica, sin querer y sin posibilidad de fingir que no la había visto.

La respuesta, en el caso concreto de Lennox, era nada.

Nada de nada.

El tiempo se paró. La música siguió, pero para mí se hizo un vacío enorme en el que solo cabíamos el kilt a media asta, mi mano culpable agarrada a la tela, y la certeza de que acababa de enseñarle a media Escocia algo que esa media Escocia no había pedido ver. Lennox, con un reflejo digno de un portero de fútbol, recuperó la prenda con un manotazo y se la recolocó antes de que el destrozo fuera total. Pero el daño ya estaba hecho. Su abuela, sentada en primera fila, se había llevado una mano al pecho. Un niño de unos ocho años aplaudía. Y mi hermana, al fondo, había dejado de bailar el vals con cara de no saber si reírse o pedir el divorcio antes incluso de empezar el matrimonio.

—Lo siento —dije, todavía agarrada a su falda como si fuera la baranda de un barco que se hunde—. Lo siento muchísimo. Yo no quería. Bueno, sí quería, pero no así. Quiero decir, no quería verlo, ha sido un accidente, yo me caía y...

—Naroa.

—...y me he agarrado a lo primero, y resulta que lo primero era tu, tu, tu kilt, y debajo no había, no había...

—Naroa.

—¿Qué?

—Me has bajado la falda delante de mi abuela.

Lo dijo con una solemnidad tan absoluta, con esa cara de funeral de estado, que yo no supe si echarme a llorar o a reír. Y entonces le vi temblar la barbilla. El muy gamberro se estaba aguantando la carcajada con todas sus fuerzas, disfrutando de mi agonía como quien disfruta de un espectáculo de pago.

—Eres un sádico.

—Soy un hombre deshonorado —dijo, llevándose una mano al corazón—. En mi pueblo, lo que acabas de hacer es prácticamente una pedida de mano.

—No me lo creo.

—Me has visto cosas que solo había visto el médico.

—¡Ha sido sin querer!

—Eso díselo a mi abuela.

Y se rió por fin, a pleno pulmón, una carcajada que hizo que la pista entera se girara a mirarnos, y a mí, que tendría que haberme muerto de vergüenza allí mismo, me dio un ataque de risa tonta de esos que no se pueden parar, de los que duelen en las costillas y te hacen llorar y te dejan sin aire. Nos reímos los dos, agarrados el uno al otro en mitad del *ceilidh*, mientras la gente seguía girando a nuestro alrededor sin entender el chiste. Y en algún momento de esa risa compartida, cuando levanté la cara y me lo encontré mirándome desde su metro noventa con los ojos brillantes y la respiración entrecortada, se me olvidó por completo que ese hombre era el hermano del flan, que yo odiaba las bodas, y que tenía un avión de vuelta a Sevilla en treinta y seis horas.

Se me olvidó casi todo, la verdad.

Lo que vino después lo reconstruyo a base de testimonios contradictorios y un par de fotos que prefiero no enseñar a mi madre.

Sé que en algún momento nos escapamos de la carpa. Que Lennox robó una botella del famoso whisky de la barra, con la complicidad de Hamish, y que salimos los dos a los jardines del castillo,

descalzos, yo porque había perdido un tacón y él por solidaridad. Sé que me enseñó las estrellas y me dijo los nombres de las constelaciones en gaélico, y que yo no entendí ni una palabra pero me pareció lo más bonito que había oído en mi vida. Sé que nos sentamos en un muro de piedra, que hacía un frío que pelaba, y que él me echó por encima de los hombros la chaqueta de su traje, que olía a él, a madera y a noche, y que yo, en lugar de devolvérsela, me arrebujé dentro como un gato.

Y sé que en algún momento, entre trago y trago, dije la frase que lo cambió todo.

—Qué pena que la boda se vaya a acabar ya —dije, mirando el castillo iluminado—. No vine con muchas ganas, pero reconozco que me he enamorado de este sitio. Me casaría aquí mismo, ahora mismo, solo por seguir con la fiesta.

Cualquier hombre cuerdo lo habría dejado pasar. Habría asentido, habría dicho «ya», y habría seguido bebiendo.

Lennox no era un hombre cuerdo. Lennox era un gamberro de metro noventa con muchos whiskies en el cuerpo y la palabra «imposible» borrada del diccionario.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, incorporándose en el muro.

—Lo digo borrachísima, que es casi lo mismo.

—Conozco al reverendo del pueblo —dijo, y se le iluminó la cara con una idea que no auguraba nada bueno—. Buen hombre. Le debo un par de favores. Y aquí, en Escocia, casarse es más fácil que abrir una cuenta en el banco. No hacen falta papeles. No hace falta cura, ni siquiera. Con dos testigos y ganas, vale.

—Estás de broma.

—Estoy borrachísimo, que es casi lo mismo.

Me devolvió mis propias palabras con una sonrisa de oreja a oreja, se bajó del muro de un salto, me tendió las dos manos, y yo, descalza, helada, envuelta en su chaqueta y completamente fuera de mis cabales, le di las mías.

—Una cosa —dije, mientras tiraba de mí hacia las luces del pueblo—. Si hacemos esto, mañana lo deshacemos.

—Mañana lo deshacemos —prometió.

—Lo prometes.

—Por mi abuela, a la que ya le has enseñado mi otra boquilla de la gaita.

Me reí tan fuerte que me tropecé con una raíz, y él me cogió antes de que llegara al suelo, como había prometido horas antes que haría, y por una vez cumplió. Me sostuvo un segundo de más entre sus brazos, los dos quietos en mitad de un camino oscuro, con el castillo a la espalda y el pueblo por delante, y yo pensé que aquel hombre olía demasiado bien para ser una idea tan mala.

Y luego echamos a andar hacia la capillita iluminada del fondo, descalzos, riéndonos, pasándonos la botella.

El reverendo se llamaba Angus y nos abrió la puerta en pijama y zapatillas, con una vela en la mano, la cara de quien ya ha vivido esto otras veces y olía más a whisky que nosotros. No pareció sorprenderle lo más mínimo encontrarse en el umbral a un hombre enorme en kilt y a una española descalza vestida de comunión a las dos de la madrugada. Miró a Lennox, me miró a mí, bebió de una botella y suspiró.

—¿Qué haces aquí, muchacho?

—Venimos a casarnos, Angus.

—¿Y esta sabe lo que hace?

—Esta —dije yo, muy digna, agarrándome al marco de la puerta para que el suelo dejara de moverse— sabe perfectamente lo que hace. Me caso por la fiesta. Y mañana lo deshacemos.

—Eso decís todos —murmuró Angus, y nos dejó pasar.

La capilla era pequeña, de piedra, con cuatro bancos y un olor a cera y a humedad que se me quedó grabado. Angus encendió un par de velas más, tambaleándose, se puso una estola por encima del pijama, y de un cajón de la sacristía sacó una caja de latón con

varios anillos sueltos dentro, gastados de tanto entrar y salir de dedos arrepentidos. Eligió dos. Como si tal cosa.

—Necesitamos testigos —dijo.

Los testigos resultaron ser un amigo de Angus, con el que estaba celebrando algo, y una vecina llamada Morag que apareció en bata, encantada de la vida, porque al parecer en aquel pueblo una boda de madrugada era mejor que cualquier programa de televisión.

El resto lo recuerdo a cachos. Recuerdo a Lennox poniéndose serio de golpe, mirándome a los ojos, y diciendo unas palabras en gaélico que sonaban a promesa antigua y que yo no entendí pero que me pusieron la piel de gallina. Recuerdo que cuando me tocó a mí, en lugar de unos votos como Dios manda, le solté que me casaba con él porque tenía las piernas bonitas y porque su hermano me caía fatal, y que Angus apuntó al techo con los ojos, pero lo dio por válido. Recuerdo a Angus, con la lengua pastosa de whisky, preguntándonos si prometíamos querernos y cuidarnos «hasta que las Highlands os separen». Las Highlands, dijo. No la muerte. Y ni él se dio cuenta ni yo tuve claridad para reírme, pero se me quedó grabado entre toda la niebla, como si aquel cura beodo hubiera dicho sin querer una verdad más grande que la que tocaba.

Recuerdo el frío del anillo de latón entrando en mi dedo. Recuerdo a Morag llorando como si fuéramos sus propios hijos.

Y recuerdo el beso.

Recuerdo el beso porque fue lo único de toda la noche que no se me ha borrado del todo. Lennox se inclinó, me sujetó la cara con esas dos manos enormes como si yo fuera de cristal, y me besó despacio, sin prisa, con una dulzura que no pegaba nada con la situación ni con los cinco whiskies. Y yo, que llevaba toda la noche resistiéndome por dentro mientras le seguía el juego por fuera, dejé de resistirme. Me agarré a su camisa. Le devolví el beso. Y la capilla, Angus, su amigo, Morag y el sentido común desaparecieron durante un rato muy agradable.

Cuando nos separamos, él apoyó la frente en la mía y se rió bajito.

—Bienvenida a la familia, fierecilla.

Lo último que recuerdo con claridad es al amigo de Angus ofreciéndonos su botella para brindar, a Morag aplaudiendo, y a Angus tendiéndome un libro enorme y un bolígrafo para que firmara donde firman los que se acaban de casar de verdad.

Firmé.

Vaya si firmé.



CAPÍTULO 3: BUENOS DÍAS, MARIDO

Levantamos el edredón a la vez, como dos cobardes que se asoman juntos a un acantilado.

Yo llevaba puesto el sujetador y nada más por arriba, y por abajo la ropa interior del revés, con la etiqueta saludando al techo. Él llevaba puesta la camisa blanca de la boda, abrochada de cualquier manera y abotonada en los ojales equivocados, y debajo el kilt, que seguía ahí, milagrosamente, como un testigo que se niega a declarar.

Nos quedamos mirando la escena del crimen unos segundos.

—Vale —dije, soltando el edredón como si quemara—. Vale. Esto no demuestra nada.

—¿No?

—Tú llevas la camisa puesta. Yo llevo el sujetador puesto. La gente no se... —tragué—, la gente no hace cosas con el sujetador puesto.

—Tú llevas la ropa interior del revés —dijo él, muy servicial.

—Eso es porque me visto fatal cuando estoy borracha.

—¿Y al revés?

—¡No lo sé, Lennox! No me acuerdo de nada. Por eso estamos teniendo esta conversación tan digna a las nueve de la mañana medio desnudos en una cama que no es de ninguno de los dos.

Él se incorporó. La sábana le resbaló hasta la cintura y yo descubrí que un torso así, a plena luz del día y con resaca, sigue siendo un torso así, lo cual me pareció una falta de respeto a mi situación emocional. Se pasó las dos manos por la cara, se revolvió el pelo rubio, que parecía un nido de pájaros que se hubieran peleado dentro, y miró el anillo de su dedo con el ceño fruncido.

—No nos acostamos —dijo, al final.

—¿Tú te acuerdas?

—No. Pero lo sé.

—Ah, lo sabes. Qué tranquilidad. El caballero lo sabe.

—Cuando me acuesto con alguien, lo recuerdo —dijo, y me lanzó una mirada de medio lado que me subió la temperatura tres grados de golpe—. Y a ti te recordaría.

Tuve que mirar para otro lado y respirar hondo, porque por dentro me había convertido en una adolescente y por fuera me negaba a darle esa satisfacción. Me concentré en el techo. El techo tenía una mancha de humedad con forma de Portugal. Me agarré a Portugal como a un clavo ardiendo.

—No me vale tu palabra de honor —dije—. Tu palabra de honor está manchada de whisky.

—Entonces no lo sabremos nunca.

—Pues no.

—Pues qué pena.

—¿Por qué pena?

—Por nada —dijo, con una sonrisita que me dieron ganas de borrarle con la almohada.

Me levanté de la cama envuelta en la sábana como una matrona romana en plena crisis nerviosa, y mientras recogía mi horrible vestido del suelo, donde estaba tirado como un cadáver de tul, fui reconstruyendo la habitación a mi alrededor. No era el hotel. No era el castillo. Era una casa de campo pequeña, con vigas de madera y cortinas de cuadros, y por la ventana se veían colinas verdes y ovejas y nada más en kilómetros a la redonda.

—¿Dónde estamos?

—En casa de Morag —dijo Lennox, buscando sus calcetines debajo de la cama—. La vecina del reverendo. Anoche nos ofreció su cuarto de invitados porque ninguno de los dos estaba en condiciones de volver al castillo. Fue muy amable.

—¿Hay más gente que sepa esto?

—Define «esto».

—Lo de que nos hemos... —no me salía la palabra— ... lo del libro. Lo de la firma.

Lennox dejó de buscar el calcetín. Se sentó en el borde de la cama, muy serio de repente, y me miró con esos ojos azules que de noche eran un peligro y de día eran otro peligro distinto.

—Mierda. Naroa. Lo del libro es serio.

—Ya, ya lo sé, qué vergüenza, en la familia se van a reír un mes.

—No me refiero a eso. —Se frotó la nuca—. Aquí, en Escocia, casarse delante de un celebrante con dos testigos y firmar el registro es un matrimonio civil completo. Legal. De los de verdad. No es una broma de borrachos. Estamos casados. Casados de papeles, de impuestos, de todo.

Me senté en la única silla de la habitación, porque las piernas decidieron por su cuenta que era buena idea.

—Dijiste que mañana lo deshacíamos.

—Y seguramente lo dije en serio, pero estaba como una cuba, no podías tomarme en serio... Deshacerlo ahora no es romper un papel.

Es un divorcio. O una anulación. Con abogados, con plazos, con jueces.

—¿Qué? ¿Cuánto?

—Semanas. Meses, igual.

—¿Meses?

Me oí a mí misma repetir la palabra con un gallo en la voz. Meses. Yo tenía un vuelo a Sevilla al día siguiente por la noche. Y no era solo el vuelo. Tenía una entrega abierta, galeradas impresas esperándome en Sevilla y una editora que creía que “freelance” significaba “disponible incluso durante un incendio”. Podía trabajar desde cualquier sitio, sí. Pero no con mi vida metida en una maleta, un matrimonio accidental encima y un escocés enorme ocupando el ochenta por ciento del aire respirable.

—Tengo que volver a España mañana por la noche —dije.

—Y yo tengo que volver a las islas —dijo él—. Tengo... cosas allí. Trabajo. No puedo quedarme aquí indefinidamente.

—¿Qué trabajo?

Hubo una pausa minúscula. Tan pequeña que con menos resaca no la habría notado. Lennox cogió el calcetín que por fin había encontrado y se concentró muchísimo en ponérselo.

—Cosas de familia —dijo—. Negocios. Aburrido.

No insistí, porque a las nueve de la mañana, casada y con la ropa interior del revés, los negocios aburridos de un desconocido no eran mi prioridad. Mi prioridad era no echarme a llorar delante de él.

—Vale —dije, levantándome y poniéndome el modo eficiente que uso cuando todo se va al garete—. Plan. Bajamos. Le damos los buenos días a Morag. Conseguimos un abogado, el que sea, hoy mismo. Averiguamos el camino más rápido para deshacer esto. Y mientras tanto, no se lo decimos a nadie. A nadie, Lennox. Ni a tu abuela.

—Mi abuela ya lo sabe.

—¿Cómo que ya lo sabe?

—Morag la llamó anoche. Me pidió su número y estaban las dos muy emocionadas.

Cerré los ojos.

—¿Algo más que deba saber?

—Y creo que mi madre viene de camino.

Bajé las escaleras de Morag en sábana y vestido de comunión arrugado, con el pelo como si hubiese dormido en el suelo de un avión, y me encontré la cocina llena de gente que no conocía sirviéndose té y mirándome con la curiosidad con la que se mira a un animal exótico. Morag, en bata, me puso delante un plato de huevos con beicon y morcilla negra escocesa que olía a gloria y que mi estómago recibió con una arcada de gratitud. Una señora mayor, sentada a la cabecera de la mesa, dejó la taza en el plato con un tintineo y me examinó de arriba abajo.

—Así que tú eres la española —dijo, en un inglés impecable—. La que le bajó la falda a mi nieto delante de toda la parroquia.

La abuela.

—Fue un accidente —dije, agarrándome al respaldo de una silla.

—Umm... un accidente... —Le dio un sorbo al té sin dejar de mirarme—. Lennox lleva treinta y cuatro años sin llevar a nadie a casa. Ni una novia. Ni una amiga. Nada. Y en una noche se casa contigo en la capilla de Angus. —Entrecerró los ojos—. Cuéntame, niña. ¿Qué le has dado de beber?

—Lo mismo que él me dio a mí.

La abuela soltó una carcajada seca que sonó como una rama partiéndose, y de pronto toda la cocina se relajó, como si aquella mujer fuera la que daba permiso para respirar.

—Me caes bien —decidió—. Siéntate. Come. Estás muy flaca para lo que vas a necesitar aguantar en esta familia.

Me senté. Comí. Y estaba yo metiéndome en el cuerpo la mejor morcilla de mi vida, empezando a pensar que a lo mejor el día no

iba a ser tan catastrófico, cuando se abrió la puerta de la cocina de un golpe y entró mi hermana.

Claudia. En chándal. Sin maquillar. Con el moño de novia medio deshecho y una cara que conocía muy bien, la cara que ponía de pequeña justo antes de acusarme con mi madre.

—Tú —dijo, señalándome con un dedo tembloroso desde la puerta—. Tú. En mi boda. ¿En MI boda?

—Claudia, puedo explicarlo.

—¡Te has casado con su hermano! —Le falló la voz en la última palabra—. ¡Con Lennox! ¡En mi boda! ¡La gente está hablando más de ti que de mí! ¡Mi suegra me ha preguntado esta mañana si lo vuestro era una sorpresa que teníamos preparada!

—Fue el whisky.

—¡Siempre es el whisky contigo!

Lennox, que había bajado detrás de mí y observaba la escena desde el quicio de la puerta con un trozo de beicon en la mano, cometió el error de intervenir.

—Bueno —dijo, conciliador—, técnicamente yo le di el whisky, así que la culpa...

—Tú te callas —le dijimos mi hermana y yo a la vez.

Cerró la boca y dio un paso atrás, prudente.

Claudia se dejó caer en la silla de enfrente, me quitó el tenedor de la mano, atacó mi morcilla, y entre bocado y bocado, con la boca llena y los ojos llorosos, me soltó toda la angustia de la novia a la que su hermana le ha robado el día.

—Era mi boda —dijo, más bajito ya—. Solo quería un día. Un día en el que la gente me mirara a mí. Y vas tú y te casas borracha con el padrino.

Y ahí, mirando a mi hermana con su moño deshecho y su chándal y su morcilla robada, se me cayó toda la coraza de golpe. Porque por mucho que Marcus me pareciera un flan y por mucho que aquella boda fuera un disparate de ricos, mi hermana estaba feliz, mi

hermana se había casado el día anterior, y yo le había robado el protagonismo de la peor manera posible.

—Lo siento —dije, y por una vez lo dije de verdad, sin chiste detrás—. Lo siento muchísimo, Claudia. Soy un desastre. Lo arreglo. Te lo juro que lo arreglo y que tu boda va a ser la única boda de la familia de la que se hable. La mía la borramos del mapa.

Mi hermana me miró un rato largo. Luego me devolvió el tenedor.

—Tienes morcilla en la barbilla —dijo.

Y supe que estábamos en paz.

No me duró mucho la paz, porque a los cinco minutos volvió a abrirse la puerta de la cocina, esta vez sin golpe, despacio, con la solemnidad de quien sabe que merece una entrada.

La mujer que apareció en el umbral no encajaba en aquella cocina de cortinas de cuadros ni con calzador. Llevaba un abrigo de lana que parecía caro hasta para alguien que no entiende de abrigos, un pañuelo de seda anudado al cuello con una precisión militar, y el mismo pelo rubio de Lennox, recogido en un moño impecable que no se habría despeinado ni en mitad de un huracán. Se quedó parada en la puerta, recorrió la escena con la mirada, y se detuvo en mí.

—Lennox —dijo, sin apartar los ojos de mi vestido—, ¿es esta?

—Mamá. —Lennox se levantó como un resorte, derramando media taza de té—. Te dije que no hacía falta que vinieras.

—Mi hijo pequeño se casa de madrugada con una desconocida en la capilla de un pueblo y me dices que no hace falta que venga. — Entró en la cocina, dejó el bolso sobre la mesa con un gesto que hizo temblar las tazas, y me tendió una mano de uñas perfectas—. Catriona. La madre del inconsciente.

—Naroa —dije, dándole la mano—. La inconsciente número dos.

Catriona me miró con renovado interés. Luego miró a su suegra, la abuela, que asistía a todo aquello bebiendo té con la sonrisa de quien tiene la mejor butaca del teatro.

—Tiene réplica —le dijo a la abuela.

—Tiene de todo —contestó la abuela—. Ayer le bajó la falda a tu hijo delante de la parroquia.

—Eso ya me lo han contado tres personas. —Catriona se sentó frente a mí, se quitó los guantes dedo a dedo, y me estudió como quien tasa una joya en el escaparate—. Querida, voy a ser sincera, porque a mi edad ya no tengo tiempo para lo contrario. Llevo años intentando que este hijo mío sienta la cabeza. Le presenté a la hija de los Buchanan, que tiene tierras. A la sobrina del juez, que es preciosa. Y la única mujer que ha traído a esta familia en una década ha sido esa... —arrugó la nariz como si hubiera oído algo en mal estado— esa Fiona, que no querría a mi hijo ni la mitad de lo que ella quiere de él.

—Mamá. —La voz de Lennox sonó de pronto distinta. Más seca. Más baja.

—No digo nada que no sepa todo el condado.

—Que lo dejes.

El aire de la cocina se espesó de golpe. Yo no entendí del todo qué quería decir Catriona con «lo que mi hijo tiene», porque hasta donde yo sabía, lo que mi flamante marido tenía era una camisa abrochada del revés y unos negocios aburridos en unas islas. Pero me fijé en la cara de Lennox, en esa manera de cerrarse de golpe, y me quedé con el nombre, Fiona, otra vez, dicho con desprecio por su madre. Lo guardé todo en un cajón de mi cabeza para abrirlo más tarde, cuando la resaca me dejara pensar con las dos neuronas a la vez.

Catriona, ajena al cráter que acababa de abrir, me cogió la mano por encima de la mesa.

—El caso —dijo, recuperando el tono dulce— es que prefiero una española descarada que se casa por borracha a esa interesada. Así que, hasta que arregléis este lío, estás en esta familia. Y en esta familia, querida, no se desayuna así... —Me miró de arriba a abajo—. Te voy a buscar algo de ropa decente.

—No hace falta...

—Hace muchísima falta. Créeme. Pareces el fantasma del Corpus Christi.

Y antes de que pudiera replicar, Catriona ya había salido de la cocina dando órdenes a Morag, a la abuela y a un par de personas más cuyos nombres ni siquiera conocía, organizando mi vida con la eficiencia de un general que ha decidido que la guerra le pertenece.

Miré a Lennox. Y Lennox miraba el fondo de su taza de té vacía como si allí estuviera escrita la respuesta a algo.

—¿De qué hablaba tu madre? —pregunté en voz baja—. ¿Por qué dice que Fiona, no querría a su hijo ni la mitad de lo que ella quiere de ti?

—Cosas de madres —dijo, sin mirarme—. Exagera con todo.

Otra pausa minúscula. La segunda de la mañana. Empezaba a coleccionarlas.

Lo que no estaba en paz era el resto del problema, que seguía igual de grande que media hora antes: un matrimonio legal, un vuelo a Sevilla, un escocés que tenía que volver a unas islas para unos negocios aburridos, y meses de papeleo por delante para deshacer una firma de unos pocos whiskies.

Estaba terminándome el té, dándole vueltas a todo eso, cuando Lennox se sentó a mi lado con el teléfono en la mano y la cara de quien trae malas noticias envueltas en peores.

—He hablado con un abogado —dijo en voz baja, para que su madre no le oyera desde el pasillo—. Lo de la anulación rápida solo vale si el matrimonio no se ha consumado. Hay que jurarlo. Por escrito. Los dos. Y si se descubre que mentimos, es delito.

Lo miré. Me miró. Y los dos, a la vez, sin ponernos de acuerdo, volvimos a pensar en el sujetador puesto, la camisa abrochada del revés y la mancha de humedad con forma de Portugal.

—Tú dijiste que estabas seguro —le recordé.

—Estaba seguro a las nueve. Ahora son las once y me han metido la duda en el cuerpo.

—Podemos jurar que no pasó nada, inventárnoslo...

—No, yo no puedo jurar en vano. Va en contra de mis principios..., pero podemos preguntarle a Morag —propuso él—. La pared del cuarto de invitados es fina.

—¿Quieres preguntarle a una señora de setenta años que duerme al lado si oyó algo anoche?

—Quiero salir de dudas.

—Ni de broma. Antes me tiro por el acantilado de las ovejas.

—Entonces tendremos que reconstruirlo nosotros. —Lennox se cruzó de brazos, muy concentrado, como un detective de película barata—. A ver. ¿Qué es lo último que recuerdas?

—El beso —dije, antes de poder frenarme. Y noté el calor subiéndome por el cuello otra vez—. La firma. Subir las escaleras. Y luego nada.

—Yo recuerdo lo mismo. El beso, la firma, las escaleras. —Se quedó pensando—. Y recuerdo que me reía mucho.

—¿De qué te reías?

—No tengo ni idea. Pero me reía.

—Eso no nos sirve de prueba de nada.

—No.

Nos quedamos los dos callados, dos recién casados con resaca tratando de averiguar si habían tenido o no su noche de bodas, en la cocina de una desconocida, rodeados de su familia.

—Pues estamos apañados —dije.

Y entonces sonó mi teléfono. Un mensaje de la compañía aérea.
«Estimada pasajera: le informamos de que su vuelo a Sevilla ha sido cancelado. La alternativa disponible más próxima es dentro de tres semanas.»

—Mierda...

Levanté la vista despacio, hacia las colinas verdes, hacia las ovejas, hacia el escocés enorme con la camisa del revés que ahora, para

todos los efectos legales, era mi marido.

No iba a volver a Sevilla mañana por la noche. Y no podría hacerlo en una temporada.



CAPÍTULO 4: LA LUNA DE MIEL DE OTROS

El plan lo propuso Claudia, y por una vez en su vida no fue una locura.

Ella y Marcus tenían reservadas tres semanas en las Maldivas, pagadas y sin posibilidad de devolución, y por mucho drama de boda que les hubiera montado yo, no pensaban renunciar a su luna de miel. Pero tampoco podían dejarnos a Lennox y a mí tirados en un hotel mientras se resolvía el papeleo, sobre todo con mi vuelo a Sevilla cancelado y sin otro hasta dentro de tres semanas. Así que mi hermana, con esa lógica suya que parece de loca hasta que le das la razón, decidió que nos quedáramos los dos en su casa.

—La casa es vuestra hasta que volvamos —dijo, mientras hacía la maleta a manotazos—. Tenéis comida en el congelador, leña para la chimenea y wifi. No queméis nada y no os matéis. Y si os matéis, limpiad antes.

—Claudia, no pienso quedarme tres semanas a solas con él.

—¿Prefieres un hotel pagándolo tú, con tu sueldo de correctora?

No prefería eso, por supuesto. Mi sueldo de correctora da para muchas cosas, pero no para tres semanas de habitación en Escocia teniendo una casa gratis a media hora de Edimburgo.

—Es que es muy raro —insistí, bajando la voz para que Lennox no me oyera desde el salón—. Vivir sola con un tío al que conozco de un rato.

—Estáis casados.

—No me lo recuerdes.

Mi hermana cerró la maleta, se sentó encima para que cerrara del todo, y me miró con una sonrisa que conocía demasiado bien.

—Mira, te lo voy a decir clarito porque soy tu hermana y soy la única que puede. —Se levantó, me cogió de los hombros—. La vida te ha casado por accidente con un hombre bueno. Y hace años que no te veía la cara que se te puso anoche cuando él te sujetó en la capilla para que no te cayeras de la silla. Aprovecha estas tres semanas. No para acostarte con él, no me mires así. Para conocerlo. Total, ya estás casada. Es el orden más raro del mundo, pero es tu orden.

—Lo que tú quieres es que no me vuelva a Sevilla.

—También. Pero eso es secundario.

Me dio un beso, cogió la maleta, y antes de salir por la puerta soltó la frase que me dejó plantada en el recibidor con la boca abierta.

—Ah, y solo hay una cama de matrimonio en condiciones, que es la nuestra. Os he puesto sábanas limpias. La de invitados tiene los muelles rotos y la del trastero es plegable. Vosotros veréis. —Guiñó un ojo—. Pero yo, de tu lugar, no dormiría en una plegable pudiendo dormir en una cama de verdad.

Marcus apareció detrás con dos maletas, un neceser y su cara habitual de manual de instrucciones, pero antes de salir se detuvo junto a Claudia y le apartó un mechón de la cara con una ternura tan silenciosa que me dejó sin chiste preparado.

—¿Tienes el pasaporte? —le preguntó.

—Sí.

—¿Las pastillas del mareo?

—Marcus, voy a las Maldivas, no a cruzar el estrecho en zodiac.

—Bueno. Las llevo yo.

Claudia lo miró como si acabara de regalarle una estrella.

Y yo, que llevaba dos días llamándolo flan de vainilla mentalmente, tuve que admitir una cosa horrible: quizá era soso, quizá venía sin azúcar, pero era un buen hombre.

Después se fueron los dos, dejándome a solas en una casa de piedra en mitad de la campiña escocesa con mi marido accidental, una sola cama decente y veintiún días por delante.

La casa se quedó vacía de golpe, en cuanto el coche de Marcus desapareció por el camino. Luego nos quedamos los dos en el recibidor, mirándonos como dos desconocidos a los que han encerrado juntos en un ascensor, sin saber muy bien qué hacer con las manos ni con la mirada.

—Bueno —dije.

—Bueno —dijo él.

—Pues esto es... la casa.

—Esto es la casa.

—Yo voy a... —señalé vagamente una dirección que no llevaba a ningún sitio concreto— a deshacer la maleta.

—Tú no tienes maleta. Se quedó en el hotel.

—Pues voy a fingir que la deshago.

Me escapé a la habitación a fingir que deshacía una maleta inexistente, que es lo que hace una mujer cuando necesita cinco minutos a solas para asimilar que va a vivir veintiún días con un escocés del tamaño de un armario al que está legalmente atada. Lo oí trastear en la cocina, abrir el congelador, silbar. La casa, que con cuatro personas parecía pequeña, con dos parecía enorme y peligrosamente íntima. Cada crujido del suelo de madera anunciaba

dónde estaba él. Y yo, sentada en el borde de una cama que iba a tener que compartir, me di cuenta de que las tres semanas que tenía por delante no iban a ser ningún descanso.

Antes de que empezara la guerra doméstica, Lennox pasó por el hotel a recuperar mi maleta, mi portátil y la poca dignidad que me quedaba doblada entre camisetas. Yo esperé en el coche, porque no me veía capaz de explicarle al recepcionista que necesitaba mis cosas para mudarme temporalmente con mi marido accidental.

La cama fue el primer campo de batalla.

—Yo duermo en la plegable —dije esa noche, plantada en mitad del salón con los brazos cruzados.

—No cabes ni tú en la plegable —dijo Lennox, que miraba el catre con cara de pena—. Y yo desde luego tampoco. Me sobra medio cuerpo por cada lado.

—Pues duerme tú en la cama de invitados —contesté.

—¿La de los muelles rotos? Me senté antes a probarla y suena como un barco hundiéndose. Hundo el colchón entero y acabo durmiendo en el suelo. Ni hablar.

—Entonces no nos queda otra que la de matrimonio —dije, viéndolo venir.

—No nos queda otra —confirmó él—. Es la única decente. Pero es grande. Cabe una frontera en medio y sobra sitio.

Y así fue como, por segunda vez en menos de cuarenta y ocho horas, acabé compartiendo colchón con un hombre al que apenas conocía, trazando una línea imaginaria por el centro con el dedo.

—Esto es Berlín —dije—. Tú el este, yo el oeste. Y el muro no se cruza.

—El este siempre fue más interesante —dijo él, quitándose la camisa con una tranquilidad que me obligó a fingir un interés súbito por la lámpara de la mesilla.

—Lennox.

—¿Qué?

—No te quites la ropa delante de mí.

—Duermo así.

—Pues hoy duermes vestido. Estamos en Escocia. Aquí no hace calor desde mil novecientos setenta y seis.

Refunfuñó, pero se dejó la camiseta interior, que tampoco tapaba gran cosa, y se metió en su mitad. Yo me metí en la mía, pegada al borde, agarrada al edredón como una niña en su primer campamento. Apagamos la luz. Y descubrí dos cosas sobre dormir al lado de Lennox que nadie me había advertido.

La primera es que el hombre irradiaba calor como una estufa de butano. Yo, que soy friolera y llevo toda la vida durmiendo con calcetines, a los diez minutos tuve que sacar un pie fuera del edredón por exceso de temperatura ajena.

La segunda es que roncaba. No fuerte. No de forma desagradable. Roncaba bajito, rítmico, como el motor de un barco lejano, un sonido que tendría que haberme irritado y que, para mi absoluta indignación, me fue arrullando hasta que me quedé dormida sin darme cuenta, en mi mitad de Berlín, escuchando roncar a un desconocido con el que estaba casada.

Me desperté a las tres de la mañana muerta de frío. No por falta de edredón, sino porque el muy ladrón se lo había llevado entero a su lado del muro, enrollado alrededor del cuerpo como una crisálida de armario. Tiré. No cedió. Tiré más fuerte, plantando los pies en el colchón para hacer palanca, y recuperé una esquina del tamaño de un pañuelo. Volví a tirar. Y el edredón cedió de golpe, tan de golpe que me quedé con todo encima y a él lo dejé destapado, boca arriba, en camiseta, ofrecido al frío escocés como un mártir.

—Estás robando el edredón —murmuró, sin abrir los ojos.

—Lo estaba recuperando. Tú lo robaste primero.

—Yo no robo. Atraigo.

—Pues atrae solo tu lado, que casi me congeló.

Y entonces hizo lo más rastrero que se puede hacer a las tres de la mañana: alargó un brazo, me enganchó por la cintura sin abrir siquiera los ojos, y me arrastró hacia su mitad de Berlín como quien recoloca una almohada. Yo abrí la boca para protestar. Pero el hombre era una estufa, el edredón volvía a estar sobre los dos, y mi cuerpo, traidor de mí, decidió que aquello era exactamente donde quería estar. Protesté lo justo para salvar la dignidad. Luego me callé. Y me dormí pegada a su costado, en territorio claramente enemigo, sin fuerzas ni ganas de volver a mi país.

Me desperté al amanecer con la cara pegada a su hombro y la pierna cruzada sobre la suya, como una lapa que ha tomado una playa por la noche. Me aparté de un salto, recé para que no se hubiera enterado, y me pasé el desayuno entero sin mirarlo a la cara. Él no dijo nada. Pero le sonreía a su tostada de una manera que me dio a entender que se había enterado de todo, del edredón, del brazo y de la lapa.

Vivir sola con Lennox resultó ser un espectáculo digno de estudio antropológico.

Porque mi marido accidental, ese armario rubio que parecía sacado de un calendario, tenía manías de anciano. Doblaba la ropa en cuadrados perfectos. Lavaba su taza al segundo de terminársela. Hacía la cama con esquinas de hospital. Pero a la vez dejaba el kilt colgado del pomo de la puerta del baño, los zapatos en mitad del pasillo para que yo tropezara, y la gaita —la trajo, el muy inconsciente se trajo la gaita— en el salón, donde la tocaba a horas intempestivas «para no perder práctica».

—Son las once de la noche —le dije el segundo día, asomándome al salón en pijama.

—La música no tiene horario.

—Los vecinos sí.

—Los vecinos están a un kilómetro.

—Los vecinos te van a denunciar.

—Que me denuncien. Tengo abogado.

Lo dijo con una naturalidad que me hizo levantar una ceja. Un escocés de negocios aburridos en las islas que tiene abogado a mano y habla de él como quien habla del fontanero. Lo guardé en el cajón de mi cabeza junto a todo lo demás.

Pero la guerra de verdad, la que marcó aquellos primeros días a solas, fue la del dichoso kilt colgado en el baño.

Yo me duchaba por las mañanas. Y todas las mañanas, al salir, me encontraba aquel trozo de tela de cuadros colgando del pomo, a la altura de mi cara, como un fantasma de tartán. Y todas las mañanas, sin poder evitarlo, me acordaba de la pista de baile, del tirón, de lo que había debajo o más bien de lo que no había debajo, y se me subían los colores yo sola, en el baño, sin que nadie me viera.

El tercer día no aguanté más y lo descolgué para ponerlo en otro sitio. Y al cogerlo, por curiosidad puramente científica, le di la vuelta buscando lo que buscan todas las mujeres que han tenido un kilt entre las manos.

—No hay nada que buscar —dijo la voz de Lennox desde la puerta, y yo pegué un brinco que casi me llevo por delante el espejo—. Ya lo comprobaste tú misma. En directo. Con público.

—No estaba buscando nada.

—Tienes mi kilt en las manos y la cara colorada.

—Lo estaba recolocando.

—Lo estabas inspeccionando.

—Lo estaba —solté el kilt como si me hubiera mordido— quitando de en medio. Porque lo dejás colgado donde me ducho y me da cosa.

Lennox cruzó los brazos y se apoyó en el marco de la puerta, ocupándolo entero, con esa sonrisa de gamberro que ya empezaba a conocerle y a temer.

—¿Te da cosa mi kilt?

—Me da cosa lo que representa.

—¿Y qué representa?

—Tú sabrás. Tú eres el que va por la vida enseñándolo.

—Yo no enseño nada. Tú me lo bajaste.

—¡Fue sin querer!

—Eso ya lo hemos hablado —dijo, y se acercó para recoger el kilt del suelo. Se agachó a mi lado, muy cerca, tan cerca que olí otra vez aquello suyo de madera y de mañana, y cuando se incorporó con la prenda en la mano se quedó mirándome desde su altura con algo nuevo en los ojos, algo que ya no era solo broma—. Para alguien a quien le da tanta cosa, te pasas el día pensando en mi falda.

—No pienso en tu falda.

—Acabas de inspeccionarla.

—Por la ciencia.

—Por la ciencia —repitió, y se rió bajito, y se fue por el pasillo silbando una tonada escocesa, dejándome plantada en el baño con el corazón a mil.

Esa misma tarde decidí que tenía que hacer algo útil con las manos antes de que las manos hicieran algo de lo que arrepentirme. Así que decidí cocinar. Empecé por lo más difícil: una paella. Una paella en Escocia, con los ingredientes que conseguí en un supermercado donde el arroz redondo era artículo de lujo y el azafrán había que pedirlo por encargo a la reina madre.

El plan era sencillo. El plan era impresionar a Lennox, que andaba por el salón fingiendo que leía pero vigilándome de reojo.

El plan se torció a los veinte minutos, cuando descubrí que la única paellera de la casa era una sartén honda con el mango quemado, que el fuego de inducción de Marcus tenía catorce programas y ninguno servía para una paella, y que el extractor, en lugar de extraer humos, los repartía democráticamente por toda la planta baja.

Para cuando quise darme cuenta, el sofrito se había convertido en carbón por un lado y en sopa por el otro, la cocina entera olía a

incendio forestal, y un pitido agudo empezó a sonar desde el techo con la insistencia de un grillo enfadado.

—¿Eso es la alarma de incendios? —grité, abanicando la sartén con un paño.

—Eso es la alarma de incendios —confirmó Lennox, apareciendo en la puerta con una calma que me dio rabia.

Lo que pasó después lo recuerdo en cámara rápida. El pitido subió de tono. Abanicar con el paño solo conseguía empujar el humo hacia el detector, lo cual lo enfurecía más. Me subí a una silla para apagarlo a manotazos y la silla, que era de esas plegables traidoras, decidió plegarse conmigo encima. Y cuando ya me veía estampada contra el suelo de la cocina de mi hermana, con la paella ardiendo de fondo y la alarma berreando, dos brazos enormes me cogieron al vuelo, silla incluida, como quien recoge la compra que se le cae.

Lennox me dejó en el suelo con cuidado, alargó el otro brazo sin despeinarse, arrancó la tapa del detector y le sacó la pila de un tirón. El pitido murió de golpe. Lo que quedó después fue una calma rarísima, casi tan ensordecedora como el ruido de antes.

Quedamos los dos en mitad de la cocina, él sujetándome todavía por la cintura, yo con el paño en la mano y la cara tiznada de humo, y la paella humeando su rendición sobre el fuego de los catorce programas.

—¿Querías impresionarme? —dijo, sin soltarme.

—¿Cómo voy a querer eso? Yo no tengo que impresionar a nadie.

—Casi incendias la casa de tu hermana.

—No seas exagerado. Solo he cocinado.

—Pues has cocinado un incendio.

Me empezó a temblar la barbilla de la risa antes de decidir si me reía o me ponía a llorar de la vergüenza, y al final me reí, porque estaba en sus brazos, tiznada como un deshollinador, con una paella calcinada y un escocés enorme aguantándose la risa a dos

centímetros de mi cara. Nos reímos los dos, solos en aquella cocina, hasta que me dolieron las costillas.

Acabamos pidiendo pizzas a un sitio que estaba a una hora de camino, porque vivíamos en mitad de la nada, y cenamos en el suelo del salón, frente a la chimenea, con las cajas abiertas y la cocina todavía oliendo a tragedia. Sin Claudia haciendo de carabina, sin Marcus y sus batidos, solos los dos, la cosa tenía un punto distinto que ninguno de los dos nombró pero que estaba ahí, en el aire, entre el fuego y las porciones de pizza.

Hasta que sonó el teléfono de Lennox.

Él miró la pantalla y se le borró la sonrisa de golpe, igual que en la boda cuando le pregunté por la rubia de rojo. Se levantó, dijo «un momento» con una voz que no era la suya, y salió al jardín a cogerlo, cerrando la puerta de cristal detrás de él.

Yo no quería mirar. Pero el salón daba al jardín y la noche escocesa no tiene cortinas, así que lo vi a través del cristal, andando de un lado a otro sobre la hierba, con el teléfono pegado a la oreja y la espalda tensa, diciendo cosas que no oía con una cara que no le había visto. En un momento dado se pasó la mano por el pelo, negó con la cabeza, y dijo algo corto y seco antes de colgar.

Cuando volvió a entrar traía otra cara puesta, la de gamberro de siempre, pero a mí no me engañó. Las caras que uno se pone a propósito nunca tapan del todo la de debajo.

—¿Todo bien? —pregunté, fingiendo mucho interés en mi porción de pizza.

—Cosas de las islas —dijo—. Negocios.

—Esa llamada no parecía aburrida.

Me miró un segundo, midiendo si yo era una amenaza o una curiosa, y eligió no contestar. Cogió otra porción, se sentó de nuevo en su sitio frente al fuego, y cambió de tema con una pregunta sobre Sevilla que yo, tonta de mí, le contesté, porque cuando un hombre así te pregunta por tu tierra con esos ojos es muy difícil acordarse de que te estaba escondiendo algo.

Más tarde, ya con la chimenea casi apagada y las cajas de pizza vacías, Lennox se quedó mirando las brasas y me dijo, sin venir a cuento:

—Mañana viene el abogado a casa. A explicarnos las opciones. Por si quieres preparar tus preguntas.

—Vale.

—Y Naroa.

—¿Qué?

—Lo de jurar que no pasó nada aquella noche... —Le dio una vuelta a la taza de té entre las manos—. Quiero que sepas que lo he vuelto a pensar un poco más, pero he llegado a la misma conclusión. No puedo. Va en contra de todo lo que creo. Vamos a tener que buscar otro camino. Más lento, peor quizás, pero esa opción debe quedar fuera del todo. Lo siento.

Lo miré. Y por una vez no había sonrisa de gamberro, ni ceja levantada, ni chiste del kilt. Había un hombre grande mirando el fuego, ofreciéndome la salida más complicada solo porque era la más honrada.

Y ese fue, exactamente, el momento en que empecé a tener un problema de verdad.



CAPÍTULO 5: LA SEÑORA SINCLAIR

El abogado llegó a las diez de la mañana en un coche demasiado bueno para un pueblo donde las ovejas superaban a las personas.

Yo lo vi aparcar desde la ventana de la cocina, mientras me peleaba con una cafetera italiana que Marcus, cómo no, había sustituido por una máquina de cápsulas con más botones que un avión. Era un hombre de unos sesenta años, traje gris impecable, maletín de cuero gastado en las esquinas justas para parecer caro, y un paraguas que en Escocia no es un accesorio sino un órgano vital. Lennox salió a recibirlo antes de que llamara al timbre, le estrechó la mano, y los dos cruzaron unas palabras en la puerta que no llegué a oír pero que sonaron a la conversación de dos personas que ya se conocen.

—Señor Hendry —dijo Lennox, haciéndole pasar al salón—. Mi... —dudó medio segundo— mi mujer, Naroa.

El abogado me tendió la mano con una sonrisa profesional.

—Encantado, señora Sinclair.

Y ahí, con esas dos palabras, el mundo se me paró un instante.

Señora Sinclair.

Porque hasta ese momento yo había vivido aquel disparate como una anécdota, un lío de borrachera que se arreglaría con papeles y del que algún día me reiría en una cena. Pero oír a un abogado de traje gris llamarme «señora Sinclair», con la misma seriedad con la que diría una fecha o una cifra, fue como si alguien me echara un cubo de realidad por la cabeza. Yo tenía apellido de casada. Yo era la señora de alguien. Y ese alguien estaba sentado enfrente, enorme, llenando medio sofá, con cara de no saber dónde meterse.

—Naroa —corregí, dándole la mano—. Solo Naroa. Lo de Sinclair es... provisional.

El señor Hendry asintió, abrió el maletín, y sacó una carpeta.

—Bien. He revisado el certificado y el registro. —Se ajustó las gafas—. Lamento decirles que el matrimonio es completamente válido. Celebrado ante un celebrante reconocido, con dos testigos, firmado y registrado. A ojos de la ley escocesa, ustedes están tan casados como cualquier pareja que lleve un año planificando la ceremonia.

—Eso ya lo sabíamos —dije—. Lo que queremos saber es cómo deshacerlo. Rápido.

—Ahí está el problema. —Pasó una hoja—. En Escocia, un matrimonio se disuelve por divorcio. Y el divorcio, salvo en casos de falta grave, requiere un periodo de separación previo. Un año, si ambas partes están de acuerdo. Dos años, si una de las partes se opone.

—¿Un año? —Se me subió la voz una octava—. ¿Tengo que estar casada un año con un hombre al que conocí en una boda?

—Casada, sí. Conviviendo, no necesariamente. —El señor Hendry me miró por encima de las gafas con una paciencia de profesor de instituto—. Existe una vía más rápida. La anulación. Pero solo procede si el matrimonio no se ha consumado. En ese caso, basta

con una declaración jurada de ambas partes y el proceso se resuelve en cuestión de semanas.

Lennox y yo nos quedamos muy quietos.

—¿Una declaración jurada —pregunté, despacio— de que no ha habido... eso?

—Exactamente.

—¿Y si uno no está del todo seguro de si hubo eso o no hubo eso?

El abogado dejó el bolígrafo sobre la carpeta y nos miró a los dos, primero a Lennox, luego a mí, con la expresión de quien ya ha visto de todo en cuarenta años de oficio y ha decidido que nada le sorprende.

—Señora... Naroa. Jurar en falso ante un tribunal es un delito. Si declaran que no se consumó y se demostrara lo contrario, las consecuencias serían serias para ambos. —Hizo una pausa delicada—. De modo que mi pregunta, por incómoda que resulte, es necesaria. ¿Pueden ustedes, los dos, jurar con honestidad que la noche de la boda no hubo relación íntima?

Ninguno de los dos contestó enseguida. Y no por dignidad, sino porque tocaba confesar delante de un señor de traje gris que no nos acordábamos de si nos habíamos acostado o no.

—No nos acordamos —dije al fin, mirándome las manos—. Bebimos mucho. Nos despertamos... en cierto estado de duda razonable.

El abogado asintió como si aquello fuera la cosa más normal del mundo, lo cual me hizo sospechar que en aquel país pasaba más a menudo de lo que la gente confiesa.

—Permítanme entonces unas preguntas. Por procedimiento. —Sacó el bolígrafo otra vez, imperturbable—. ¿Compartieron habitación esa noche?

—Sí —dijo Lennox.

—¿Y cama?

—Eso parece —dije yo, notando el calor subiéndome por el cuello.

—¿Se despertaron vestidos?

—A medias —contesté—. Yo llevaba el sujetador. Él la camisa.

El señor Hendry apuntó algo en su carpeta con una cara de póquer admirable. Yo me quería morir. Había un señor de sesenta años tomando nota oficial de mi ropa interior de aquella mañana, y Lennox, a mi lado, parecía estar disfrutando de mi sufrimiento más de lo que el momento aconsejaba.

—Comprenderán —dijo el abogado, levantando la vista— que «yo llevaba el sujetador» no es, jurídicamente, una prueba de nada. La gente hace toda clase de cosas con toda clase de ropa puesta.

—Eso mismo le dije yo —apuntó Lennox.

—Tú te callas —le solté.

—Entonces no pueden jurarlo —concluyó el señor Hendry, cerrando la carpeta—. Y sin ese juramento, no hay anulación. Lo cual nos deja la vía del divorcio. Un año de matrimonio, mínimo, antes de poder iniciarlo. Lo siento.

Un año.

Me eché hacia atrás en el sofá y miré el techo, buscando una mancha de humedad a la que agarrarme como había hecho en casa de Morag, pero el techo de Claudia estaba immaculado y no me ofreció ningún consuelo. Un año casada. Un año de papeles, de apellido prestado, de explicarle a mi madre por teléfono que su hija pequeña se había casado con un escocés en una capilla y que necesitaría doce meses para descasarse. Mi madre, que llevaba años preguntándome cuándo iba a sentar la cabeza, iba a tener un infarto de la risa.

—Hay algo más —dijo el señor Hendry, y por su tono supe que ese algo iba dirigido a Lennox—. Dado lo... particular de su situación patrimonial, señor Sinclair, le recomendaría encarecidamente que firmaran un acuerdo que proteja sus...

—Eso lo hablamos luego —cortó Lennox, con una sequedad que no le había oído nunca, ni siquiera en la llamada del jardín.

—Por supuesto. —El abogado carraspeó y recogió sus cosas a toda prisa, como quien se da cuenta de que ha metido el pie donde no debía—. Disculpe.

Yo levanté la cabeza. «Situación patrimonial.» «Proteja sus...» ¿Sus qué? Miré a Lennox. Lennox miraba al abogado con una cara que decía cállate más alto que cualquier palabra. Y el cajón de mi cabeza, donde había estado guardando todo, se abrió un poco más para guardar la pieza nueva: un abogado de coche caro, un apellido que el hombre pronunciaba con respeto, una «situación patrimonial» que había que proteger de mí, la española sin blanca que se había casado borracha.

No dije nada. Pero lo registré todo.

El señor Hendry se fue tal como había venido, con su paraguas y su coche demasiado bueno, dejándonos a los dos en el salón con un año de matrimonio por delante y una conversación pendiente flotando en el aire como el olor de la paella quemada del día anterior.

—¿Qué era eso de la situación patrimonial? —pregunté, en cuanto el coche desapareció.

—Tonterías de abogado. —Lennox se levantó, recogió las tazas y se metió en la cocina—. Cobran por hora y tienen que justificar la factura asustándote con cosas. No le hagas caso.

—Ha dicho que había que protegerte de algo. De mí, supongo.

—No de ti. —Se asomó desde la cocina, y por un momento pareció que iba a decir algo de verdad. Pero se le cerró la cara otra vez, como una ventana en invierno—. Es lo que hacen los abogados con todos los matrimonios. Acuerdos, papeles, por si acaso. No significa nada.

—Para no significar nada, te ha puesto de mal humor.

—No estoy de mal humor.

—Estás fregando una taza que ya estaba limpia.

Bajó la mirada a la taza, que en efecto llevaba treinta segundos refregando bajo el grifo sin motivo, y la dejó en el escurrerplatos con un suspiro. Se apoyó en la encimera, cruzó esos brazos enormes, y me miró desde el otro lado de la cocina con una expresión que no supe interpretar.

—Naroa. Hay cosas mías que prefiero contar a mi tiempo. No por mentir. Por... —buscó la palabra— por experiencia. Cuando la gente sabe ciertas cosas de mí, cambia. Y contigo, de momento, me gusta que no hayan cambiado.

Fue lo más sincero que me había dicho desde que nos conocíamos, y a la vez no me dijo absolutamente nada concreto. El muy ladino tenía el arte de abrirse y cerrarse en la misma frase.

—No me gustan los secretos —dije.

—A nadie le gustan. Pero todos tenemos alguno. —Ladeó la cabeza—. ¿O me vas a decir que tú me lo has contado todo de ti en cuatro días?

No, no se lo había contado todo. No le había contado lo de Álvaro, el hombre con el que viví tres años en Sevilla, el que me prometió media vida y se largó con la otra mitad y con la chica del gimnasio el mismo mes en que yo había empezado a mirar pisos más grandes. No le había contado que desde entonces elegía la soledad como quien elige el asiento del pasillo en el avión, no porque sea mejor, sino porque está más cerca de la salida. No le había contado que me reía de las bodas porque reírme era más barato que reconocer que me daban una envidia que no me podía permitir.

Así que cerré la boca, porque tenía razón, y porque discutir con un hombre que acaba de marcarte un tanto es agotador.

—Touché —admití.

—¿Eso es español?

—Es francés. Significa «tienes razón, pero no pienso repetirlo».

Lennox se rió, esa carcajada suya que ocupaba la cocina entera, y algo en el ambiente se aflojó. Se apartó de la encimera, se acercó, y

por un momento pensé que iba a decir algo más, algo de verdad esta vez. Pero se quedó a un paso de mí, mirándome desde su altura, y lo que dijo fue:

—Cuando estés lista para contarme lo tuyo, yo te cuento lo mío. ¿Trato?

—No estoy lista.

—Yo tampoco. —Encogió un hombro—. Por eso es un buen trato. Empatamos a secretos.

Le tendí la mano, muy seria, como si cerráramos un negocio.

—Tregua —dije.

—Tregua —aceptó él, estrechándomela, y la sonrisa de gamberro volvió a asomar, deshaciendo del todo la tensión—. ¿Café? Esta máquina del demonio tiene un botón que hace algo parecido al café si le rezas.

Nos pasamos la media hora siguiente intentando descifrar la nave espacial de Marcus, riéndonos de los catorce botones, y para cuando conseguimos sacarle algo bebible se nos había olvidado el abogado, el año de matrimonio y la situación patrimonial. Casi. A mí no se me había olvidado del todo. Pero decidí guardarlo para más tarde, porque era media mañana, hacía un sol raro y tímido de los que salen poco en Escocia, y por una vez no me apetecía estropearlo.

Lo que sí decidí estropear, ya que estaba, fue mi propia paz mental. Porque había una llamada que llevaba cuatro días posponiendo y que no podía aplazar más: tenía que contárselo a mi madre antes de que se enterara por el grupo de WhatsApp de las primas, donde las noticias viajan más rápido que la luz y siempre deformadas.

Me encerré en el dormitorio, respiré hondo, y marqué.

—¡Hija! —La voz de mi madre, desde Sevilla, sonó como si llevara una semana esperando junto al teléfono, que probablemente era el caso—. ¿Cómo está mi niña? ¿Cómo va todo después de la boda? Cuéntamelo. Lo que daría por estar allí, me estoy perdiendo todo por culpa de este tobillo.

Porque mi madre, tres días antes de la boda, había tenido la genial idea de subirse a una silla a bajar la maleta del altillo, ella sola, sin esperar a nadie, y se había caído como un saco, partiéndose el tobillo por dos sitios. El médico le prohibió el avión de manera tajante, así que se quedó en Sevilla, con Manolo, su novio desde hacía dos décadas, con la pierna en alto, la escayola hasta la rodilla y un humor de perros, viendo la boda de su hija mayor por videollamada desde el sofá. Que no hubiera podido ir era, por cierto, una de las pocas suertes de toda esta historia, porque si mi madre llega a estar en aquella capilla a las dos de la madrugada, me arranca de la oreja antes de que Angus dijera «marido y mujer».

—Bien, mamá. Todo está yendo genial —dije, con cautela—. Pero tengo que contarte una cosa. Y necesito que estés sentada.

—Estoy sentada. Con la pierna en alto, como un jamón en su soporte. No me puedo levantar aunque quiera.

—Mejor. Porque esto te va a hacer querer levantarte.

Hubo una pausa al otro lado, el crujido del sofá, y la voz en vilo de una madre que se prepara para lo peor.

—Ay, Dios mío. Estás embarazada.

—No estoy embarazada.

—Tienes una enfermedad.

—No tengo una enfermedad.

—Has dejado el trabajo.

—No, Mamá. Me he casado.

Lo que vino de Sevilla fue una pausa tan espesa que se podría haber cortado con un cuchillo, untado en pan y servido con aceite. Conté hasta cinco. A los cinco, mi madre encontró la voz.

—¿Que tú qué?

—Que me he casado. En Escocia. Con el hermano del marido de Claudia. De... bueno, de una manera un poco rápida. Una locura.

—¿Rápida cómo de rápida?

—Rápida de una noche.

Oí el forcejeo de mi madre intentando levantarse del sofá y el golpe de la escayola contra la mesa baja, porque mi madre, como yo, no sabe recibir un disgusto sentada, aunque el tobillo le dijera lo contrario.

—¡Ay, María Santísima! ¡Manolo! ¡MANOLO! ¡Que la niña se ha casado en Escocia! —Lejos, oí a Manolo preguntar algo—. ¡Que con un escocés, Manolo, con uno de allí! —Volvió al teléfono, bajando la voz a un susurro de urgencia—. Naroa, dime la verdad. ¿Es por los papeles? ¿Te has casado para que él tenga los papeles? Porque si es eso, hija, hay maneras menos drásticas, que tu prima Loli conoce a un abogado...

—No es por los papeles, mamá. Los papeles los tiene él. Soy yo la que está aquí atrapada.

—¿Atrapada? ¿Te tiene atrapada? Naroa, tose dos veces si estás en peligro.

—No estoy en peligro, mamá, es una manera de hablar. Estoy bien. Estoy en casa de Claudia. Es solo que necesitamos un tiempo para arreglar el papeleo y descasarnos.

—¿Y cómo es?

—¿Cómo es qué?

—El escocés. ¿Es guapo? Dime que por lo menos es guapo.

Miré hacia la puerta cerrada, detrás de la cual andaba Lennox trasteando con la cafetera, con esa sonrisa que llevaba días quitándome el sueño en sentido literal.

—Es... —busqué una palabra que no me delatara— ... apañado.

—«Apañado» —repitió mi madre, y la conocía lo suficiente para saber que acababa de oír todo lo que yo no había dicho—. Hija mía. Cuando una mujer dice «apañado» con esa voz, es que el hombre está para mojar pan. ¿Cuándo me lo presentas?

—Mamá, que nos vamos a divorciar.

—Ya, ya. Lo que tú digas. ¿Cuándo me lo presentas?

Colgué quince minutos después, agotada, habiéndole prometido a mi madre tres cosas que no pensaba cumplir y habiendo conseguido que no le diera un soponcio, que ya era mucho. Me quedé sentada en el borde de la cama con esa sonrisa tonta que se le queda a una después de hablar con su madre, la que está hecha de cariño y de exasperación a partes iguales.

Acababa de levantarme, todavía con la sonrisa puesta, cuando sonó el timbre.

Lennox y yo nos miramos. No esperábamos a nadie. El abogado se había ido, Claudia estaba en las Maldivas, y los vecinos quedaban a un kilómetro.

—¿Esperas a alguien? —pregunté.

—No.

Fue él quien abrió. Yo me quedé en el pasillo, taza en mano, a un par de metros de la puerta. Y cuando Lennox tiró del picaporte y la luz de la mañana entró de golpe, me encontré de frente, por fin con nombre y apellido, con la mujer que me había estado vigilando desde las esquinas.

La rubia espectacular del vestido rojo. La de la boda. La de la llamada del jardín.

Solo que esta vez no llevaba vestido rojo, sino unos vaqueros caros y un abrigo de los que cuestan un sueldo, y no miraba desde tres mesas de distancia, sino desde el felpudo de mi hermana, con una cara preciosa y peligrosa y unos ojos que pasaron de Lennox a mí en menos de un segundo.

—Hola, Lennox —dijo, con una voz de miel que no engañaba a nadie. Luego me miró a mí, de arriba abajo, deteniéndose en mi pijama y en mi taza—. Tú debes de ser la española.

Lo dijo como se dice «la asistenta» o «la temporera». Como un cargo provisional. Como algo que se contrata por temporada y se devuelve cuando refresca.

—Fiona —dijo Lennox, y el nombre le salió como sale una piedra del zapato.

Así que era ella. La que su madre despreciaba. La de la cara de pocos amigos en la boda. La que, según Catriona, no quería a Lennox ni la mitad de lo que quería lo que Lennox tenía.

—No me esperabas —dijo Fiona, sin moverse del felpudo, y la sonrisa se le afiló un grado—. Me lo imagino. Pero es que me he enterado de cosas muy interesantes sobre ti, Lennox. Cosas de capillas. Y de firmas. Y de españolas. —Me lanzó una mirada que pesaba—. Y he pensado que lo mejor era venir a aclararlo en persona. Entre adultos.

—No hay nada que aclarar —dijo Lennox.

—Yo creo que sí. —Fiona bajó la vista hacia sus pies, donde, ahora lo veía bien, descansaba una maleta de ruedas de las grandes, de las de quedarse,

Yo miré la maleta. Miré a Lennox, que se había quedado tan rígido como la primera noche, con la mandíbula apretada, y miré a Fiona, plantada en la puerta de mi casa prestada como quien planta una bandera.

Y entendí, con la claridad que solo da el horror, que mi luna de miel ajena acababa de complicarse muchísimo.

—¿Puedo pasar? —preguntó Fiona, que ya tenía un pie dentro—. Hace un frío de mil demonios aquí fuera. Y esto va para largo.



CAPÍTULO 6: LA INVITADA QUE NADIE INVITÓ

Fiona no esperó a que le dijéramos que sí. Para cuando quise reaccionar, ya había metido la maleta en el recibidor, se había quitado el abrigo del sueldo entero, y lo había dejado sobre el respaldo del sofá de mi hermana con la naturalidad de quien lleva años entrando en esa casa.

—Qué mona, la casita —dijo, recorriendo el salón con la mirada como una tasadora—. Pequeña, pero mona. ¿Es tuya?

—Es de mi hermana —contesté.

—Ah. La que se casó con Marcus. —Sonrió—. Pobre Marcus.

Y ahí, en esas dos palabras, entendí la clase de mujer que tenía delante. Una que insulta sonriendo, que clava el cuchillo y luego te pregunta si te has hecho daño. Yo, que de lenguas viperinas sé un rato porque tengo una en propiedad, reconocí a una colega de

gremio. Y supe que aquello no iba a ser una conversación. Iba a ser un combate.

Me ajusté el pijama, que de pronto me pesaba como una armadura de cartón, y deseé con todas mis fuerzas haberme puesto cualquier otra cosa esa mañana. Cualquier cosa que no tuviera corazoncitos estampados.

—Bonito pijama —dijo Fiona, que por supuesto se había fijado.

—Gracias. Es de andar por mi casa. Que es esta. Hoy.

Sin pedir permiso, Fiona se levantó, fue hasta la repisa de la chimenea, y cogió una foto enmarcada de Claudia y Marcus el día de la pedida. La examinó con la cabeza ladeada, como quien evalúa una obra de arte que no acaba de convencerle.

—Marcus siempre fue el blando de los dos hermanos —dijo, dejando la foto un par de centímetros torcida, lo justo para que me dieran ganas de enderezarla—. El bueno, el formal, el que hace lo que se espera de él. Lennox es el otro. El que hace lo que le da la gana y encima le sale bien. —Se giró hacia mí con una sonrisa—. ¿Sabes lo que pasa con los hombres a los que todo les sale bien? Que se aburren rápido. De todo. Y de todas.

—Pues mira, qué suerte que yo sea un trámite y no me tenga que preocupar de aburrirlo.

Fiona arqueó una ceja, nada convencida, y siguió su paseo de inspección por el salón como si estuviera tasando la casa para comprarla. Tocó las cortinas. Miró por la ventana. Abrió incluso un cajón del aparador, con un descaro que me dejó sin palabras, y lo cerró al ver que solo había mantelerías.

—¿Buscas algo? —pregunté.

—Me oriento. Me gusta saber dónde estoy. —Volvió a sentarse, perfectamente a gusto—. Una nunca sabe cuándo va a tener que pasar aquí una temporada.

—En esta casa la temporada la decido yo, que soy la única que tiene llave. Y de momento, tu temporada aquí dura lo que dure este café

que no te he ofrecido.

Lennox, mientras tanto, se había quedado plantado junto a la puerta, sin sentarse, con esa rigidez de armario que le entraba cuando algo le incomodaba de verdad.

—Fiona, esto no es buen momento.

—Nunca es buen momento contigo, cariño. Por eso estamos como estamos. —Se dejó caer en el sofá, cruzó las piernas, y me miró a mí—. ¿Te ha hablado de mí? Imagino que no. Lennox no habla. Es su gran defecto. Guapo, encantador, y cerrado como una ostra de las caras.

—Algo me han contado —dije, sentándome enfrente para no darle la ventaja de la altura—. Que erais... amigos.

Fiona se rió. Una risa bonita y desagradable a la vez, como un caramelo con el centro amargo.

—«Amigos.» Qué tierno. —Miró a Lennox—. ¿Eso le has dicho que somos? ¿Amigos?

—No le he dicho nada porque no hay nada que decir —contestó él, y por el tono supe que era verdad y que a Fiona le dolía que fuera verdad.

—Llevamos tres años, querida —me dijo Fiona, ignorándolo—. Tres años de idas y venidas. Él desaparece a sus islas, vuelve, me llama, lo dejamos, volvemos. Lo nuestro es... complicado. Una de esas cosas que no tienen nombre pero que están ahí. Y de repente me entero, por el grupo del condado, de que se ha casado en una capilla con una española a la que conoce de un día. —Se inclinó hacia delante—. Comprenderás que viniera a ver qué clase de mujer le ha hecho perder la cabeza a un hombre que no la pierde nunca.

—No le he hecho perder nada —dije—. Fue el whisky. Y ya nos estamos divorciando. En cuanto se arreglen los papeles, cada uno por su lado.

Algo cruzó la cara de Fiona. Un alivio mal disimulado. Y luego, enseguida, la satisfacción de quien acaba de oír que el obstáculo es

temporal.

—Ah. Os divorciáis. —Se recostó de nuevo, relajada—. Bueno. Eso lo cambia todo, ¿no? Entonces no eres un problema. Eres un trámite.

—Soy un trámite con muy mala leche —dije—. Tenlo en cuenta.

—Es curioso —insistió Fiona, que no pensaba soltar el hueso—. Una se emborracha en cientos de bodas a lo largo de la vida y no acaba casada en ninguna. Y tú, a la primera, vas y firmas un registro con el soltero más codiciado de... —se detuvo, midió la palabra, la cambió —... de la zona. Qué puntería.

—Será suerte de principiante.

—O será que sabías muy bien lo que hacías.

Ahí me reí yo. Una risa de verdad, porque la insinuación era tan absurda que casi le agradecí el chiste.

—Mira, bonita. —Apoyé los codos en las rodillas para ponerme a su altura de cobra—. La noche de la boda, lo único que sabía de este hombre era que tocaba la gaita, que llevaba falda y que me caía regular. Si crees que me casé con una estrategia, me tienes por mucho más lista o mucho más interesada de lo que soy. Yo no quería casarme. Yo quería volver a mi piso de Sevilla, a mi vida soltera y a mis cosas. El que se empeñó en la capilla a las dos de la mañana fue él, que es tan inconsciente como grande.

—En eso te doy la razón —murmuró Fiona, y por un segundo, una nada más, las dos compartimos algo parecido a la complicidad de dos mujeres que conocen al mismo desastre rubio, pero se rompió enseguida. —Yo estuve antes de que todo el mundo decidiera que Lennox era una causa perdida con ojos bonitos —dijo Fiona—. Estuve cuando su padre murió, cuando la junta quería comérselo vivo... Y ahora vienes tú, te casas en una noche y todos actúan como si fueras una señal del destino. Perdona si no aplaudo.

Lennox, que seguía de pie, intervino por fin, y lo hizo con una firmeza que no le había visto.

—Fiona. Te lo voy a decir claro, delante de Naroa, para que no haya malentendidos. Lo nuestro se acabó hace meses. Te lo dije entonces y te lo repito ahora. No volví a llamarte. Fuiste tú la que siguió llamando.

—Porque tú no sabes lo que quieres.

—Sé perfectamente lo que no quiero.

Aquello cayó como una losa. Fiona apretó los labios, y por un instante, debajo de la rubia perfecta y el abrigo carísimo, asomó algo más humano y más triste, una mujer a la que llevaban meses diciéndole que no y que se negaba a oírlo. Casi me dio pena. Casi. Se me pasó enseguida, en cuanto volvió a abrir la boca.

—¿Y ella sí sabe lo que quiere? —Me señaló con la barbilla—. ¿La española del pijama de corazoncitos? ¿Te ha preguntado a qué te dedicas de verdad, Lennox? ¿Sabe ella siquiera con quién se ha casado?

El aire de la habitación cambió de golpe. Lennox se puso tenso. Y yo, que llevaba días acumulando piezas en un cajón que ya no cerraba, levanté la cabeza muy despacio.

—¿A qué te refieres con «con quién se ha casado»? —pregunté.

Fiona abrió la boca, encantada, dispuesta a soltar lo que fuera que supiera y yo no.

—A que Lennox no es exactamente un don nadie de las islas. A que...

—Fiona. —La voz de Lennox restalló como un látigo, tan seca y tan dura que hasta yo di un respingo—. Para. Ahora.

Y Fiona paró. Lo miró, midió algo en su cara, y decidió que no le convenía seguir. Cerró la boca y se encogió de hombros con una sonrisita venenosa, guardándose la información como quien guarda un as.

—Nada —dijo—. Cosas nuestras. Ya te enterarás, guapa. O no. Mejor para mí si no.

Me quedé mirando a Lennox. Lennox miraba al suelo. Y algo en mi cabeza crujió bajo el peso de una pieza nueva que no terminaba de encajar: había algo sobre aquel hombre que todos sabían menos yo. Su madre lo había rozado. El abogado lo había rozado. Y ahora Fiona, plantada en mi salón, lo agitaba delante de mí como un caramelo que no pensaba darme.

Tendría que haber insistido. Tendría que haber exigido que alguien me explicara de una vez qué demonios pasaba con él. Pero entre el orgullo, y la presencia de aquella mujer disfrutando de mi desconcierto, decidí que no le iba a dar el gusto de verme suplicar por una explicación. Ya lo averiguaría. Sola. Sin público.

—¿Sabes qué? —dije, levantándome—. Me da igual con quién me he casado, porque me voy a descasar. Lo que no me da igual es que te hayas presentado en casa de mi hermana sin avisar, con una maleta, a remover algo que no es asunto tuyo. Así que voy a hacer lo que haría cualquier anfitriona educada en mi situación. —Cogí su abrigo del respaldo del sofá y se lo tendí—. Te voy a invitar a marcharte.

Fiona no cogió el abrigo. Me miró de arriba abajo, esta vez sin sonreír.

—No me voy a ningún sitio. He reservado tres semanas en la posada del pueblo. La de la plaza, esa tan pintoresca. —Se levantó y recuperó su abrigo de mis manos con dos dedos, como si le diera asco—. Voy a estar aquí una temporada, querida. Cerca. Por si Lennox cambia de opinión cuando se le pase la novedad de la española. Que se le pasará. A los hombres como él siempre se les pasa.

—Pues vas a esperar sentada en esa posada tan pintoresca.

—Esperar se me da de maravilla. Llevo tres años practicando. —Se colgó el abrigo del brazo, recogió la maleta, y antes de salir se giró hacia Lennox con una última estocada—. Por cierto. ¿Sigues sin dejar que nadie te vea lo que llevas debajo del kilt? Con lo mío que fue eso siempre.

Y ahí cometió su error. Porque atacar a Lennox no me ofendía. Pero meterse con el kilt, que por gracia o desgracia ya era territorio mío, eso ya era pasarse.

—Mira —dije, abriéndole yo misma la puerta de par en par—, lo que hay debajo del kilt ya tiene anillo y es asunto de su mujer. Y da la casualidad de que su mujer soy yo. Así que, si algún día tienes mucha curiosidad, siempre te queda internet.

Lennox soltó una carcajada que no pudo contener, una de esas tuyas que le salían del pecho, y se tapó la boca con el puño demasiado tarde. Fiona se puso del color de su antiguo vestido rojo. Me dirigió una mirada fulminante, dio media vuelta sobre sus tacones carísimos, y salió de la casa arrastrando la maleta por el camino de gravilla con toda la dignidad que le quedaba, que no era mucha.

Cerré la puerta. Me apoyé en ella. Y solté el aire que llevaba reteniendo desde que aquella mujer había puesto un pie en el felpudo.

—Bueno —dije—. Encantadora, tu amiga.

—No es mi amiga.

—Tu lo que sea.

—Mi error —dijo Lennox, y se pasó las dos manos por la cara—. Mi error de hace tres años, que se niega a quedarse en el pasado. Lo siento. No tendría que haberse presentado aquí. Y menos a soltar... eso.

—¿Eso de a qué te dedicas de verdad?

El aire se quedó quieto entre los dos. Esta vez no lo provoqué yo. Lo provocó él, deteniéndose en mitad del salón, debatiéndose entre contarme algo o no contármelo.

—Naroa...

—No —dije, levantando una mano—. No me lo cuentes ahora. No así, porque esa arpía te ha obligado. Cuando quieras contarme quién eres, me lo cuentas porque te da la gana, no porque te hayan

acorralado. Teníamos un trato, ¿te acuerdas? Empatados a secretos. Solo espero no estar casada con un traficante o algo peor...

Lennox me miró un buen rato, y algo en su cara se ablandó, una mezcla de alivio y de algo más cálido que prefiero no ponerle nombre todavía.

—Eres rara —dijo al fin—. La gente normal, cuando le dicen que su marido esconde algo, exige saberlo en el momento.

—Yo no soy la gente normal. Ya te lo dije en la boda.

—Es verdad. Me lo dijiste. —Sonrió, despacio—. Empiezo a creerte.

Nos quedamos un momento así, los dos en mitad del salón de mi hermana, con el eco de Fiona arrastrando su maleta todavía flotando en el aire y una corriente nueva pasando entre nosotros, de esas que no se ven pero se notan en la piel. Y justo cuando la cosa empezaba a ponerse peligrosamente quieta, peligrosamente cercana, Lennox carraspeó, dio un paso atrás, y rompió el momento con la elegancia de un elefante en una cacharrería.

—¿Tienes hambre? Porque después de esto, yo me comería un buey.

—Me comería dos —dije, agradecida de tener algo que hacer con la boca que no fuera lo que mi cuerpo estaba sugiriendo.

Y nos fuimos a la cocina a pelearnos con la nave espacial de Marcus y a freír unos huevos, fingiendo los dos que no había pasado nada, que Fiona no había metido el dedo justo en la llaga, y que aquel matrimonio de mentira no se estaba empezando a parecer, peligrosamente, a uno de verdad.

Él me robó el primer huevo directamente de la sartén, con los dedos, como un crío. Le di un golpe en la mano con la espátula. Se rió, se chupó el dedo quemado, y volvió a robarme pan tostado por encima del hombro mientras yo fingía estar muy concentrada en no mirarlo y muy poco en lo bien que olía la cocina con dos personas dentro.

—Por cierto —dijo, con la boca llena de mi pan—. Lo de internet... Eso ha sido bajo.

—Se lo merecía.

—No digo que no. Digo que ha sido bajo. —Tragó—. Y muy bueno. Llevo desde la boda esperando a que alguien le parara los pies a Fiona, y va y lo hace una española en pijama con una espátula en la mano. Gracias.

—¿Por defenderte?

—Por no preguntarme lo que cualquiera me habría preguntado en cuanto Fiona ha salido por la puerta.

—No te confundas. No es que no quiera saberlo. Es que quiero saberlo bien. Hay diferencia. —Le quité el último trozo de pan de la mano antes de que se lo comiera—. Y esto es por robarme el desayuno.

Me lo metí en la boca entero, mirándolo a los ojos, en plan desafío. Él se rió, levantó las manos rindiéndose, y por un momento, en aquella cocina diminuta que olía a huevos fritos y a tregua, se me olvidó que aquello tenía fecha de caducidad escrita en un juzgado.

Esa noche, cuando él se metió en la ducha y yo me quedé sola en el dormitorio, estuve a esto de hacer lo contrario de lo que le había prometido por la mañana. Su chaqueta colgaba del respaldo de la silla, la misma que me había echado por los hombros en la boda. Dentro estaría su cartera, su carné, sus tarjetas, todo lo que un nombre y un apellido necesitan para dejar de ser un misterio. Bastaba con alargar la mano.

Alargué la mano. La dejé suspendida sobre la chaqueta el tiempo justo para odiarme un poco. Y la retiré.

No por buena. Que conste que no fue por buena. Fue porque me daba miedo lo que pudiera encontrar. Mientras Lennox fuera un escocés cualquiera de negocios aburridos, podía permitirme reírme con él, robarle el pan tostado y dormir en su mitad de Berlín sin que aquello significara nada. Pero si abría esa cartera y descubría que era otra cosa, algo lo bastante grande como para justificar abogados de coche caro, madres organizándole la vida y Fionas presentándose con maletas, entonces tendría que empezar a preguntarme por qué

un hombre así perdía el tiempo conmigo. Y esa pregunta no me apetecía hacérmela.

Dejé la chaqueta en paz. Me metí en mi mitad de la cama. Y cuando Lennox salió de la ducha oliendo a ese jabón suyo y se tumbó en la suya, fingí que dormía. Él se quedó quieto un rato. Luego, muy bajito, como quien habla más para sí mismo que para nadie, dijo:

—Gracias por como eres.

No contesté. Pero sonreí contra la almohada, en mi lado del muro, y me dormí pegada al borde del colchón, lo más lejos que pude de una frontera que cada noche se borraba un poco más.



CAPÍTULO 7: AQUÍ LLUEVE DE LADO

Después de demasiados días de encierro en la casa de mi hermana, con Fiona acechando desde la posada como un buitre con tacones y el papeleo del divorcio avanzando a la velocidad de un caracol artrítico, me dio la fiebre de la jaula.

Es una cosa que me pasa. Cuando llevo demasiado tiempo entre cuatro paredes, empiezo a hablar sola, a reorganizar armarios que no son míos y a discutir con los presentadores de la televisión. Lennox me encontró a media mañana doblando por tercera vez las toallas del baño, que ya estaban dobladas, y diagnosticó el problema con una sola mirada.

—Necesitas salir —dijo.

—Necesito mi vida de vuelta. Pero salir también.

—Pues vístete. Te enseño el pueblo.

—No tengo ropa para esto. En mi maleta solo hay vestidos, vaqueros finos y cosas de persona que pensaba venir a una boda, no sobrevivir a una expedición polar. Voy a ver si mi hermana tiene algo que me pueda servir en el armario.

—Te dejo un jersey mío. Te llegará por las rodillas, pero aquí nadie se fija en esas cosas. —Me miró de arriba abajo con una sonrisa—. Y ponte botas. Las de agua de Claudia. Confía en mí.

No confié en él. Ese fue mi error. Me puse unas bailarinas monísimas, porque soy de Sevilla y en mi tierra una sale a la calle como Dios manda aunque haya que cruzar el desierto, y me planté en la puerta convencida de que un paseo por un pueblo escocés no podía ser más que un agradable trámite turístico.

Abrí la puerta. Y el cielo, que diez minutos antes lucía un sol tímido y esperanzador, me recibió con una cortina de agua que no caía de arriba abajo como el agua decente, sino de lado, en horizontal, directa a la cara, empujada por un viento que parecía tener algo personal contra mí.

—¿Esto qué es? —grité, ya empapada hasta las cejas en los tres segundos que me costó retroceder.

—Esto es Escocia —dijo Lennox, plantado bajo el aguacero como si tal cosa, con su jersey de lana y su pelo escurriendo, tan ancho de hombros que parecía que la lluvia le tenía respeto—. Aquí no llueve hacia abajo. Lluve hacia ti. Es más personal.

—Me cago en la madre que parió a este clima.

—Bienvenida a las Highlands. Ponte las botas.

Me puse las botas. Me puse también un chubasquero amarillo de Marcus que me hacía parecer una boya de señalización marítima, y salí de nuevo, esta vez derrotada y obediente, a chapotear detrás de aquel hombre por un camino embarrado que llevaba al pueblo. Y juro que, después de los primeros cinco minutos de maldecir en andaluz cerrado, cuando dejé de pelearme con la lluvia y simplemente la acepté como se acepta a un suegro pesado, empezó a gustarme. El aire olía a tierra mojada y a algo verde que no sabría

nombrar. Las colinas se perdían en la niebla como animales dormidos. Y a mi lado, el escocés caminaba a un ritmo que iba acompasando con el mío sin darse cuenta, acortando esas zancadas suyas de gigante para no dejarme atrás.

Iba yo tan a gusto mirándolo de reojo, distraída con el perfil empapado y la mandíbula y todo el conjunto, que no vi la oveja.

Era una oveja gorda, sucia y con cara de muy pocos amigos, plantada justo en mitad del sendero, masticando algo con la lentitud desafiante de quien ha decidido que ese trozo de camino es suyo. Yo, que de animales de campo sé lo justo y de ovejas escocesas nada de nada, hice lo que haría cualquier sevillana sensata: intentar rodearla por el borde de la cuneta. La oveja, que al parecer interpretó mi maniobra como una provocación territorial, bajó la cabeza, soltó un balido grave, y dio dos pasos hacia mí.

—No, no, no —le dije, retrocediendo—. No quiero problemas. Tú a lo tuyo y yo a lo mío.

La oveja no entendía español, o no quería. Avanzó. Yo retrocedí. Y en el tercer paso atrás, mi bota de agua prestada encontró exactamente el único charco de barro líquido del condado, resbaló, y me mandó al suelo de culo con un esplendor digno de portada de revista. Aterricé en el barro, salpicada de arriba abajo, con el chubasquero amarillo convertido en una bandera de la rendición, y la oveja se acercó a olerme la cara con la satisfacción del vencedor.

Lennox no me ayudó a levantarme. No de inmediato. Primero se dobló por la mitad de la risa, una carcajada de esas suyas que asustan a los pájaros, apoyándose en las rodillas para no caerse él también.

—¡No te rías! ¡Haz algo! ¡Me va a comer!

—Es una oveja, Naroa. Comen hierba.

—¡Pues me mira raro!

—Te mira porque estás en su sitio. —Le dijo algo a la oveja en gaélico, dos palabras suaves, y el animal, como por arte de magia,

dio media vuelta y se alejó trotando tan pancho—. Ya está. Diálogo. Deberías probarlo.

—Te odio.

Me tendió las dos manos, todavía riéndose, y me izó del barro de un tirón como si yo no pesara nada.

Me quedé de pie frente a él, embarrada, empapada, ridícula, a un palmo de su cara, con sus manos todavía sujetando las mías y la lluvia cayéndonos de lado a los dos. Y durante un segundo que se hizo muy largo, ninguno de los dos soltó. Luego me solté yo, porque soy una cobarde, y empecé a quitarme el barro de las posaderas con una dignidad que ya no existía.

—Ni una palabra de esto a nadie —le advertí.

—Ah, esto lo sabe el pueblo entero antes de comer. Aquí las noticias vuelan.

Tenía razón. Vaya si tenía razón.

El pueblo era de postal. Cuatro calles de casitas de piedra, una iglesia, una tienda, una plaza con una fuente y una posada con un cartel que se balanceaba con el viento. Y en cuanto pusimos un pie en la calle principal, pasó una cosa que me dejó pensando el resto del día.

Todo el mundo conocía a Lennox.

No de la manera en que en los pueblos todos se conocen. De otra manera. Una mujer mayor que barría su porche bajo la lluvia levantó la cabeza, lo vio, y le dedicó una sonrisa enorme y un saludo con la mano que tenía algo de reverencia. Un hombre que descargaba cajas de una furgoneta dejó lo que hacía para acercarse a estrecharle la mano y preguntarle por «el asunto de los barriles». Dos niños cruzaron la calle corriendo para enseñarle no sé qué, y él se agachó a su altura, enorme y empapado, y les hizo caso con una paciencia que me derritió un poquito por dentro, aunque no pienso confesarlo bajo tortura.

—Aquí te conoce todo el mundo —dije, mientras seguíamos calle arriba.

—Es un pueblo pequeño.

—No es eso. La gente te trata como si fueras... no sé. Importante.

—Llevo viniendo aquí desde niño. Mi familia es de la zona. —Se encogió de hombros, restándole importancia con esa habilidad suya para cerrar puertas sin dar un portazo—. Me tratan bien porque les caigo bien. Nada más.

No me convenció. Pero justo entonces doblamos una esquina, y al final de la calle, sobre una colina al otro lado del valle, medio velado por la niebla, vi un edificio enorme. Una construcción larga de piedra, con chimeneas altas y unas letras blancas pintadas en el tejado que la lluvia y la distancia no me dejaron leer del todo.

—¿Y eso qué es? —pregunté.

Lennox siguió mi mirada, y por un instante, solo un instante, se le tensó algo en la mandíbula.

—Una destilería —dijo—. La de la zona. Da trabajo a medio pueblo.

—Qué grande. Debe de ser de algún ricachón.

—Algo así.

—Imagínate ser el dueño de eso. —Solté una risa, sacudiéndome el agua de las mangas—. Forrado hasta las cejas y viviendo en mitad de la nada. No sé yo si me compensaría.

Lennox no contestó. Se quedó mirando la destilería un segundo de más, con una expresión rara que no supe leer, y luego me puso una mano en la espalda para guiarme hacia la posada.

—Vamos a entrar en calor antes de que te conviertas en una croqueta congelada —dijo, cambiando de tema con la sutileza de costumbre—. Te invito a la mejor sopa de tu vida.

La posada por dentro era exactamente lo que tenía que ser: vigas de madera negra, una chimenea rugiendo, olor a guiso y a cerveza, y un puñado de parroquianos que levantaron la vista cuando entramos

y que, al ver a Lennox, saltaron un coro de saludos que retumbó en el techo bajo.

—¡Lennox! ¡Pero si es el novio!

—¡El recién casado!

—¡Que viene con la española!

Y ahí me di cuenta, con una mezcla de horror y de risa, de que la historia de la boda había llegado al pueblo antes que nosotros. Toda. Entera. Con pelos y señales.

—¡Esta es la que le bajó el kilt en mitad de la boda! —anunció un viejo desde la barra, con la alegría de quien comparte una gran noticia—. ¡Delante de la abuela Sinclair!

La posada entera estalló en carcajadas y aplausos. Yo me quería morir, esconderme debajo del chubasquero amarillo y no salir hasta el deshielo. Lennox, a mi lado, en lugar de defenderme, levantó las dos manos como un torero saludando al tendido.

—¡La misma! —proclamó—. ¡Y os aseguro que no se arrepiente!

—¡Yo en su lugar tampoco! —contestó una señora desde una mesa, y la posada volvió a venirse abajo.

—Os odio a todos —dije, en mi inglés de barra, lo cual les hizo aún más gracia, porque al parecer una española mojada y enfadada es lo más divertido que pasa en ese pueblo desde que se inventó el whisky.

El posadero, un hombretón pelirrojo con delantal y barba de vikingo jubilado, salió de detrás de la barra secándose las manos y le dio a Lennox una palmada en la espalda que habría tumbado a un hombre más pequeño. Nos sentó junto a la chimenea y nos plantó delante dos cuencos de una sopa espesa de cordero y cebada que, en efecto, resultó ser de las mejores cosas que he comido en mi vida.

—Esta ronda la pagas tú, muchacho, que para algo te sobra —dijo, guiñándole un ojo a Lennox, y los parroquianos se rieron como si fuera el mejor chiste del mundo.

—Calla, Brodie —contestó Lennox, y lo dijo riéndose, pero noté que me echaba una miradita rápida, de reojo, comprobando si yo había pillado algo.

No pillé nada. O pillé todo y no lo entendí, que viene a ser lo mismo.

—¿Por qué se ríen? —le pregunté en voz baja.

—Cosas de pueblo. Brodie y yo nos conocemos desde críos. Le gusta picarme.

—Aquí todo el mundo se conoce desde crío y todo el mundo te pica.

—Es un pueblo muy pequeño.

Brodie nos trajo dos jarras de una cerveza negra y espesa que parecía pan líquido, se sentó un rato con nosotros a interrogarme sobre Sevilla y el sol y los toros y si era verdad que allí se cenaba a las once de la noche como gente sin Dios ni horario, y a mí, entre la sopa, la cerveza, el fuego y las carcajadas, se me fue olvidando que estaba empapada, embarrada, atrapada en un matrimonio falso y a kilómetros de mi vida.

En algún momento alguien sacó un violín de detrás de la barra, y otro un acordeón, y la posada se llenó de esa música rápida y antigua que ya conocía de la boda. Brodie miró a Lennox.

—¿Nos tocas algo, muchacho? También tenemos una gaita.

—Hoy no, Brodie.

—Que la española no te ha oído tocar en condiciones. Solo en una boda y borracho.

—Eso es verdad —dije yo, traidora, animada por la cerveza negra—. Yo quiero oírte tocar en condiciones.

Lennox me miró con cara de «me las pagarás», pero la posada entera ya estaba coreando su nombre, y un hombre como él no le dice que no a un pueblo entero. Fue a buscar la gaita, se la colgó del brazo, y empezó a tocar. Y esta vez, sin cinco whiskies de por medio, sin una boda y sin la vergüenza ajena de la ceremonia, escuché de verdad lo que aquel hombre era capaz de hacer con aquel instrumento ridículo y precioso. Nada que ver con lo que había

estado ensayando en la casa. La música llenó la posada hasta los techos, grave y limpia, y los parroquianos se pusieron a dar palmas, y una pareja de viejos se levantó a bailar, y yo me quedé quieta con la jarra a medio camino de la boca, mirando a mi marido accidental tocar la gaita junto al fuego.

Nos volvimos a sentar junto a la chimenea cuando terminó, y Brodie nos rellenó las jarras y nos dejó un pan caliente que me reconcilió con Escocia entera. Y mientras yo entraba en calor y la ropa empezaba a echar vapor, Lennox se relajó del todo. Se le fue la rigidez de los hombros. Se rió con los parroquianos, contestó a sus bromas, preguntó por la salud de unos y por las ovejas de otros, y yo lo observé hacerlo desde detrás de mi cuchara con una sensación nueva y peligrosa instalándoseme en el pecho.

Porque era fácil. Verlo así era fácil. Demasiado fácil.

—Te gusta esto —dije, cuando se quedaron por fin sin bromas que hacernos y nos dejaron en paz con nuestra sopa.

—Es mi sitio. —Miró alrededor, la chimenea, las vigas, la gente—. En la ciudad soy un nombre. Aquí soy Lennox, el de siempre. Al que su padre traía a esta misma posada a comer esta misma sopa los domingos.

No le había oído nombrar a su padre hasta entonces. Lo dijo en pasado, con ese cuidado con el que se nombra a los que ya no están, y algo en su voz cambió.

—¿Tu padre ya no...?

—Murió hace seis años. —Removió la sopa sin mirarla—. De repente. Un infarto, en su despacho, trabajando, como hizo siempre todo. Y de un día para otro me tocó a mí cargar con lo que él llevaba. Con todo. Sin estar preparado y sin que nadie me preguntara si quería.

No dije nada. A veces el mayor favor que le puedes hacer a alguien que se está abriendo es no llenarle los huecos con ruido.

—Lo peor no fue el trabajo —siguió, despacio—. Lo peor fue cómo cambió la gente. De repente todos querían algo de mí. Amigos de toda la vida que empezaron a tratarme distinto. Mujeres que

aparecieron de la nada. —Levantó la vista, y me miró de una manera que me clavó a la silla—. Aprendí muy rápido a distinguir a quien me miraba a mí de quien miraba lo que había detrás. Y desde entonces, prefiero que la gente no sepa según qué cosas hasta que estoy seguro de que me ven a mí.

Ahí estaba otra vez. La puerta entreabierta. El hombre contándome el contorno de un secreto sin enseñarme el secreto. Y yo, que tenía el cuchillo en la mano para abrir esa puerta de par en par y exigir saberlo todo, lo dejé sobre la mesa.

—Pues yo a ti te miro a ti —dije, y me salió más bajito y más sincero de lo que pretendía—. Que conste. Lo que sea que haya detrás me importa un pimiento. A mí me caíste regular desde el minuto uno y me sigues cayendo regular. Eso no lo compra nadie.

Lennox se me quedó mirando. Y por una vez, el gamberro se quedó sin respuesta ingeniosa. Se le ablandó la cara entera, bajó la vista a su sopa, y cuando volvió a hablar lo hizo con una voz que no le había oído.

—¿Sabes que eres la única persona en años que me ha dicho que le caigo regular? —Sonrió, pero era una sonrisa distinta, sin armadura—. No te imaginas el descanso que da.

Nos quedamos así, los dos, junto al fuego, con la lluvia golpeando los cristales de lado y la posada zumbando a nuestro alrededor, sin necesidad de decirnos nada. Yo bajé la vista a mi cuchara. Él subió la mano y, con un dedo, me quitó una gota de sopa que me resbalaba por la comisura, despacio, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo y ninguna sentencia de divorcio esperándonos en un cajón.

Y entonces, porque el universo me tiene manía, se abrió la puerta de la posada, entró una ráfaga de viento y de agua, y con ella entró Fiona, sacudiéndose el paraguas, perfecta y seca y sonriente, buscando con la mirada exactamente la mesa en la que estábamos.

—Vaya, vaya —dijo, acercándose con la lentitud de quien sabe que ha interrumpido algo—. La parejita feliz, calentita junto al fuego.

Qué cuadro tan bonito. Lástima que sea temporal.

Lennox apartó la mano de mi cara. Yo cogí mi cuchara como quien empuña un arma. Y la sopa más rica de mi vida se me enfrió de golpe en el cuenco.



CAPÍTULO 8: LA RUBIA QUE NUNCA SE MOJABA

Lo primero que pensé, viendo a Fiona acercarse a nuestra mesa, fue que aquella mujer tenía un pacto con el clima.

Porque yo había llegado a la posada hecha una sopa, embarrada hasta las orejas y con el pelo pegado a la cara como las algas a una roca. Fiona, en cambio, había cruzado el mismo pueblo, bajo la misma lluvia de lado, y entraba seca. Seca y planchada. Ni una gota en el abrigo, ni un mechón fuera de sitio, como si las nubes escocesas hicieran una excepción con ella por respeto profesional. Aquello, más que ninguna otra cosa, me confirmó que estaba ante una enemiga seria.

—¿Os importa que me siente? —dijo, y ya estaba sentándose, arrimando una silla a nuestra mesa sin esperar respuesta, como había hecho en el salón de mi hermana—. Hace un día horrible para estar sola en una posada.

—Pues haberte quedado en tu casa, que está lejísimos —contesté.

—Y perderme esto. Ni hablar.

Brodie apareció con su delantal y su barba de vikingo, plantó las manos en las caderas, y miró a Fiona con la cara de quien ha encontrado una mosca en la sopa.

—Fiona Bell —dijo, sin el menor entusiasmo—. Cuánto tiempo sin verte el pelo por aquí.

—Brodie. Sigues igual de encantador.

—Y tú sigues igual. —Lo dijo de un modo que no era un cumplido—. ¿Te pongo algo o solo vienes a calentarte a costa de mi chimenea?

—Una copa de vino blanco. Del bueno, si es que tienes.

—Tengo del que hay.

Y se fue, dejándole claro con la espalda que en aquella posada no era bienvenida. Yo, que estaba descubriendo que el pueblo entero era de mi bando sin haber hecho nada para merecerlo, le cogí cariño a Brodie de golpe y para siempre.

Fiona, sin embargo, no era de las que se arrugan por un posadero hostil. Se quitó el abrigo perfecto, lo colgó con cuidado, y se giró hacia Lennox encendiendo el numerito que venía a hacer.

—¿Te acuerdas de la última vez que estuvimos aquí los dos? —le dijo, con una sonrisa de nostalgia bien ensayada—. Aquella noche de tormenta. Nos quedamos hasta el cierre, Brodie nos echó, y acabamos en tu coche escuchando la lluvia hasta el amanecer. Qué tiempos.

Era buena. Tengo que reconocerle que era buena. No me insultaba a mí. No la atacaba a una directamente. Solo pintaba, con dos pinceladas, un cuadro del que yo quedaba fuera: ella y Lennox, una historia con paisajes y noches y recuerdos, y yo, la española de paso, el episodio raro entre dos capítulos suyos.

Sentí algo feo y caliente subiéndome por el pecho, algo que no pensaba nombrar porque nombrarlo sería admitir que me importaba, y me importaba, y eso era exactamente lo que Fiona quería.

Lennox, para su honor eterno, ni se inmutó.

—Me acuerdo de que llovía —dijo, sin levantar la vista de su cerveza—. Y de que tú no parabas de hablar.

—Qué cruel.

—Realista.

—Antes te gustaba que hablara.

—Antes me gustaban muchas cosas que ya no me gustan. —Y ahí sí levantó la vista, y la clavó en ella—. Fiona. Naroa sabe perfectamente lo que hubo entre nosotros. No vas a sorprenderla con cuentos de coches y tormentas. Así que, si has venido a meter cizaña, ya puedes ir recogiendo, que aquí no te va a colar.

Casi aplaudo. Me contuve, porque habría sido poco digno, pero por dentro le hice la ola.

Lo que más me fascinaba de aquella mujer era su capacidad de no rendirse jamás. Cualquier persona normal, después de que el hombre al que viene a reconquistar le diga delante de su mujer y de medio pueblo que le aburría, habría recogido el bolso y se habría ido a lamerse las heridas a la posada. Fiona no. Fiona era de esa raza de gente que confunde la cabezonería con la elegancia. Se reacomodó en la silla, cruzó las piernas, y me miró con la sonrisa de una serpiente que ha decidido cambiar de presa.

Yo, mientras tanto, me dediqué a observarla por encima del borde de mi jarra de cerveza negra, fingiendo una tranquilidad que no tenía. Porque una cosa es ganar el primer asalto y otra muy distinta es que se te relaje el estómago, y a mí el estómago lo tenía hecho un nudo desde que aquella mujer había nombrado las palabras «coche», «tormenta» y «amanecer» en la misma frase. No por celos. Que conste en acta que no eran celos. Era... interés antropológico. Como lo del kilt.

Era mentira. Eran celos como catedrales. Pero a mí no me iba a pillar nadie reconociéndolo, y menos ella.

—¿Sevilla, no? —me dijo entonces, cambiando de tema con una suavidad de gata—. He estado. Hace calor, ¿verdad? Tanto sol. Aquí

te vas a marchitar, guapa. Las flores de invernadero no aguantan la intemperie escocesa.

—Pues mira, llevo casi tres semanas aguantando una intemperie que no veas, y aquí sigo, fresca como una lechuga —contesté—. Será que soy más planta de exterior de lo que parezco.

Un parroquiano de la mesa de al lado, un viejo con gorra que no se perdía detalle, soltó una carcajada y levantó su jarra hacia mí, como brindando. Empezaba a sentirme local. Empezaba a caerme bien aquel pueblo de lluvia horizontal y gente metomentodo.

Brodie reapareció con la copa de vino blanco y la plantó delante de Fiona con un golpe que estuvo a punto de derramarla por sí solo, ahorrándole parte del trabajo al universo, que venía de camino con la factura.

Fiona ignoró la hostilidad ambiental, le dio un sorbo elegante a su vino, y volvió a la carga. Cuando lo hizo, ya no iba a por Lennox. Iba a por mí, que era el eslabón que ella creía más débil.

—¿Sabes una cosa, Naroa? —dijo, en tono de confianza entre chicas—. Me caes bien. En serio. Por eso te lo voy a decir, de mujer a mujer, para que no sufras luego. Lennox es maravilloso.

Encantador, divertido, generoso. El problema es que se aburre. Siempre se ha aburrido. Yo le duré tres años a base de aparecer y desaparecer, de no estar nunca del todo. En el momento en que te tuvo segura, se cansó. Y tú, casada y metida en su casa, lo tienes seguro las veinticuatro horas. —Sonrió, con una pena tan bien fingida que casi me la creo—. Disfruta de la novedad mientras dure. Pero no te ilusiones. Las españolas sois muy graciosas una temporada. Hasta que dejáis de serlo.

Y ahí, me dio donde dolía. No porque tuviera razón. Sino porque dijo en voz alta el miedo exacto que yo me había tragado la noche anterior, cuando de madrugada me dio por pensar por qué un hombre así iba a perder el tiempo conmigo. Fiona había metido el dedo justo en la duda que yo tenía escondida, y lo había hecho con una puntería que solo se consigue con mala fe de verdad.

Me quedé un segundo sin saber qué contestar, que en mí es un acontecimiento histórico.

Lennox abrió la boca para salir en mi defensa. Pero yo le puse una mano en el brazo, sin pensarlo, para pararlo. Porque esa pelea era mía. Y porque una cosa había aprendido en treinta y tantos años de lengua viperina: cuando una serpiente te muerde, no te pones a llorar. Le muerdes tú más fuerte.

—Mira, Fiona —dije, dejando la cuchara con mucha calma—. Te agradezco el consejo de mujer a mujer. De verdad. Es muy generoso por tu parte venir desde tan lejos, con este tiempo de perros, a avisarme de que tu ex se aburre. —Le sonreí, con toda la dulzura del mundo—. Pero te voy a contar yo una cosa, también de mujer a mujer. Si un hombre se pasó tres años apareciendo y desapareciendo para no aburrirse contigo, el problema no era el aburrimiento. Eras tú. A los hombres no los aburre la mujer que tienen segura. Los aburre la mujer que no les interesa. Y por lo que veo, a este lo tuviste tres años y no conseguiste que dejara de mirar la puerta. —Me encogí de hombros—. Yo lo tengo desde hace casi tres semanas y todavía no me ha mirado la puerta ni una vez. Así que no sé, bonita. Igual el problema no era que él se aburriera. Igual era que tú aburrías.

La posada, que llevaba un rato fingiendo no escuchar mientras escuchaba con toda el alma, soltó un «oooooh» colectivo de los de pelea de patio de colegio. Alguien silbó. Brodie, desde la barra, dejó escapar una risa que intentó disimular tosiendo y no lo consiguió.

Fiona se puso blanca. Luego roja. Luego de un color que no tiene nombre en la carta de colores. Abrió la boca, la cerró, buscó una réplica que no encontró, y en su prisa por recuperar la compostura y por levantarse de aquella mesa con algo de dignidad, hizo un gesto brusco con el brazo.

Y volcó su copa de vino blanco del bueno enterita sobre su propia falda carísima.

El tiempo se detuvo. La rubia que nunca se mojaba, la que cruzaba tormentas sin despeinarse, la que entraba seca donde todos

entrábamos empapados, se quedó mirando la mancha enorme que le crecía por el muslo con cara de no entender cómo el universo había osado hacerle aquello a ella.

—Vaya por Dios —dije, sin mover un músculo de la cara—. Y del bueno, además. Qué desperdicio.

No sé quién empezó a reírse primero. Creo que fue el viejo de la barra, el de los kilts y las abuelas. Pero la risa se contagió como el fuego en rastrojo seco, y en cuestión de segundos la posada entera estaba llorando de risa, dándose palmadas en los muslos, mientras Fiona se levantaba de golpe, chorreando vino, recogía su abrigo y su dignidad hecha trizas, y se dirigía a la puerta con toda la velocidad que le permitían los tacones.

—Esto no se queda así —me soltó desde el umbral, con los ojos echando chispas.

—Llévate un paraguas —le contesté—. Que llueve.

Abrió la puerta. Y el viento, que llevaba toda la tarde esperando su momento como un cómplice fiel, le metió de lleno una ráfaga de lluvia horizontal que la dejó, por fin, tan empapada como el resto de los mortales. La rubia que nunca se mojaba salió de aquella posada calada hasta los huesos, con el pelo pegado a la cara y la falda manchada de vino, y la puerta se cerró tras ella entre la ovación más sincera que he oído en mi vida.

Brodie nos invitó a la siguiente ronda. Dijo que era lo menos que podía hacer por «el mejor espectáculo en años». Lennox no decía nada, pero me miraba con una mezcla de orgullo y de algo más cálido que me puso nerviosa, y cuando por fin habló, lo hizo en voz baja, solo para mí, mientras el resto de la posada seguía celebrando.

—La he tenido tres años apareciendo y desapareciendo —dijo—. Pero contigo no aparezco ni desaparezco. Contigo, de momento, no me pienso ir a ningún lado.

—Era una manera de hablar —murmuré, de pronto incapaz de mirarlo—. Para callarla.

—Ya. —Sonrió—. Pero la parte de que no te he mirado la puerta es verdad.

Y ahí, fue donde empecé a tener un problema serio de verdad. Porque hasta ese momento yo me había agarrado a la idea de que todo aquello era un disparate temporal, un lío gracioso que se arreglaría con papeles. Pero un hombre que te dice, junto a una chimenea, después de que hayas humillado a su ex delante de medio pueblo, que no piensa irse a ningún lado, ese hombre te está queriendo decir algo. Y yo, que llevaba tres años con todas mis puertas cerradas a cal y canto desde lo de Álvaro, sentí cómo una de ellas, la del fondo, crujía.

Volvimos a casa cuando escampó un poco, al caer la tarde, por el mismo camino embarrado, esta vez sin oveja. La diferencia era que ahora caminábamos más cerca. No sé cuál de los dos había acortado la distancia, pero los brazos se nos rozaban a cada paso, y ninguno se apartaba.

—Gracias —dijo él, a mitad de camino.

—¿Por humillar a tu ex?

—Por defenderme sin que te lo pidiera. Otra vez. —Me miró de reojo—. Empiezo a acostumbrarme a tenerte de mi lado. Y eso es peligroso, porque dentro de unos meses cada uno se irá por su camino, y a mí ya me va a costar.

Lo dijo ligero, como si fuera una broma. Pero no era una broma, y los dos lo sabíamos.

—Oye —dije, después de unos pasos, porque la curiosidad me pudo más que la prudencia—. ¿Es verdad lo del coche y la tormenta?

—¿Eso te ha molestado?

—No. —Sí—. Solo pregunto.

Lennox se rió por lo bajo, de esos hombres que saben perfectamente cuándo una mujer dice «no» queriendo decir «muchísimo».

—Hubo un coche y hubo una tormenta —dijo—. Eso es cierto. Pero no fue lo que ella ha pintado. Fue la noche en que le dije que aquello no iba a ningún sitio. Lloró, me montó una escena, y al final nos quedamos en el coche esperando a que parara de llover para que pudiera conducir hasta su casa sin matarse. Eso es todo. La parte romántica se la ha inventado por el camino.

—Ah.

—¿«Ah» de alivio?

—«Ah» de información. —Pateé una piedra del camino para tener algo que hacer con los nervios—. No estoy aliviada. ¿Por qué iba a estar aliviada? Eres un trámite. Un trámite grande y rubio que ronca, pero un trámite.

—Claro. —Sonreía, lo notaba sin mirarlo—. Tu trámite favorito.

—No te flipes.

Me paré en mitad del camino y él se paró también. Estábamos en lo alto de una loma, con el valle entero abriéndose por debajo, la niebla levantándose, y un trozo de cielo limpio asomando entre las nubes por una vez en todo el día. Lennox se giró hacia mí. Yo levanté la cara hacia él. Y la distancia entre nosotros, esa frontera de Berlín que llevábamos casi tres semanas defendiendo a capa y espada, se redujo a nada... Y entonces sonó mi teléfono.

No un mensaje. Una videollamada. Con un timbre escandaloso y una vibración que me sacudió el bolsillo justo en el momento más inoportuno de la historia de la humanidad. Me aparté de un salto, con el corazón a mil, saqué el móvil con dedos torpes, y en la pantalla, sonriente, bronceadísima, con una palmera de fondo y una piña colada en la mano, apareció la cara de mi hermana.

—¡Naroooo! —chilló Claudia desde las Maldivas, ajena por completo a lo que acababa de reventar—. ¡Cuéntame! ¿Qué tal todo por ahí? ¿Sigue vivo mi cuñado o ya lo has matado?

—Sigue vivo —dije, con una voz rara, mirando a Lennox, que se había metido las manos en los bolsillos y disimulaba una sonrisa fatal—. De momento.

—¿Y por qué estás colorada? —Claudia entornó los ojos en la pantalla, periscopio de hermana mayor a pleno rendimiento—. Estás coloradísima. ¿Qué estabais haciendo?

—Nada. Andando. Hace frío. Es el frío.

—A ti el frío te pone blanca, no roja. —Movió la cámara—. ¿Está Lennox ahí? Que lo vea. ¡Lennox! ¡Saluda!

Lennox se acercó por detrás de mi hombro, llenó media pantalla, y saludó con dos dedos.

—Hola, Claudia. Bonita palmera.

—¿Verdad que sí? ¡Marcus, saluda a tu hermano! —La pantalla se llenó un momento de la cara de Marcus, que dijo «hola» con el entusiasmo de un buzón y volvió a desaparecer hacia la piña colada—. Oye, ¿os estáis portando bien? Porque os dejé la casa, pero no os di permiso para...

—Adiós, Claudia —dije.

—¡Que no he terminado!

—Disfruta de las Maldivas. Te quiero. Adiós.

Y colgué, con mi hermana protestando al otro lado del mundo y la cara ardiéndome como un brasero. Me guardé el móvil en el bolsillo. Lennox seguía a mi lado, demasiado cerca, oliendo a lluvia y a lana mojada, y los dos nos quedamos mirando el valle un momento sin decir nada, sabiendo perfectamente lo que el teléfono de mi hermana había interrumpido y sin atrevernos a retomarlo a plena luz, ya con la cabeza fría.

—¿Seguimos? —dijo él al fin, señalando el camino con la barbilla.

—Seguimos —dije.

Y bajamos la loma hacia la casa, sin hablar, rozándonos los brazos a cada paso, los dos con la sensación clarísima de que aquello no se había acabado. Solo se había aplazado.



CAPÍTULO 9: LA CAÍDA DEL MURO

La tormenta que había amenazado toda la tarde estalló de verdad a las nueve de la noche, cuando ya habíamos vuelto a casa, y fingido los dos que no había pasado nada en aquella loma.

Fingir se nos daba fatal. Llevábamos todo el tiempo esquivándonos la mirada como dos imanes puestos del revés, hablando de cualquier cosa —del tiempo, de Claudia, de lo malas que eran las cápsulas de café de Marcus— con tal de no hablar de lo único que ocupaba la habitación entera, que era el recuerdo de sus labios a dos centímetros de los míos antes de que mi hermana los separase desde el otro lado del planeta.

Y entonces, como si el cielo hubiera decidido tomar cartas en el asunto, cayó un rayo que iluminó la cocina entera de blanco, retumbó un trueno que hizo temblar los cristales, y la casa se quedó a oscuras de golpe.

Se fue la luz. Toda. De cuajo.

—Ay, no —dije, agarrándome al borde de la mesa—. No, no, no. Dime que hay linternas.

—Se va la luz cada dos por tres con las tormentas —dijo la voz de Lennox, tranquila, desde algún punto de la negrura—. Vuelve en un rato. O no. Aquí nunca se sabe. No te muevas, que enciendo la chimenea y busco velas.

Yo no me moví. Yo me quedé agarrada a la mesa como un náufrago a una tabla, porque una cosa es la oscuridad de ciudad, que nunca es del todo oscura, y otra muy distinta es la oscuridad de la campiña escocesa en mitad de una tormenta, que es una oscuridad con mayúsculas, antigua, de las que te recuerdan que eres un animal pequeño en un planeta grande. No se veía nada. Nada de nada. Solo el resplandor de los relámpagos colándose por la ventana cada pocos segundos, dibujando la cocina en blanco y negro un instante antes de tragársela otra vez.

Oí a Lennox moverse por la casa con una seguridad que envidié, abrir cajones, trastear. Yo, mientras tanto, entré en pánico para mis adentros y de manera muy poco digna. Porque en la oscuridad, mi cerebro, que es un traidor, decidió que aquel era el momento perfecto para recordarme todas las películas de terror ambientadas en casas de campo aisladas que había visto en mi vida. Un relámpago iluminó la ventana y juraría que vi una silueta en el jardín. No había ninguna silueta. Era un arbusto. Pero mi corazón no distingue entre arbustos y asesinos a las nueve de la noche sin luz.

—Lennox —susurré—. ¿Sigues ahí?

—Estoy a tres metros, Naroa.

—No te alejes.

—Estoy buscando cerillas.

—Búscalas cerca de mí.

Algo rozó mi tobillo en la oscuridad y solté un grito que debió de oírse en Edimburgo. Me subí a la silla de un salto, con el corazón en la garganta, convencida de que había una rata, una serpiente o el fantasma de un highlander muerto en batalla.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Lennox llegó a mi lado de dos zancadas, alarmado.

—¡Algo me ha tocado! ¡En el pie! ¡Algo vivo!

Encendió una cerilla. Y a la luz temblona de la llama, apareció el culpable de mi ataque: el roomba de Marcus, que se había puesto en marcha él solo con la vuelta momentánea de la corriente y navegaba por el suelo de la cocina dándose contra los muebles como un borracho.

—Te ha atacado la aspiradora —dijo Lennox, con una solemnidad admirable.

—No te rías.

—No me río.

—Te estás riendo por dentro, lo noto.

—Me estoy riendo por dentro con todas mis fuerzas, es verdad. —Me tendió la mano para ayudarme a bajar de la silla, y no me soltó al hacerlo—. Ven, valiente. Vamos al fuego antes de que te ataque el microondas.

Me llevó de la mano al salón, encendió un par de velas más y prendió la leña de la chimenea, que empezó a arder con un crepitar cálido que fue devolviéndole forma a las cosas. La cocina era una nevera sin calefacción; el salón, con el fuego, era el único sitio habitable de la casa.

Nos instalamos delante de la chimenea, con media docena de velas repartidas por la habitación y el temporal aporreando la casa por fuera. Y allí, a la luz del fuego, con la lluvia de banda sonora y sin electricidad que nos distrajera, se acabaron las excusas. No había televisión que fingir ver. No había móvil con cobertura. No había Claudia que llamara. Solo estábamos él y yo, una manta que compartíamos por necesidad térmica, y una frontera de Berlín que llevaba casi tres semanas aguantando y que empezaba a hacer aguas por todas partes.

—¿Tienes miedo? —preguntó, al notarme tensa.

—No tengo miedo. Tengo respeto. Es distinto.

—¿Respeto a una tormenta?

—Respeto a morir electrocutada en la casa de mi hermana. Sería un titular muy triste.

Se rió, y el sonido me llegó desde muy cerca, porque bajo la manta estábamos más cerca de lo que ninguno de los dos reconocía.

Nuestros hombros se tocaban. Nuestras rodillas, también. Y el calor que salía de él, esa estufa de butano andante, se mezclaba con el de la chimenea de una manera que me estaba resultando peligrosamente agradable.

Lennox se levantó un momento, rebuscó en un armario, y volvió con una botella y dos vasos.

—Whisky —anunció—. Para el respeto ese que le tienes a las tormentas.

—¿No hemos aprendido nada de la última vez que tú y yo bebimos whisky juntos?

—Yo he aprendido mucho. He aprendido que contigo el whisky trae consecuencias interesantes. —Sirvió dos dedos en cada vaso y me tendió uno—. Tranquila. Aquí no hay reverendos de fiesta a mano. Como mucho, nos recasa el roomba.

Le di un sorbo. Bajó por la garganta con ese fuego suave que ya empezaba a reconocer, y me calentó por dentro tanto como la chimenea por fuera. Nos quedamos un rato callados, mirando arder la leña, pasándonos la botella sin prisa, con la tormenta rugiendo lejos y las velas temblando cada vez que una corriente se colaba por debajo de la puerta. Era, tuve que admitirlo, una de esas escenas que yo habría jurado que solo pasaban en las novelas que corrijo por dinero y de las que me río por dentro.

—Cuéntame algo —dije, porque necesitaba llenar el aire de palabras antes de que lo llenara otra cosa—. Algo que no me hayas contado. Ya que estamos atrapados en la oscuridad como dos personajes de novela mala.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que quieras darme. Teníamos un trato, ¿te acuerdas?
Empatados a secretos. Empieza tú, que yo soy tímida.

—Tú no eres tímida ni debajo del agua.

—Empieza tú igual.

Lennox se quedó mirando el fuego un rato largo. Los relámpagos le cruzaban la cara de vez en cuando. Y cuando habló, lo hizo despacio, como quien saca algo de un sitio donde lo tenía guardado con cuidado.

—Cuando murió mi padre —dijo—, me pasé un año entero convencido de que iba a hacerlo todo mal. Que iba a perderlo todo. Que la gente tenía razón y yo no estaba a la altura. Dormía tres horas. Trabajaba las otras veintiuna. Dejé de ver a mis amigos, dejé de venir al pueblo, dejé de tocar la gaita. Me convertí en una máquina de no fallar. Y funcionó, en el sentido de que no fallé. Pero me quedé solo. Rodeado de gente, y solo. —Movié un tronco con el atizador—. Fiona apareció en ese momento. Y yo me dejé, porque era más fácil tener a alguien que no me pedía nada de verdad que arriesgarme a que alguien me importara y volver a tener algo que perder.

—Por eso apareces y desapareces.

—Aparecía. En pasado. —Me miró—. Contigo no sé hacerlo. Lo he intentado. La primera mañana, cuando amaneciste hecha una lapa sobre mí, me dije «Lennox, guarda las distancias, que esta se va a España en nada y tú tienes bastante lío». Y llevo desde entonces incumpléndome la orden todos los días.

Se me secó la boca. Y no por miedo a la tormenta.

—Te toca —dijo—. He puesto yo dos secretos. Me debes uno.

Tragué. Miré el fuego para no mirarlo a él, porque mirarlo a la luz de las velas era pedir problemas.

—Álvaro —dijo—. El hombre con el que viví tres años. Nos íbamos a comprar un piso más grande. Yo ya estaba mirando cunas en

internet, como una idiota, sin habérselo dicho a nadie, ni a él. Y un día me enteré, por una amiga, de que llevaba seis meses con otra. La del gimnasio. —Solté una risa que no tenía ninguna gracia—. Lo peor no fue que me dejara. Lo peor fue darme cuenta de que yo había construido toda una vida en mi cabeza con un hombre que ya se había ido, y no me había enterado. Desde entonces no me fío. De nadie. Prefiero estar sola y aburrida a estar acompañada y engañada. Por eso me río de las bodas. Porque me dan una envidia que no me puedo permitir sentir.

Lo dije de un tirón, sin respirar, mirando el fuego. Y cuando terminé, me di cuenta de que era la primera persona a la que se lo contaba entero, sin bromas de por medio, en tres años.

Lennox no dijo nada durante un rato. Luego, muy despacio, levantó una mano y me apartó un mechón de pelo de la cara, colocándomelo detrás de la oreja, con una delicadeza que no pegaba nada con el tamaño de sus manos.

—Álvaro era imbécil —dijo.

—Un poco sí.

—No. Imbécil del todo. —Su mano se quedó en mi mejilla, cálida, quieta—. Tener a una mujer que mira cunas por ti y cambiarla por la del gimnasio. Hay que ser muy imbécil para tener algo así y no darse cuenta de lo que tienes.

Y ahí, se me paró el reloj.

Porque su cara estaba muy cerca. Y los ojos azules, a la luz del fuego, se habían puesto oscuros. Y su pulgar me rozaba el pómulos despacio, dibujando círculos pequeños, y toda la casa había desaparecido —la tormenta, las velas, el divorcio, Fiona, Sevilla, todo — hasta quedar reducida a ese trozo minúsculo de mundo que ocupábamos los dos bajo una manta.

Dentro de mí se libraba una guerra en toda regla. Una parte de mí, la sensata, la que llevaba tres años montando guardia en la puerta, gritaba que aquello era una locura, que ese hombre tenía fecha de divorcio, secretos sin contar y una ex con maleta en la posada del

pueblo, que yo tenía un vuelo, una vida y un corazón ya roto una vez que no aguantaría un segundo asalto. La otra parte, la que no había hablado en tres años, la que creía enterrada, se había despertado de golpe y solo repetía una cosa, bajito pero sin parar: bésalo, tonta, bésalo de una vez.

Perdió la sensata. Perdió por goleada.

—Lennox —dije, y me salió en un hilo de voz que no reconocí como mío.

—¿Sí?

—Esto...

—¿Esto qué?

—Esto no está bien...

Lo sentí sonreír más que lo vi. Su frente bajó hasta apoyarse en la mía, su nariz rozó la mía, y su respiración se mezcló con la mía en ese espacio diminuto y ardiente que quedaba entre nuestras bocas. Yo tenía las manos agarradas a su jersey sin recordar en qué momento se las había puesto ahí. Él tenía una mano en mi nuca y la otra en mi cintura, quietas las dos, esperando, dándome hasta el último segundo la oportunidad de echarme atrás.

No me eché atrás.

—Pues que no lo esté —murmuró.

Y me besó.

Y esta vez no hubo whisky de por medio, ni tormenta que echarle la culpa, ni una gota de lluvia haciendo de excusa. Esta vez fui yo la que acertó el último centímetro. Le busqué la boca despacio, casi preguntando, y él contestó igual de despacio, dejándome llevar el ritmo, como si tuviéramos por delante toda la noche y ninguna prisa. Duró poco esa prudencia. En cuanto le enredé los dedos en el pelo, algo se soltó en los dos a la vez. Me atrajo por la cintura, yo me acomodé contra él, y lo que había empezado como una pregunta se convirtió en respuesta, y en otra, y en otra más. Me besaba como si llevara días memorizándome la boca de lejos y por fin pudiera

comprobar si era como la recordaba. Yo le devolví cada beso con los intereses de tanto aguantarme. En algún momento dejé de pensar en si aquello estaba bien o mal, en el divorcio, en Sevilla, en el avión. Solo estaba él, y el crepitar de la chimenea, y la sensación tonta y enorme de estar exactamente donde tenía que estar.

Sabía a whisky y a tormenta y a algo que no sabría nombrar pero que reconocí igual, como se reconoce el sitio al que perteneces sin haber estado nunca. Me besaba como tocaba la gaita, con todo el cuerpo, sin reservarse nada. Y yo, que llevaba tres años con las puertas cerradas a cal y canto, sentí cómo se abrían todas de golpe, con un estruendo que me dio miedo y me dio vida a partes iguales.

Nos separamos solo cuando el aire se hizo imprescindible. Apoyó la frente en la mía otra vez, los dos con la respiración descompuesta y el corazón golpeándome tan fuerte que estaba segura de que él lo notaba a través de la ropa.

—Vaya —dije, porque soy incapaz de tener un momento sublime sin estropearlo—. El muro de Berlín se ha caído con estruendo.

—Naroa.

—¿Qué?

—Cállate un momento. —Y me volvió a besar, más despacio esta vez, saboreándolo, y yo me callé, vaya si me callé, y me dejé caer contra su pecho mientras la tormenta seguía aporreando la casa y la chimenea nos teñía de naranja y el mundo entero se reducía a aquel sofá.

Estuvimos así mucho rato. Besándonos como adolescentes, riéndonos entre beso y beso, parando para mirarnos y volviendo a empezar. Él me contaba tonterías contra la boca y yo se las contestaba, y en algún momento me di cuenta de que hacía años, muchos años, que no me sentía tan a salvo y tan en peligro al mismo tiempo.

—Tengo que confesarte una cosa —dijo, en una de las pausas, con la frente pegada a la mía.

—Como sea que estás casado, ya lo sé.

—Peor. —Sonrió—. Llevo queriendo hacer esto desde que te vi cruzar la verja de la boda con ese vestido y esa cara de querer matar a alguien.

—Mentira. En la boda te reíste de mi vestido.

—Me reí de tu vestido porque no sabía qué otra cosa hacer con lo que me estabas provocando. —Me apartó otro mechón—. Es una técnica muy madura, lo sé.

—Riquísima técnica. «Voy a insultarle la ropa a la mujer que me gusta.»

—Funcionó, ¿no? Aquí estás.

—Aquí estoy porque tu whisky me emborrachó y tu reverendo estaba de fiesta. No te atribuyas méritos que son del alcohol.

—Deja que me atribuya alguno. Es mi noche.

Le di un beso para que se callara, que era la única manera que había encontrado de ganarle una discusión, y él me lo devolvió con intereses. En algún momento la manta se nos cayó al suelo y a ninguno de los dos le importó, porque entre el fuego y nosotros sobraba calefacción para toda la comarca. Me acurruqué contra su pecho. Él me rodeó con los dos brazos, apoyó la barbilla en mi cabeza, y soltó un suspiro largo, de esos que se sueltan cuando por fin dejas en el suelo un peso que llevabas cargando sin darte cuenta.

—Naroa.

—¿Mmh?

—Dentro de unos meses firmaremos esos papeles.

—No estropees el momento.

—No lo estropeo. Solo digo que no tengo ninguna gana de firmarlos.

Me quedé muy quieta contra su pecho, oyéndole el corazón, sin saber qué contestar a eso, porque yo tampoco tenía ninguna gana y decirlo en voz alta me daba un vértigo que no había sentido desde Álvaro.

—Ya lo hablaremos —dije, cobarde hasta el final—. Ahora cállate y abrázame, que fuera hay una tormenta y aquí dentro hay una aspiradora asesina suelta.

Se rió y me abrazó más fuerte.

No pasó nada más aquella noche. Que quede claro, por si mi madre lee esto algún día. Nos quedamos dormidos en el sofá, envueltos en la manta que rescatamos del suelo, con las velas consumiéndose y la tormenta amainando poco a poco, yo con la cabeza sobre su pecho y su brazo rodeándome, sin frontera, sin muro, sin este ni oeste, solo un país entero y desordenado que éramos los dos.

Me desperté al amanecer, con la luz gris entrando por la ventana y la electricidad de vuelta, a juzgar por el pitido del microondas de la cocina que parpadeaba las doce en punto. Lennox seguía dormido debajo de mí, con la boca entreabierta y el pelo hecho un desastre, roncando bajito como un motor lejano.

Y yo me quedé quieta, escuchándole el corazón, con una sensación nueva instalándoseme en el pecho y una idea que me daba pánico reconocer: que aquel matrimonio de mentira se me estaba yendo de las manos por el peor y el mejor de los caminos.

Porque me estaba enamorando del trámite.



CAPÍTULO 10: UN PAÍS SIN FRONTERAS

Despertarse enamorada es un problema logístico enorme cuando la persona de la que te estás enamorando sigue durmiendo debajo de ti y tú no tienes ni idea de qué hacer con la cara cuando abra los ojos.

Llevaba media hora despierta, quieta como una estatua sobre su pecho, dándole vueltas al asunto. Porque la noche anterior, a la luz del fuego y con dos dedos de whisky en el cuerpo, todo había sido fácil y valiente. Pero eran las ocho de la mañana, la luz gris de Escocia entraba por la ventana sin ningún tipo de romanticismo, yo tenía el pelo como un estropajo y una legaña considerable, y de repente todo lo que la noche anterior me había parecido inevitable me parecía una decisión que había que gestionar con un adulto responsable, papel del que yo no dispongo.

Lennox abrió un ojo. Luego el otro. Me miró. Y sonrió con una lentitud perezosa que me deshizo cualquier plan de gestión adulta que hubiera podido tener.

—Buenos días —dijo, con la voz ronca de recién despierto.

—Buenos días —contesté, y me quedé ahí, tensa, esperando a ver por dónde salía la cosa.

—¿Vas a hacerte la rara?

—No me estoy haciendo la rara.

—Estás rígida como una tabla y llevas un rato sin respirar apenas. Te estás haciendo la rara.

—Es que no sé cuál es el protocolo —solté, incorporándome un poco—. No hay protocolo para esto. «Me he besado con mi marido accidental durante un apagón y ahora es de día y no sé si esto significa algo o era cosa de la tormenta.» Eso no viene en ningún manual.

Lennox se rió, me pasó un brazo por la cintura, y sin ningún esfuerzo aparente me devolvió a su pecho, donde yo, para mi vergüenza, encajaba de una manera sospechosamente perfecta.

—Pues escribimos el manual sobre la marcha —dijo, contra mi pelo—. Regla número uno: nada de hacerse la rara por las mañanas.

—Yo no acepto reglas que no he negociado.

—Regla número dos: negociamos las reglas desayunando, no antes, porque antes del café no eres una persona razonable.

—Esa la acepto.

—Regla número tres —siguió, con una seriedad de tratado internacional—: no se menciona nunca, jamás, bajo ninguna circunstancia, el incidente de la aspiradora.

—Esa no la acepto. Esa me la reservo.

—Sabía que dirías eso.

Me incorporé del todo, me senté a horcajadas sobre la manta con las piernas cruzadas, y lo miré desde arriba, a aquel armario rubio

despeinado que ocupaba el sofá entero y me sonreía como si yo fuera lo mejor que le había pasado en la vida.

—Oye —dije—. Una pregunta seria, ya que estamos escribiendo el manual.

—Dispara.

—¿Esto qué es? Y no me contestes ninguna tontería, que te veo venir.

Lennox se lo pensó. Me apartó el pelo de la cara, que a esas horas era pura maleza, y en lugar de soltar una broma, que era lo que yo esperaba y casi lo que necesitaba para no asustarme, me contestó en serio.

—Esto es lo primero en mucho tiempo que no me apetece que se acabe —dijo—. No sé ponerle nombre. Pero sé que no quiero que llegue el día del avión.

Me quedé sin respuesta, que en mí ya sabemos que es un acontecimiento sísmico. Así que hice lo único que se me ocurrió: me incliné y lo besé, para no tener que decir en voz alta que a mí me pasaba exactamente lo mismo y que me daba un pánico atroz.

Y así, más o menos, empezó lo que yo llamaría, si fuera de las que le ponen nombre a las cosas, los mejores días de mi vida. Que no lo soy, así que no le puse nombre. Pero lo fue.

Los días siguientes tuvieron una textura diferente. Sabíamos los dos, sin decirlo, que aquello tenía fecha de caducidad. Que Claudia y Marcus volvían de las Maldivas en menos de una semana, que el papeleo del divorcio seguía su curso en el despacho del señor Hendry, que yo tenía una vida en Sevilla esperándome y él unos negocios sin nombre esperándolo a él. Nada de eso había desaparecido. Simplemente habíamos decidido, sin pactarlo, no mirarlo de frente durante unos días. Vivir la burbuja mientras durara.

Y la burbuja fue maravillosa.

Descubrí que Lennox cocinaba, y bien, cosa que me habría venido de perlas saber antes del incidente de la paella. Me hizo un estofado

que me reconcilió con la vida y unas tortitas de desayuno que estuvieron a punto de hacerme llorar. Descubrí que se sabía el nombre de todos los pájaros que se posaban en el jardín y que me los iba señalando por la ventana con una paciencia infinita, aunque a mí los pájaros me dan exactamente igual y solo lo escuchaba por verle la cara mientras hablaba de ellos. Descubrí que roncaba menos si dormía de lado, y que dormía de lado si yo me acurrucaba contra su espalda, cosa que empecé a hacer todas las noches con la excusa del frío y sin ninguna excusa a partir de la tercera.

Una tarde, aburrida, cogí su gaita del rincón del salón y le pedí que me enseñara a tocarla. Fue una idea pésima y gloriosa a partes iguales. Resulta que hacer sonar una gaita requiere unos pulmones que yo no tengo y una coordinación que perdí con el último gin-tonic de la boda. Soplé con todas mis fuerzas y el instrumento soltó un quejido agónico, como el de una vaca a la que le pisan la cola, que hizo que Lennox se doblara de la risa en el sofá.

—No te rías, enséñame.

—Estás haciendo un crimen contra la música escocesa.

—Pues ponte detrás y guíame las manos, listo.

Se puso detrás. Me rodeó con los brazos para colocarme los dedos sobre los agujeros, con su pecho pegado a mi espalda y la barbilla apoyada en mi hombro, y de repente la clase de gaita dejó de ser una clase de gaita y pasó a ser otra cosa muy distinta. Yo dejé de soplar. Él dejó de explicar. Y la gaita acabó otra vez en el rincón, olvidada, mientras nosotros nos ocupábamos de asuntos que no requerían pulmones.

Descubrí, en resumen, que era muy fácil de querer. Y eso, para una mujer que llevaba tres años entrenándose en no querer a nadie, era una noticia aterradora.

Un día me llevó al pueblo otra vez, esta vez sin lluvia de lado, y descubrí que en aquel sitio las noticias no volaban: teletransportaban. Nada más entrar en la posada, Brodie soltó el trapo con el que secaba un vaso, nos miró a los dos, miró cómo

Lennox me había puesto la mano en la espalda al pasar por la puerta, y sonrió con la cara de un hombre que acaba de ganar una apuesta.

—Vaya, vaya —dijo—. Parece que la española se queda una temporadita más de lo previsto.

—No empieces, Brodie —dijo Lennox, pero lo dijo sonriendo.

—Yo no digo nada. Yo solo sirvo cervezas y observo. —Nos puso dos jarras delante sin que las pidiéramos—. Estas las paga la casa. Por el espectáculo del otro día. Todavía se habla de cómo la rubia salió de aquí calada. Ha subido la moral del pueblo entero.

Me pasé la tarde entre carcajadas, presentada oficialmente a media docena de parroquianos que ya me trataban como si me conocieran de toda la vida, corrigiéndole el inglés a un viejo que insistía en que en España todos dormíamos la siesta debajo de un olivo con un sombrero en la cara, y viendo a Lennox reírse con los suyos, relajado, en su sitio, con la mano encima de mi rodilla por debajo de la mesa como si llevara haciéndolo toda la vida. Y en algún momento, mirándolo, me di cuenta de que me estaba imaginando cosas que no debía. Navidades. Veranos. Una vida. Cosas que tienen las mujeres que no van a divorciarse dentro de unos meses.

Me asusté yo sola y me bebí media jarra de golpe para taparlo.

A la vuelta, ya de noche, cruzando el camino embarrado con las botas de Claudia y el brazo de Lennox por encima de mis hombros, pasó una cosa pequeña que me guardé. Al doblar la curva del pueblo, vi una silueta en la ventana iluminada de la posada, arriba, en una de las habitaciones. Una silueta rubia, quieta, que nos miraba pasar. Fiona. No se movió. No hizo nada. Solo nos vio pasar abrazados bajo la luna escocesa, y aunque estábamos lejos y no le veía la cara, supe que aquello no le estaba sentando nada bien. Y supe, también, que una mujer como Fiona no se queda mirando por una ventana sin preparar algo.

No dije nada. No quise estropear la noche. Pero me guardé la silueta en el cajón, junto a todo lo demás.

—Me da miedo —le confesé una noche, en la cama, a oscuras, que es cuando una dice las verdades que no se atreve a decir con luz.

—¿El qué?

—Esto. Lo fácil que es. Con Álvaro me costaba. Todo era negociar, y ceder, y tragar. Y contigo no me cuesta nada, y precisamente por eso no me fío. Porque en mi experiencia, lo que no cuesta, se rompe.

Lennox se quedó callado un momento. Luego me buscó la mano bajo el edredón y entrelazó sus dedos con los míos.

—A lo mejor con Álvaro te costaba porque no era el sitio —dijo—. Y no porque las cosas buenas tengan que costar.

—Qué profundo. ¿Eso lo has sacado de una taza de desayuno?

—Lo he sacado de tenerte la mano y no querer soltarla. Que es lo más profundo que he pensado en años.

Me alegré de que estuviera oscuro, porque se me puso una cara de tonta que no habría podido disimular ni con el pijama de corazoncitos de por medio.

—¿Y si me equivoco otra vez? —dije, al rato, más bajito—. ¿Y si me dejo caer del todo y luego resulta que era la tormenta, o la casa vacía, o el whisky, y cuando volvamos al mundo real esto se deshace?

—Naroa. —Se giró hacia mí en la oscuridad, y aunque no le veía la cara, le noté la voz muy cerca—. Yo tengo tanto miedo como tú. A lo mejor más. Tú puedes volverte a Sevilla y olvidarte de un escocés raro que conociste en una boda. Yo me voy a quedar aquí, en este pueblo, cruzándome contigo en cada esquina hasta que te vayas y viéndolo todo vacío cuando ya no estés. Así que si alguien debería estar echándose atrás, soy yo. Y no lo hago. No pienso hacerlo.

No supe qué contestar a eso. Así que me acerqué en la oscuridad, encontré su cara con las manos, y lo besé despacio. Él me entendió igual. Los hombres como Lennox entienden más de lo que aparentan; ese era, precisamente, el problema.

La única sombra en toda aquella semana, la única nube en el cielo raro y despejado de nuestra burbuja, era el secreto. Lo que Fiona había agitado, lo que su madre había rozado, lo que el abogado había nombrado con aquello de la «situación patrimonial». Seguía ahí, entre los dos, como un mueble grande que ninguno mencionaba pero que los dos rodeábamos al andar. Yo había decidido no preguntar, fiel a mi promesa de que me lo contara cuando quisiera. Él no lo contaba. Y cada día que pasaba sin contármelo, el mueble se hacía un poco más grande.

Hasta que, al quinto día de burbuja, sonó su teléfono.

Estábamos en la cocina. Yo intentaba hacer un gazpacho para meterle algo de mi tierra en el cuerpo, y él me miraba pelar tomates con la fascinación de quien ve un documental de naturaleza. El teléfono vibró sobre la encimera. Lennox miró la pantalla, y le vi hacer esa cosa que ya conocía, esa manera de tensarse y de apagársele la cara.

—Tengo que cogerlo —dijo, y salió al jardín, cerrando la puerta de cristal.

Esta vez no lo espié. Me quedé pelando tomates, dándole vueltas al cuchillo y a otras cosas, mientras él andaba de un lado a otro por la hierba con el teléfono pegado a la oreja y esa espalda tensa de las malas noticias. Habló más rato que otras veces. Cuando volvió a entrar, traía la cara de un hombre al que le acaban de estropear la única semana buena que se había permitido en años.

—Tengo que irme —dijo.

Dejé el cuchillo.

—¿Irte?

—A las islas. Ha surgido un problema. De los gordos. Uno que no puedo resolver por teléfono. —Se pasó la mano por el pelo—. Salgo mañana temprano. Serán tres o cuatro días, no más.

—Vale —dije, con una voz que intenté que sonara tranquila y sonó a cualquier cosa menos eso—. ¿Qué clase de problema?

Y ahí, llegó el momento. El momento en que él podía haberme contado quién era. Lo vi debatirse. Lo vi coger aire, abrir la boca, aguantarme la mirada un segundo de más. Y lo vi, después, cerrarse otra vez, como se había cerrado delante del abogado, delante de su madre, delante de Fiona.

—Cosas del negocio —dijo—. Es complicado. Te lo cuento cuando vuelva, ¿vale? Te lo prometo. Cuando vuelva, te lo cuento todo. Pero ahora no tengo tiempo ni cabeza, y necesito que confíes en mí estos cuatro días.

Lo dijo mirándome a los ojos, pero en la última frase le tembló algo, un pliegue mínimo en la voz, como el de quien promete una cosa sabiendo que va a hacer otra. No supe leerlo. Lo achaqué a las prisas y al problema gordo que se lo llevaba de madrugada.

Y yo, que llevaba una semana enamorándome de él, que había bajado el muro, que dormía acurrucada contra su espalda, sentí cómo algo pequeño y frío me subía por el pecho. Porque «confía en mí» es una frase preciosa cuando viene con la verdad detrás. Y es una frase peligrosísima cuando viene con un secreto.

—Confío en ti —dije. Y era verdad. Pero se me quedó una astilla clavada, muy pequeña, que no me quitó en toda la noche.

Aquella última noche antes de que se fuera, me abrazó distinto. Más fuerte. Más despacio. Como quien memoriza algo por si acaso. Yo no dormí bien. Me pasé horas escuchándole el corazón, dándole vueltas a la astilla, preguntándole qué clase de problema saca a un hombre de la cama de madrugada y le pone esa cara, y por qué ese hombre, que me había contado lo de su padre y lo de su soledad y lo de Fiona, no era capaz de contarme a qué se dedicaba de verdad. Un negocio. Solo era un negocio. ¿Qué negocio da tanto miedo de nombrar?

Se fue al amanecer, como había dicho. Me besó en la frente cuando creía que yo seguía dormida, me susurró algo en gaélico que no entendí, y salió por la puerta con una bolsa de viaje al hombro. Oí el coche alejándose por el camino de gravilla, y luego la casa se quedó tan grande y tan vacía como el primer día, solo que ahora yo sabía

lo que era llenarla con él, y eso lo hacía todo peor. Me di la vuelta en la cama, hacia su lado, que todavía guardaba su calor y su olor a jabón, y me quedé un rato ahí, hecha un ovillo en territorio enemigo conquistado, echando de menos a un hombre que llevaba fuera veinte minutos.

Me levanté cuando el vacío de la casa empezó a pesarme más que las sábanas. Me hice un café en la nave espacial de Marcus, peleándome con los catorce botones como si él estuviera ahí para reírse. Me senté en el sofá donde una semana antes se había caído el muro, con la manta todavía por encima del respaldo, oliendo un poco a nosotros. Y estaba yo así, abrazada a mi taza, echándolo de menos con una intensidad que me daba rabia y me daba miedo, cuando llamaron a la puerta.

Fui a abrir pensando que sería Lennox, que había vuelto por algo olvidado, con el corazón dándome un brinco tonto y una sonrisa preparada.

No era Lennox.

Era un mensajero, empapado hasta las cejas, con un sobre grande y acolchado en la mano y una tablet para firmar.

—Paquete urgente para el señor Lennox Sinclair —dijo, tendiéndomelo—. ¿Es usted de la casa?

—Soy... su mujer —dije, y todavía se me hacía raro decirlo en voz alta, como probarse un abrigo que no sabes si es tu talla.

—Pues firme aquí, señora Sinclair.

Firmé. Cogí el sobre, pesado y rígido, lo dejé sobre la mesa del recibidor para dárselo a Lennox cuando volviera, y no le di más vueltas, porque bastante tenía yo con echarlo de menos como para ponerme a mirar su correo. El mensajero se subió a su furgoneta y se alejó bajo la lluvia. Cerré la puerta, volví al sofá y a mi café frío, y me quedé abrazada a la manta que olía a nosotros, contando las horas que faltaban para que aquel armario rubio cruzara otra vez la puerta.



CAPÍTULO 11: DEMASIADOS TENEDORES

Lennox volvió de las islas a los pocos días, de noche, con ojeras de no haber dormido y una barba de tres días más que le sentaba injustamente bien.

Yo llevaba toda la tarde fingiendo que no estaba pendiente de la ventana, y cuando oí el coche en la gravilla me obligué a mí misma a quedarme sentada en el sofá, con un libro del revés en las manos, para no parecer una novia de posguerra esperando en el puerto. Duré exactamente hasta que metió la llave en la cerradura. Entonces solté el libro, crucé el salón a la velocidad del rayo, y le eché los brazos al cuello en cuanto abrió la puerta, sin ningún disimulo, mandando a paseo tres años de entrenamiento en no necesitar a nadie.

—Hola —dijo él contra mi pelo, dejando caer la bolsa de viaje y rodeándome con los dos brazos como si llevara sin tocar tierra firme una semana.

—No preguntes por qué te abrazo —dije—. Es la humedad de Escocia, que me ha ablandado el carácter.

—Claro. La humedad.

—Exacto.

—Yo también te he echado de menos.

—No he dicho que te haya echado de menos.

—Lo has escrito en la cara con letras de neón, pero vale. La humedad.

Me besó antes de que pudiera contestar, uno de esos besos que le quitan a una las ganas de tener la última palabra, y por un rato se me olvidó que estaba enfadada por haber tenido que echarlo de menos. Olía a viaje, a avión pequeño y a sal, y traía en el cuerpo un agotamiento de los que no se quitan durmiendo, de esos que vienen de la cabeza. Le pregunté por el problema de las islas. Me dijo que resuelto, que ya estaba, que no me preocupara. Pero apartó la vista al decirlo, un gesto pequeño que no le había visto nunca, y cambió de tema más rápido de la cuenta. Yo tenía el sobre esperándole en el recibidor, pero entre el abrazo, el beso y las ganas de tenerlo de vuelta, se me olvidó por completo dárselo, y allí se quedó, encima de la mesa, cogiendo polvo, como se quedan las cosas importantes cuando una está distraída siendo feliz.

Habríamos seguido tan a gusto reencontrándonos toda la noche si no hubiera sido porque, a la mañana siguiente, sonó el teléfono de Lennox con un tono distinto al de los negocios. Un tono que le hizo poner cara de niño al que llaman al despacho del director.

—Es mi madre —dijo, tapando el micrófono—. Nos invita a cenar. Esta noche. Los dos.

—¿Cenar en su casa?

—Cena formal. De las tuyas. —Puso una mueca—. Mi madre no invita a cenar. Mi madre convoca. Y cuando convoca, hay que ir.

—¿Y por qué quiere vernos?

—Porque llevas casada conmigo casi tres semanas y todavía no te ha interrogado en su terreno. Y eso, para mi madre, es una anomalía que hay que corregir cuanto antes.

Y así fue como me vi, aquella misma noche, delante del armario prestado de Claudia, teniendo una crisis existencial de vestuario. Porque una cosa es una boda, donde por mucho lujo que haya una va disfrazada de invitada, y otra muy distinta es una cena formal en casa de tu suegra postiza, que además te va a examinar como a una res en una feria de ganado. No tenía nada. Nada apropiado. El vestido verde botella seguía roto en el fondo del bolso, el de comunión lavanda me convertía en una tarta, y lo que me había prestado Catriona semanas atrás eran cosas de andar por casa.

—Ponte lo que quieras —dijo Lennox, abrochándose una camisa que le hacía cosas a mis constantes vitales—. A mi madre le da igual la ropa. Lo que mira es cómo te defiendes en la mesa.

—Eso es peor. La ropa la controlo. Mi boca no.

—Por eso le vas a caer bien.

La casa de Catriona no era un castillo, pero le faltaba poco. Era una casona de piedra de dos plantas en mitad de una finca con verja, con una entrada de gravilla flanqueada de árboles y unas ventanas altas iluminadas que prometían techos de esos que hacen eco. Nos abrió la puerta una mujer con uniforme —una mujer con uniforme, de servicio, como en las películas— y a mí se me escapó un «buenas» en español que sonó a lo que era: una sevillana fuera de su hábitat.

Por dentro era peor, o mejor, según se mire. Alfombras que valían más que mi coche. Cuadros de señores serios con perros. Una chimenea en la que cabía yo de pie. Y una mesa puesta para cuatro con tal despliegue de cubiertos que parecía que fuéramos a operar a corazón abierto en lugar de a cenar.

—Naroa, querida. —Catriona apareció desde algún punto de aquella inmensidad, impecable, con un vestido que era la elegancia hecha tela, y me besó en las dos mejillas—. Por fin. Bienvenida a casa.

—Gracias. Tiene usted una casa... grande.

—Es de familia. Lleva en los Sinclair varias generaciones. —Lo dijo con esa naturalidad de quien no presume porque no lo necesita—. Pasad. La abuela ya está en la mesa, protestando porque tiene hambre.

La abuela, en efecto, estaba en la mesa, con su bastón apoyado en la silla y una copa de jerez en la mano, y en cuanto me vio se le iluminó la cara con una sonrisa de pillería que me tranquilizó al instante. Aquella mujer era mi aliada. Lo supe desde el desayuno de la morcilla, y lo confirmé en cuanto abrió la boca.

—La española —dijo, a modo de saludo—. La que le bajó la falda a mi nieto. Ven, siéntate a mi lado, que estas cenas de mi nuera son un aburrimiento y contigo por lo menos me río.

—Lo que hay que oír —dijo Catriona, con paciencia de santa.

—¿Qué? Es verdad. La última cena que diste me quedé dormida entre el segundo y el postre y nadie se dio cuenta.

Me senté al lado de la abuela, encantada, y empezó el suplicio de los cubiertos. Porque delante de mí había, sin exagerar, cuatro tenedores, tres cuchillos, dos cucharas y una cosa pequeña con pinta de instrumento de tortura dental que resultó ser para el marisco. Yo, que en mi casa como con un tenedor y a veces con pan, no tenía ni idea de por dónde empezar. Miré a Lennox, sentado enfrente, buscando ayuda. Él me hizo un gesto discreto: de fuera hacia dentro. Empieza por el de fuera. Vale. De fuera hacia dentro. Podía con eso.

Podía, hasta que llegó el primer plato y resultó ser una especie de sopa fría con un nombre francés y una guarnición que no supe identificar, y yo, en mi empeño por hacerlo todo bien, cogí el cubierto equivocado con tal seguridad que Catriona tuvo que disimular una sonrisa detrás de su copa.

—El otro, querida —dijo con suavidad—. El de al lado.

—Es que en mi tierra la sopa se toma con cuchara y ya está —solté, cambiando de cubierto con las mejillas ardiendo—. No con un juego

de herramientas.

La abuela soltó una carcajada que hizo temblar las copas.

—¡Ja! Tiene razón la niña. Cuatro tenedores para comer. Como si tuviéramos cuatro bocas. En mis tiempos se comía con lo que había y no pasaba nada.

—En tus tiempos comíais con las manos.

—Y estábamos más sanos.

El segundo plato fue mi perdición. Llegó una fuente de marisco, de esos bichos con caparazón que en Sevilla se comen a mordiscos y sin ceremonia, y aquí venían servidos con toda la parafernalia y aquel instrumento de tortura dental que Catriona manejaba como una cirujana. Yo intenté imitarla. Cogí el cascanueces de lujo, o lo que fuera, apreté una pinza de bogavante con toda mi alma, y el bicho, que llevaba toda la vida esperando su venganza, salió disparado de mi plato como una bala, cruzó la mesa en diagonal, y aterrizó de lleno en el escote del vestido carísimo de Catriona.

El mundo se detuvo.

Yo me quedé con la pinza en el aire, la boca abierta, y la seguridad absoluta de que aquella mujer iba a mandarme fusilar al amanecer. Catriona bajó la vista despacio hacia el crustáceo que le había caído en el pecho como quien descubre un sapo en la sopa. Lennox se tapó la cara con la servilleta. Y la abuela, la mejor mujer de toda Escocia, soltó tal carcajada que se le saltaron las lágrimas y tuvo que agarrarse a la mesa para no caerse de la silla.

—¡Le has disparado! —lloraba de risa—. ¡Le has disparado a Catriona con un bogavante! ¡Ay, madre mía, que me muero, que llevo cuarenta años queriendo hacer eso y viene la española y lo hace en su primera cena!

—Lo siento —dije, muerta de vergüenza, medio levantándome—. Lo siento muchísimo, de verdad, en mi tierra esto se come de otra manera, con las manos, sin herramientas, yo no sabía...

—Siéntate, niña —dijo Catriona, y por un segundo temí lo peor. Pero entonces se sacó el bogavante del escote con dos dedos, lo dejó en el borde del plato con una dignidad sobrehumana, y en aquella cara de hielo apareció, contra todo pronóstico, el fantasma de una sonrisa—. Es el momento más interesante que ha vivido este comedor en una década. Marisa, traiga a la señora un babero, que evidentemente lo necesita.

Y por una vez en toda la noche, me reí yo también, aliviada, porque acababa de descubrir que debajo del hielo de Catriona había una mujer que, muy en el fondo y muy a su pesar, tenía sentido del humor.

La cena, a partir de ahí, se convirtió en una de las veladas más divertidas y más reveladoras de toda mi estancia en Escocia. Porque resulta que sentarte a la mesa con la madre y la abuela de un hombre es la manera más rápida de conocer a ese hombre de verdad, con todas las capas que él nunca te enseñaría por su cuenta.

Me enteré de que Lennox, de niño, era tan tímido que se escondía debajo de la mesa cuando venían visitas y no salía ni con sobornos. Me enteré de que a los ocho años se escapó de casa para irse a vivir «con las ovejas» porque no le dejaron tener un perro, y que lo encontraron a dos kilómetros, dormido en un establo, abrazado a un cordero. Me enteré de que aprendió a tocar la gaita porque su padre tocaba, y que cuando su padre murió estuvo dos años sin tocarla, hasta que una noche la abuela lo oyó tocar solo en el jardín, a oscuras, y supo que el chico volvía a estar bien.

—Esa gaita —me dijo la abuela, bajando la voz, poniéndome una mano arrugada sobre el brazo— la tocó en la boda de su hermano. No la había sacado en público desde que murió su padre. No sé si lo sabes.

Nadie me lo había contado. Miré a Lennox, que en ese momento discutía con su madre sobre no sé qué prima lejana, ajeno a lo que su abuela acababa de contarme. Y algo se me removió por dentro, algo grande y cálido, porque entendí que aquel hombre había cogido

el instrumento de su padre muerto, después de dos años guardado, para tocar en la boda de su hermano. Y que a lo mejor no había sido casualidad que aquella noche acabáramos como acabamos.

Me estaba emocionando yo sola con mi sopa francesa cuando Catriona, con la elegancia de quien clava un alfiler sin que se note, cambió el tono de la conversación.

—Y dime, Naroa. —Dejó la copa, me miró por encima de la mesa, y de repente la cena dejó de ser un aburrimiento familiar y se convirtió en un interrogatorio con mantel de hilo—. Cuando todo esto se resuelva, cuando firméis los papeles, ¿qué planes tienes? Porque tengo entendido que tu vida está en España.

La pregunta cayó sobre la mesa como un cubierto al suelo. Lennox dejó de hablar. La abuela dejó la copa. Y yo, que hasta ese momento me lo estaba pasando bien, sentí cómo la realidad, esa que llevábamos una semana esquivando en la burbuja de la casa vacía, se sentaba a la mesa con nosotros y pedía su ración.

—No lo hemos hablado —dije, con cuidado.

—Deberíais. —Catriona sonrió, pero fue una sonrisa distinta, más afilada—. Mi hijo se encariña rápido y se rompe despacio. Y tú tienes billete de vuelta. Solo quiero saber, de mujer a mujer, si esto es de verdad o si es... una de esas cosas que pasan cuando dos personas se quedan encerradas juntas en una casa. Porque una cosa no le voy a permitir a nadie: que le hagan daño a mi hijo. Ya se lo han hecho bastante.

—Mamá —dijo Lennox, con una voz de aviso.

—Es una pregunta justa, Lennox. Tu mujer es mayorcita. Puede contestarla.

Los tres me miraron. La abuela, con preocupación. Lennox, con una disculpa en los ojos. Catriona, con esa cortesía de hielo que era mucho más difícil de sortear que la hostilidad abierta de Fiona. Y yo me di cuenta, con un vuelco, de que no tenía respuesta. Porque la verdad —que me estaba enamorando como una idiota de un hombre

del que me iba a divorciar en unos meses— no se puede decir en una cena formal con cuatro tenedores.

—Con todo el respeto, Catriona —dije al fin, dejando la cuchara—, esa es una conversación que tengo que tener con su hijo antes que con usted. Cuando la tenga, y si él quiere, se la contamos. Pero no pienso decidir el futuro de mi matrimonio en su comedor solo porque usted haya sacado el tema entre la sopa y el segundo.

Nadie dijo nada durante un instante que se hizo eterno, de esos que en las películas se acompañan con el tictac de un reloj de pared.

Y entonces la abuela, mi aliada, mi heroína, soltó una carcajada seca y golpeó la mesa con la mano.

—¡Esta me gusta! —proclamó—. ¡Catriona, esta te ha ganado en tu propia mesa! —Levantó la copa hacia mí—. Niña, seas de verdad o de mentira, tienes más agallas que la última que trajo, esa Fiona insípida que se reía de todos mis chistes por hacer la pelota. Por ti.

Bebí, agradecida, con el corazón todavía a mil por la encerrona.

Catriona me estudió un segundo largo, sin pestañear, y luego, muy despacio, inclinó la cabeza con algo que se parecía peligrosamente a la aprobación.

—Bien contestado —dijo—. Comamos.

Pero yo, mientras cambiaba otra vez de tenedor y fingía que la cosa había quedado en anécdota, me quedé con la pregunta clavada.

Porque Catriona, con toda su frialdad de hielo, había dicho en voz alta lo que Lennox y yo llevábamos días sin atrevernos a mirar. Que yo tenía billete de vuelta. Que aquello, sobre el papel, tenía fecha de caducidad. Y que tarde o temprano, entre la sopa fría y los papeles del divorcio, íbamos a tener que decidir si lo nuestro era de verdad.

Nos despedimos ya tarde. La abuela me abrazó fuerte, me metió en el bolso a escondidas un trozo de tarta envuelto en una servilleta «para el camino, que estás muy flaca», y me susurró al oído «no le hagas caso a mi nuera, que ladra pero es de buena pasta, y hazle caso a este, que es tonto pero es bueno». Catriona me dio dos besos, esta vez más de verdad, y me dijo un «vuelve cuando

quieras, niña» que, viniendo de ella, era prácticamente una declaración de amor.

En el coche, de vuelta a casa, por la carretera oscura y con la lluvia otra vez de banda sonora, Lennox no dijo nada durante un buen rato. Yo tampoco. Íbamos los dos rumiando lo mismo.

—Siento lo de mi madre —dijo al fin—. Lo de la pregunta. No tenía derecho.

—Tu madre te quiere. Solo tiene miedo de que te vuelvan a hacer daño. —Miré por la ventanilla, hacia la nada negra de la campiña—. Y tiene razón, Lennox. Yo tengo billete de vuelta. Eso es verdad. No es una encerrona, es un hecho.

—Ya lo sé.

—¿Y qué hacemos con eso?

No contestó enseguida. Redujo la marcha, paró el coche en un arcén, en mitad de la nada, con los faros iluminando la lluvia y las ovejas dormidas de algún prado invisible, y se giró hacia mí en la penumbra.

—No lo sé —dijo, y fue la primera cosa completamente sincera que le oí sobre el tema—. Sé que no quiero que te vayas. Sé que llevo días haciendo como que dentro de unos meses firmaremos unos papeles y no pasará nada, y es mentira, va a pasar de todo. Pero también sé que tú tienes una vida, un trabajo, tu Sevilla, tu gente, y que no puedo pedirte que lo dejes todo por un tío al que conoces de tres semanas y con el que te casaste borracha. No sería justo. —Se pasó la mano por el pelo—. Así que no, no tengo respuesta. Solo tengo unas ganas horribles de que la tengas tú.

Me quedé mirándolo, con la tarta de la abuela en el bolso y el corazón hecho un lío, y por un momento estuve a punto de decírselo. De decirle que me estaba enamorando, que la respuesta la tenía y me daba pánico, que a lo mejor Sevilla no era tan importante y él sí. Pero me acordé de Álvaro, de las cunas, de lo que duele construir una vida en la cabeza con un hombre y equivocarse. Y me guardé las palabras, como una cobarde, un día más.

—Ya lo hablaremos —dije, que se había convertido en mi frase preferida para no decir nada.

—Ya lo hablaremos —repitió él.

Y volvió a arrancar el coche.



CAPÍTULO 12: LA CAMA QUE CANTA

Las burbujas, por definición, se revientan. La nuestra lo hizo un martes por la tarde, con forma de dos maletas rodando por el camino de gravilla y una voz que gritaba mi nombre desde el jardín antes incluso de llegar a la puerta.

—¡NAROAAA! ¡Ya estamos aquí!

Claudia volvía de las Maldivas con dos tonos más de piel, una sonrisa de oreja a oreja, tres kilos de recuerdos inútiles y esa energía de recién casada feliz que siempre me ha dado ganas de estrangular. Marcus la seguía cargado como un mulo, con esa cara suya de prospecto pero tostada, arrastrando las maletas y un sombrero de paja ridículo que evidentemente había sido idea de mi hermana. De una de las maletas asomaba un coco pintado con caras sonrientes, una caracola del tamaño de un casco y lo que parecía ser un ukelele de recuerdo, porque mi hermana es incapaz de volver de un viaje sin comprar la mitad del mercadillo local «por si acaso».

Nos encontraron a Lennox y a mí en la puerta, y yo, que llevaba semanas viviendo con aquel hombre como si fuéramos algo, cometí el error de mirarlo justo cuando él me miraba a mí, y esa mirada, esa milésima de segundo de complicidad tonta, fue todo lo que mi hermana necesitó.

Claudia se paró en seco a mitad del jardín. Nos miró a uno. Al otro. Otra vez a uno. Y abrió la boca despacio, como quien monta un puzle y descubre que la última pieza es enorme.

—No —dijo—. No, no, no. ¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí?

—Nada —dijimos Lennox y yo a la vez, que es la respuesta que más delata en la historia de la humanidad.

—¿«Nada»? ¡Habéis dicho «nada» los dos a la vez! ¡Marcus, han dicho «nada» los dos a la vez! —Claudia soltó el bolso en la hierba y avanzó hacia mí apuntándome con el dedo—. Tú. A ti te conozco. Esa cara la tienes cuando te ha pasado algo bueno y no me lo quieres contar. Naroa García, ¿te has liado con mi cuñado?

—Es mi marido —dije, en un intento desesperado de escaquearme por lo técnico—. No me puedo liar con mi marido. Es matrimonio.

—¡AY, DIOS MÍO! —chilló Claudia, que en el fondo solo necesitaba una confirmación y acababa de recibirla—. ¡MARCUS! ¡SE HAN LIADO! ¡TE DIJE QUE SE IBAN A LIAR! ¡ME DEBES CINCUENTA LIBRAS!

—¿Habíais apostado? —pregunté, indignada.

—El día de la boda —confirmó Marcus, soltando las maletas con un suspiro y sacando la cartera—. Yo dije que os divorciaríais sin más. Ella dijo que acabaríais juntos. —Le tendió un billete a mi hermana con la resignación de un hombre que ha perdido muchas apuestas conyugales—. Nunca apuestes contra Claudia en temas de amor. Nunca.

Y así, sin ceremonia, sin que nosotros hubiéramos decidido nada ni puesto nombre a nada, la burbuja se acabó y lo nuestro pasó a ser oficialmente de dominio público familiar.

Claudia, por supuesto, no se conformó con la confirmación. Necesitaba los detalles, todos, con pelos y señales, y me acorraló en la cocina en cuanto Lennox y Marcus salieron a bajar las maletas del coche.

—Cuéntamelo todo. Desde el principio. Sin saltarte nada. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Quién besó a quién?

—Claudia, tienes arena hasta en las cejas, vete a ducharte.

—Me ducho después. Ahora habla. ¿Os habéis...? —Movi6 las cejas de una manera que no dejaba lugar a dudas.

—Eso no te lo pienso contar.

—¡O sea que sí!

—¡No he dicho que sí!

—¡Tampoco has dicho que no! ¡Y estás colorada! —Dio una palmada de triunfo—. ¡Ay, mi hermana! ¡Mi hermana la que odiaba las bodas y no quería venir a la mía! ¡Se ha enamorado de un escocés en falda! ¡Esto es mejor que las Maldivas!

—No me he enamorado —mentí, con la cara ardiendo—. Es... una situación.

—«Una situación» —repitió Claudia, con el mismo retintín que había usado mamá con lo de «apañado»—. «Una situación.» Que os cae la baba, Naroa. A los dos.

Marcus entró en ese momento con la última maleta, oyó el final, y por una vez en su vida de flan de vainilla, tuvo una salida buena.

—Es verdad —dijo—. Mi hermano lleva años sin traer a nadie a una cena familiar y de repente le baja la falda una española y se casa con ella en una capilla. Yo creo que le has hecho un exorcismo.

—Marcus ha hecho una broma —dije, fingiendo asombro—. Apúntalo en el calendario, Claudia. Hoy tu marido ha tenido sentido del humor.

—Lo sé —dijo ella, mirándolo con un cariño que casi me hace perdonarle lo soso—. Se me está soltando. Son las Maldivas.

Lo cual trajo dos problemas inmediatos.

El primero fue la cama. Porque durante tres semanas, Lennox y yo habíamos dormido en la única cama de matrimonio decente de la casa, que era la de Claudia y Marcus. Y ahora Claudia y Marcus habían vuelto y querían, comprensiblemente, recuperar su cama. Lo cual nos dejaba a nosotros dos con las opciones que yo había rechazado el primer día: la cama de invitados de los muelles rotos, o la plegable del trastero con forma de uve.

—Vosotros a la de invitados —decidió Claudia, con la autoridad de la dueña de la casa—. Total, ya dormís juntos, ¿no? No me vais a decir ahora que os hacéis los estrechos.

—Esa cama suena como un naufragio —protesté.

—Pues agarraos bien, para que os mováis poco. —Y se fue a deshacer maletas, muy digna, dejándome con la cara colorada y a Lennox aguantándose la risa.

La cama de invitados, en efecto, cantaba. Cantaba mucho. Cada muelle tenía su propia nota, y el conjunto sonaba como una orquesta de ranas oxidadas afinando antes de un concierto. El primer intento de acostarnos aquella noche fue un festival de chirridos que nos dio un ataque de risa a los dos, porque cada vez que uno de los dos se movía un milímetro, la cama emitía un quejido escandaloso que resonaba por toda la casa.

—Prueba a no moverte —susurré.

—Estoy quieto.

—No estás quieto, la cama está sonando.

—La cama suena porque respiro.

Se giró medio centímetro para mirarme y el colchón soltó un gemido largo, agónico, digno de una película de terror, y desde el otro lado del pasillo llegó un golpe seco de nudillos contra la pared.

—Como os mováis una vez más —gritó Claudia, encantada de mortificarme—, entro.

—¡No estamos haciendo nada! —grité yo.

—¡El colchón dice lo contrario!

—¡Es que se mueve solo!

—¡Ya, ya!

Lennox, a mi lado, se estaba muriendo de risa por lo bajo, con el cuerpo entero temblando, lo cual hacía cantar la cama todavía más, lo cual me daba más risa a mí, lo cual empeoraba el concierto. Al final acabamos los dos en el suelo, sobre el colchón que arrancamos de la cama traidora, riéndonos como críos, y así, en el suelo del cuarto de invitados de mi hermana, pasamos la primera noche de nuestra relación oficialmente reconocida. No fue romántico. Fue mejor que romántico. Fue divertido, que es lo que a mí siempre me ha faltado con los hombres.

Aquella primera cena de los cuatro, ya como pareja reconocida, fue un espectáculo. Claudia había cocinado un curry para celebrar la vuelta, y nos sentamos los cuatro a la mesa de la cocina, con las velas de la noche del apagón todavía a medio consumir en el centro. Y yo descubrí que ser pareja delante de tu hermana es un deporte de riesgo, porque Claudia vigilaba cada gesto con la atención de un árbitro de línea.

—Le has puesto tú el vaso —señaló, apuntándome con el tenedor—. Le has servido el agua a Lennox sin que la pidiera. Eso es amor, Marcus, apunta.

—No le he servido nada, ha sido casualidad.

—Naroa, tienes la jarra en la mano y su vaso lleno. La casualidad tiene un límite.

Lennox, que hasta entonces se había mantenido prudentemente callado, cometió el error de sonreírme por encima del curry, y Claudia lo cazó al vuelo y soltó un chillido de gaviota triunfal que casi apaga las velas.

—¡ESA MIRADA! ¡Marcus, has visto esa mirada! ¡Se miran como en las películas!

—Claudia, come —dije.

—Como cuando tú y yo empezábamos —le dijo Marcus a mi hermana, con una ternura tan sincera que hasta a mí me ablandó—. Déjalos.

—Es que me hace ilusión. —Claudia se puso sentimental de golpe, como se ponía siempre a partir de la segunda copa de vino—. Mi hermana y mi cuñado. Si esto sale bien, seremos familia doble. Cuñada y hermana a la vez. Comeríamos todas las Navidades juntos. Yo aquí, tú... —se le apagó un poco la voz— tú aquí también, ¿no?

Y ahí, en esa frase que a Claudia se le escapó sin querer, entre el curry y las velas, se coló de golpe la pregunta de verdad, la que nadie quería formular del todo: el «tú aquí también, ¿no?». Porque para que hubiera Navidades juntos, alguien tenía que quedarse. Y la única que tenía que decidir si se quedaba o se iba era yo.

Se hizo un pequeño hueco en la conversación. Lennox bajó la vista a su plato. Marcus le puso a Claudia una mano en la rodilla, avisándola de que había metido la pata sin querer. Y yo cambié de tema a toda prisa, preguntando por las Maldivas, por los peces, por lo que fuera, con tal de no tener que contestar a un «tú aquí también, ¿no?» que no sabía cómo contestar.

El segundo problema, el que no daba risa, llegó al día siguiente.

Con Claudia y Marcus de vuelta, la vida real se coló otra vez en la casa como el agua por una gotera. Marcus volvió a sus batidos verdes de las siete de la mañana. Claudia empezó a hablar de retomar la rutina, del trabajo, de la vida normal. Y yo, entre café y café, me di cuenta de que la vida normal incluía, para mí, algo que llevaba tres semanas fingiendo que no existía: que yo tenía una casa en Sevilla, un trabajo de correctora que no se sostiene solo, y un vuelo de vuelta que, tarde o temprano, iba a tener que coger.

La confirmación llegó esa misma mañana, en forma de correo electrónico. Mi editora, una mujer encantadora y sin la menor piedad con los plazos, me escribía para recordarme que la novela histórica de seiscientas páginas que yo tenía a medias no se iba a corregir sola, que el autor estaba «nerviosísimo» y que necesitaba tenerme de vuelta en Sevilla, en mi mesa, cuanto antes.

«Entiendo que estás de vacaciones familiares —escribía—, pero esto es urgente. ¿Vuelves el lunes que viene?»

El lunes. Miré el calendario del móvil. Faltaban seis días.

Seis días. Le había dado tantas vueltas al matrimonio, al divorcio, a Lennox, a la burbuja, que se me había olvidado el detalle más tonto y más inamovible de todos: que yo tenía una vida esperándome a dos mil kilómetros, y que esa vida no se iba a esperar para siempre. El papeleo del divorcio duraría un año, sí, pero para eso no hacía falta que yo me quedara plantada en Escocia. Podía volver a Sevilla, a mi mesa, a mi novela de seiscientas páginas, y volver para firmar los papeles cuando llegara el momento.

Podía irme. En seis días. Y nadie, sobre el papel, tenía derecho a impedírmelo.

Me quedé mirando el correo un rato largo, con el café enfriándose entre las manos, notando cómo aquella fecha se me instalaba en el pecho como una piedra. Porque una cosa es vivir una burbuja sabiendo, en abstracto, que se va a acabar. Y otra muy distinta es tener la fecha exacta del pinchazo escrita en un correo de tu editora.

Cerré el móvil sin contestar. No supe qué contestarle. Y esa incapacidad de escribir un simple «sí, vuelvo el lunes» me dijo, más que ninguna otra cosa, lo metida que estaba en el lío.

Fue Claudia quien lo sacó a la luz, esa misma tarde, mientras deshacíamos entre las dos su maleta llena de arena.

—Oye. Ahora en serio. —Dejó un biquini sobre la cama y me miró—. ¿Qué vais a hacer?

—No sé de qué me hablas.

—Sabes perfectamente de qué te hablo. Tú y Lennox. ¿Qué vais a hacer? Porque una cosa es un lío de unas semanas en una casa prestada, y otra muy distinta es... lo que sea que os pasa por la cara cuando os miráis. Eso no es un lío, Naroa. Eso es otra cosa.

Me senté en el borde de la cama, con un pareo arrugado en las manos, y por una vez lo dije en voz alta, a alguien, aunque fuera a

medias.

—No lo sé, Claudia. Y me da un miedo horrible.

—¿Miedo de qué?

—De todo. De que sea de verdad. De que no lo sea. De dejar mi vida por un hombre al que conozco de unas semanas. De quedarme y equivocarme como me equivoqué con Álvaro. De irme y arrepentirme el resto de mi vida. —Solté el pareo—. Tengo cuarenta cosas en la cabeza y ninguna es tranquila.

Claudia se sentó a mi lado. Me pasó un brazo por los hombros, como cuando éramos crías y una de las dos había tenido un mal día en el colegio.

—Mira, te voy a decir una cosa y luego no te doy más la brasa —dijo—. Yo te conozco desde que naciste. Y en treinta y tantos años, no te he visto reírte como te ríes con él. Ni con Álvaro, ni con nadie. Anoche os oí desde mi cuarto, en el suelo, muertos de risa con la cama, y pensé: «por fin». Por fin mi hermana se ríe otra vez de verdad. —Me apretó el hombro—. No te digo que lo dejes todo. Te digo que no salgas corriendo por costumbre. Que es lo que tú haces. Corres antes de que te hagan daño. Y a lo mejor este no ha venido a hacerte daño.

Se me hizo un nudo en la garganta, de esos que no avisan.

—¿Y el secreto? Porque sé que guarda uno... —dije—. Porque hay algo que no me cuenta, Claudia. Algo de su vida, de su trabajo, no sé. Y ya sabes cómo acabé la última vez que un hombre me ocultó cosas.

Mi hermana abrió mucho los ojos, encantada, porque no hay nada que le guste más en el mundo que un misterio ajeno.

—¡Ay, calla, que yo llevo desde la boda con esa espinita! —Se sentó en la cama de un salto, en modo cotilla profesional—. Porque a ver, ¿tú sabes a qué se dedica ese hombre? Porque yo no. «Un negocio en las islas», dice. ¿Qué negocio? ¿Qué islas? Marcus tiene su empresa, normal, aburrida... Pero Lennox suelta lo de «las islas» y pone cara de agente secreto y ya no cuenta más.

—A lo mejor es tímido con el trabajo.

—Naroa, por favor. Fíjate en el detallito: nos pagó la boda. Entera. El castillo, el catering, la barra libre, todo. Un dineral que no veas. Y cuando le di las gracias y le pregunté de dónde sacaba para semejante fiestón, me sonrió, me dijo «no le des vueltas y disfruta» y se fue a por otra copa como si nada. —Levantó un dedo, teatral—. Ahí es cuando yo lo tuve claro. Ese hombre esconde algo.

—¿Algo como qué?

—Yo tengo mis teorías. —Empezó a contarlas con los dedos, disfrutando muchísimo—. Una: contrabandista. De whisky, de tabaco, de salmón noruego, yo qué sé, pero contrabandista. Dos: espía. Lo de desaparecer días a unas islas sin dar explicaciones es muy de espía. Tres, la que a mí más me gusta: que tiene una doble vida. —Me miró muy seria—. Se lo dije a Marcus y se rió tanto que le entró hipo. Pero no me lo negó, ¿eh? Que conste. No. Me. Lo. Negó.

—O sea, que me he casado con un mafioso con dos vidas y una lancha llena de tabaco.

—Yo no he dicho mafioso, he dicho contrabandista, que queda más elegante. —Se encogió de hombros, tan pancha—. Pero vamos, que ni idea, hija. En esa familia nadie cuenta nada. Yo he aprendido a no preguntar, no sea que un día me contesten y me tenga que enterar de algo.

—Muy tranquilizador, Claudia. Gracias.

—Para eso están las hermanas. —Me dio una palmadita en la rodilla—. ¿Le has preguntado tú directamente?

—Le dije que me lo contara cuando quisiera. Que no lo acorralaría.

—Pues a lo mejor te has pasado de comprensiva. —Claudia dejó de hacer la payasa de golpe y me miró como me miraba de pequeña cuando me pillaba en una tontería—. Una cosa es no acorralar y otra es dejar que se acostumbre a callarse. Si de verdad hay algo que te preocupa, no esperes a que él se decida. Pregúntale. De frente. Tienes derecho a saber con quién estás. —Ladeó la cabeza—.

Aunque, ojo, con lo mío del contrabandista era broma. Medio broma. El setenta por ciento broma. Ahora en serio: ¿tú crees que es mala persona?

Me lo pensé. Pensé en Lennox rescatándome de la silla en el incendio de la paella, en Lennox tocando la gaita de su padre muerto en la boda, en Lennox ofreciéndome la salida legal más cara para él porque era la más honrada, en Lennox durmiendo de lado para no roncar encima.

—No —admití—. No creo que sea mala persona. Al revés. Pero eso es lo que más miedo me da, Claudia. Que sea bueno de verdad. Porque a los malos es fácil dejarlos. Es a los buenos a los que una se arriesga a quererlos.

Claudia me miró un momento, y luego hizo una cosa muy de ella: en lugar de ponerse tierna, que era lo que amenazaba el momento, me dio un empujón en el hombro y sonrió.

—Mírate. La clínica de la familia, la que se reía de las bodas, hablando de arriesgarse a querer a alguien. —Se levantó, recogió el biquini y lo tiró al cesto—. Alvaro te hizo mucho daño, Naroa. Pero llevas tres años castigándote por una cosa que hizo él, no tú. A lo mejor ya está bien. A lo mejor este escocés en falda ha venido, sin comerlo ni beberlo, a recordarte que todavía sabes reírte.

Tenía razón. Como casi siempre, la muy insoportable tenía razón.

Aquella noche, en el suelo del cuarto de invitados, con el colchón traidor debajo y la casa por fin en calma, me quedé mirando el techo, con la cabeza de Lennox pesándose en el hombro y su brazo cruzado sobre mi cintura. Y decidí que Claudia tenía razón. Que en cuanto encontrara el momento, se lo preguntaría. De frente. Qué escondía. A qué se dedicaba de verdad. Por qué su madre, su abogado y su ex hablaban de él como si fuera otra persona.

Me dormí con esa decisión tomada y con la respiración de Lennox despeinándome el pelo, más tranquila de lo que había estado en semanas.



CAPÍTULO 13: LA PALABRA DE OCHO LETRAS

Al día siguiente de que Claudia soltara aquello de «tú aquí también, ¿no?», Lennox me despertó temprano, antes de que Marcus pusiera en marcha su batidora nuclear, y me dijo al oído que me vistiera con ropa de abrigo, que me llevaba a un sitio.

—¿Qué sitio?

—Un sitio mío. Ponte las botas y no preguntes.

Yo, que soy incapaz de no preguntar ni bajo tortura, pregunté durante todo el trayecto en coche, y él se pasó todo el trayecto sin contestarme, sonriendo al volante mientras subíamos por carreteras cada vez más estrechas y más altas, dejando atrás el pueblo, las ovejas, la civilización y, a juzgar por el paisaje, casi el planeta.

—¿Es una cascada? —probé—. ¿Un castillo? ¿Un sitio con wifi? Dime que tiene wifi.

—No te lo voy a decir.

—¿Me estás secuestrando? Porque si me estás secuestrando, quiero que sepas que mi familia no tiene dinero para el rescate. Bueno, tu familia sí, pero la mía no.

—No te estoy secuestrando.

—Eso lo dicen todos los secuestradores.

—Naróa.

—¿Qué?

—Cállate doce minutos. Solo doce. Los que faltan para llegar. Te reto.

No aguanté ni cuatro. Pero lo intenté, que es lo que cuenta.

Aparcó al final de un camino de tierra, junto a un muro de piedra, y me hizo bajar. El aire de allí arriba era distinto, más limpio, casi cortante. Caminamos un rato por un sendero que subía entre brezo y roca, yo resoplando como una locomotora vieja, parándome cada cincuenta metros «a mirar el paisaje», que era mi manera digna de decir «no puedo respirar», y él acortando el paso para no dejarme atrás y aguantándose la risa cada vez que yo me agarraba a una piedra jurando en andaluz.

—En Sevilla lo más alto que subo son las escaleras del metro —jadeé—. Y hay ascensor.

—Ya casi estamos.

—Eso lo has dicho hace veinte minutos.

—Y era mentira. Ahora es verdad. Sube.

Coronamos una loma y el mundo entero se abrió de golpe a nuestros pies.

Y me callé. Por una vez, me callé.

Porque delante de mí había un lago —un loch, me corrigió él después— largo y oscuro y quieto como un espejo de pizarra, encajado entre montañas que se reflejaban en el agua del revés. No había una sola casa. No había un solo cable. No había nada hecho por el hombre en kilómetros a la redonda, solo agua, piedra, cielo y

una quietud enorme y antigua que en la ciudad hemos olvidado que existe. Una neblina baja se despegaba de la superficie del lago como si el agua estuviera respirando. Y todo era de un verde y un gris y un plata que no sabía que existieran juntos.

Yo, que me había pasado la vida en una ciudad de sol y bulla, de gente hablando a gritos y azahar y calor pegajoso, no tenía en mi repertorio una respuesta para aquello. Me quedé plantada en la loma, con el viento colándoseme por el chubasquero y los ojos escociéndome, sin saber si era por el frío o por la emoción tonta que me había subido de golpe a la garganta. Sevilla es preciosa. Sevilla es mi casa. Pero Sevilla nunca me había dejado sin palabras, y aquel charco enorme de agua negra en mitad de la nada lo había hecho en tres segundos.

—¿Y bien? —dijo Lennox, a mi lado, disfrutando de mi cara.

—No me hables. Estoy teniendo un momento.

—Tómame el que necesites.

—Es que esto es... —busqué la palabra y no la encontré en ninguno de los dos idiomas que hablo— ... esto es de mentira. Esto no puede ser real. Aquí no vive nadie, ¿verdad? Aquí no puede vivir nadie, sería demasiado bonito para hacer la compra y pagar facturas.

—Aquí no vive nadie. Solo venimos los que sabemos que existe.

—Vale. Esto le gana a Sevilla. —Tragué el nudo de la garganta como pude—. No se lo digas a nadie, por Dios, que me expulsan del gremio andaluz. Pero esto le gana.

Lennox se rió, y nos sentamos sobre una roca plana, muy juntos por el frío y por lo otro, mirando el agua.

—Aquí venía con mi padre —dijo, después de un rato—. Cuando yo era pequeño y no había manera de que hablara con nadie. Me traía aquí, nos sentábamos en esta misma piedra, y no me obligaba a hablar. Solo estábamos. Mirábamos el agua. Y a mí, que en cualquier otro sitio me daba vergüenza hasta respirar, aquí se me soltaba la lengua. Aquí le conté a mi padre todo lo que le conté en la vida. — Se quedó mirando el loch—. Cuando murió, estuve dos años sin

poder volver. Y el día que por fin volví, me traje la gaita y toqué para él. Aquí. Solo, al amanecer, como un loco.

Le busqué la mano y se la apreté. No dije nada, porque había aprendido que a veces callarse es el mayor regalo que le puedes hacer a alguien que se está abriendo. Nos quedamos así un rato largo, con las manos entrelazadas sobre la piedra fría, viendo cómo la neblina se levantaba del agua y un pájaro grande cruzaba el loch de punta a punta sin batir las alas.

—Gracias por traerme —dije al fin—. Aunque me hayas destrozado las pantorrillas para siempre.

—Se te pasará.

—No se me va a pasar. Voy a cojear el resto de mi vida y cada vez que cojee me acordaré de ti. Es lo más romántico que me han hecho nunca y también lo más cruel.

Se rió, y el sonido rebotó en las montañas y volvió a nosotros multiplicado.

—No te he traído aquí por casualidad —dijo entonces, girándose hacia mí, y se le puso una cara distinta, más seria—. A este sitio no he traído nunca a nadie. Ni a Fiona. Ni a nadie. Es mío y de mi padre. Y te he traído a ti porque... —se le atascó un poco la voz, y aquel hombre enorme que tocaba la gaita sin despeinarse de repente parecía un crío— porque quería que lo conocieras. Antes de que te vayas. Quería que hubiera un sitio en el mundo donde tú y yo hubiéramos estado juntos, aunque luego te marches y esto se acabe. Para tenerlo. Para acordarme.

Y ahí, se me rompió algo por dentro. Algo bueno. La última pared que me quedaba en pie después de tres años levantando muros contra todo el mundo.

Era el momento. El momento que le había prometido a Claudia. El de preguntarle de frente por el secreto, por su vida, por lo que callaba. Lo tenía ahí, entregado, con la guardia baja, contándome cosas de su padre muerto en el sitio más suyo del mundo. Habría sido facilísimo. «Lennox, ¿qué es lo que no me cuentas? ¿Por qué tu

madre, tu abogado y tu ex hablan de ti como si fueras otra persona?»

Abrí la boca para preguntárselo.

—Lennox, hay una cosa que llevo días queriendo...

—Lo sé —me cortó, y bajó la vista a nuestras manos entrelazadas—. Sé que hay cosas mías que todavía no te he contado. Y sé que se te tiene que estar haciendo raro. No es porque no confíe en ti, Naroa. Es lo contrario. Es que hay una cosa que me da mucha vergüenza. Que no me deja en buen lugar. Y no quiero soltártela así, a medias, en una roca, y estropear el mejor día que he tenido en años. Quiero contártela bien. Cuando sea capaz. Dame un poco más de tiempo. Te lo prometo por mi padre, que es lo más sagrado que tengo: antes de que cojas ese avión, te lo cuento todo. Absolutamente todo. Aunque me odies después.

—No te voy a odiar.

—No lo sabes. —Y por un segundo, algo oscuro le cruzó la cara, algo que en aquel momento no supe leer—. Pero prefiero que me odies con la verdad que quererme con una mentira. Solo... déjame elegir el cuándo. Es lo único que te pido.

Y yo, que había ido a preguntar, me encontré otra vez concediéndole la gracia, porque cuando un hombre te jura una cosa por su padre muerto en la piedra donde le tocó la gaita, una decide que confía y punto. Cerré la boca. Guardé la pregunta para el «después», para ese momento futuro en el que él me lo contaría todo y yo lo entendería todo.

Cerré la boca, y con eso, sin saberlo, le regalé al secreto unos días más de vida.

—Vale —dije—. Confío en ti. Pero que sepas que se me da fatal la paciencia.

—Lo sé. Es de las cosas que más me gustan de ti.

Nos quedamos allí arriba mucho rato, hasta que el frío nos caló los huesos y hubo que bajar. Y en algún momento del descenso, con él

delante abriéndome paso entre las rocas y dándome la mano en los tramos malos, me di cuenta de que había dejado de tener miedo. No del todo. Pero lo suficiente.

Bajamos despacio, yo agarrada a su mano, resbalándome cada tres pasos y salvándome él cada tres pasos, en una coreografía que ya empezábamos a tener ensayada. En un tramo especialmente traidor, patiné de mala manera y acabé contra su espalda, agarrada a su cintura para no rodar monte abajo.

—Te tengo —dijo, sin girarse, sujetándome sin esfuerzo.

—Ya lo veo.

—Te tengo desde la pista de baile de la boda.

—Aquello fue al revés. Yo te bajé a ti.

—Sí, el kilt y me subiste todo lo demás. —Carcajeó y se giró un poco, con esa sonrisa de gamberro que me tenía perdida.

—Te explicas fatal y eres un guarro. Sigue andando.

Pero me reí. Me reí todo el camino de bajada, y en el coche de vuelta, con la calefacción a tope y las manos entrelazadas sobre el cambio de marchas, y me di cuenta, mirándolo conducir por aquellas carreteras imposibles, de que llevaba media vida buscando esto sin saber que era esto. No los fuegos artificiales de Álvaro, que ardían fuerte y se apagaban. Esto otro. Un hombre grande que te da la mano en los tramos malos y te hace reír en la bajada.

Fue esa misma noche, ya en casa, cuando pasó.

Estábamos en el suelo del cuarto de invitados, sobre el colchón traidor, a oscuras, después de que la casa entera se durmiera. Habíamos estado hablando bajito un buen rato, de tonterías, de la subida al loch, de que yo tenía agujetas en músculos que no sabía que existían, de que a él de pequeño lo llamaban «el mudo» hasta que cumplió los diez. Yo tenía la cabeza en su pecho y le oía el corazón, lento y grande, como el motor de un barco fondeado. Le dibujaba círculos distraídos sobre las pecas del hombro. Y estaba yo

así, a gusto, medio dormida, cuando lo noté ponerse rígido, coger aire, como quien se prepara para saltar de un trampolín muy alto.

—Naroa.

—¿Mmh?

—Te quiero. —Y antes de que me diera tiempo a nada, siguió, más deprisa, como quien suelta una cosa antes de arrepentirse—. Ya sé que es pronto. Ya sé que es una locura, que nos conocemos de semanas y una borrachera, que esto no lo hace la gente cuerda. Me da igual. Llevo días dándole vueltas para no decírtelo y no hay manera. Así que ya está. Te quiero. Apáñatelas con eso.

Se me paró todo. El corazón, la respiración, el planeta.

Lo dijo así, medio a su pesar, con esa mezcla suya de valentía y de fastidio, dos palabras que llevaba demasiado tiempo aguantándose y un montón de excusas detrás para protegerse por si yo salía corriendo. Te quiero. Ocho letras. La palabra que yo llevaba tres años esquivando como se esquivo un charco, porque la última vez que me la creí me costó media vida reconstruirme.

Me quedé muy quieta sobre su pecho, notando cómo el corazón, que un segundo antes le latía lento, se le había disparado. Se le notaba el miedo en el pulso. Aquel armario de metro noventa, aquel gamberro que le bajaba la falda a la vida entera sin despeinarse, tenía el corazón desbocado por haberme dicho dos palabras. Y eso, más que las palabras, fue lo que me deshizo.

Y me di cuenta, ahí, con la cara pegada a su pecho, de que tenía dos opciones. Podía hacer lo de siempre. Podía escaparme por la tangente, soltar una broma, cambiar de tema, correr hacia la salida como llevaba haciendo desde Álvaro. O podía, por una vez en la vida, quedarme quieta y dejar que me quisieran.

—Yo... —empecé, y me salió un hilo de voz—. Lennox, yo no digo eso fácilmente. Lo dije una vez, con toda mi alma, y me lo tiraron a la basura. Llevo tres años sin decírselo a nadie. Ni siquiera he estado cerca.

—Ya lo sé —dijo, y me acarició el pelo, despacio, como se calma a un animal asustado—. Y no te lo he dicho para que me lo devuelvas. No es un intercambio. Te lo he dicho porque es verdad, porque me estaba quemando por dentro guardármelo, y porque quería que lo supieras aunque no hicieras nada con ello. Puedes no contestar. Puedes hacerte la dormida. Puedes darme un codazo y decirme que me calle. Lo que necesites. Yo ya lo he soltado y me quedo tranquilo.

Y precisamente porque no me lo exigía, precisamente porque me daba la palabra sin cobrarme nada a cambio, sin condiciones, sin contrato, fue por lo que pude decirla. Levanté la cara en la oscuridad, le busqué la suya con las manos, encontré su mandíbula, su barba de tres días, y con toda la valentía que me quedaba después de tres años de cobardía cuidada, se lo dije.

—Yo también te quiero, animal. Muchísimo. Y me da un pánico horrible.

Se quedó un segundo sin respirar. Luego soltó el aire de golpe, como si llevara desde el loch aguantándolo, y me abrazó tan fuerte que casi me parte en dos.

—Menos mal —susurró contra mi pelo—. Menos mal. Llevaba todo el día pensando que igual me quedaba solo con la palabra en la boca.

—Casi te quedas. He estado a esto de hacerme la dormida.

—Lo sé. Te he notado preparar la huida.

—No he preparado nada.

—Naroa, se te ha puesto el cuerpo de tabla. Ibas a salir corriendo. Y te has quedado. —Me besó la frente—. Eso vale más que todo lo demás.

Lo sentí sonreír contra mi boca antes de besarme. Pero no fue un beso de los de siempre. Fue otra cosa. Fue un beso lento, hondo, sin prisa ni tormenta ni apagón que nos empujaran, un beso que empezó en la boca y se fue extendiendo por todo lo demás como se extiende el calor de la estufa por una habitación fría. Y en algún

momento, sin que ninguno de los dos lo dijéramos, los dos entendimos que aquella noche iba a ser distinta.

—Espera —susurré, con la boca pegada a la suya—. Que están al lado. Que la pared es de papel.

—Pues no hacemos ruido —murmuró él, y me besó el cuello, y de no hacer ruido, poco.

Le desabroché la camisa a tirones, con más ganas que maña, y él se la quitó del todo de un movimiento y la tiró al suelo, y ahí estaba, aquel pecho enorme y pecoso que llevaba semanas viendo de reojo y fingiendo que no miraba. Le pasé las manos por él, por los hombros, por la espalda ancha, y noté cómo se le erizaba la piel entera bajo mis dedos, cómo aquel hombre gigante se estremecía por algo tan pequeño como que yo lo tocara. Le temblaban las manos al buscarme la cintura. Y saber que temblaba por mí me deshizo por completo.

Y entonces bajé las manos al kilt.

—A ver —dije, con la voz más ronca de lo que pretendía—. Que en la boda me quedé con la duda. Voy a resolver el misterio de una vez por todas.

Le solté la hebilla del cinturón que le sujetaba la falda, despacio, mirándolo a él mientras lo hacía, y la lana pesada se aflojó y cedió, y metí la mano por debajo. Y ahí obtuve, por fin, la respuesta a la pregunta más antigua de Escocia. No llevaba nada debajo.

Absolutamente nada. Y lo que encontró mi mano me arrancó una sonrisa contra su boca y a él un gruñido grave que tuvo que ahogar mordiéndome el hombro para que no lo oyeran al otro lado de la pared.

—Con que era verdad —susurré, cerrando los dedos alrededor de él, notándolo duro y caliente en mi mano—. No era cosa de la boda. Es siempre.

—Naroa —jadeó, y fue lo único que consiguió decir, porque al hombre se le olvidaron de golpe los dos idiomas que hablaba.

Me quitó él a mí el resto de la ropa, con esa urgencia torpe de las manos grandes que de repente no aciertan con un botón, y cuando por fin estuvimos los dos sin nada, piel contra piel en aquella cama que crujía a la mínima, se quedó un momento sobre mí, apoyado en los brazos, con la luz de la farola colándose por la rendija de la cortina y pintándonos de plata.

—Déjame mirarte —dijo, con una voz rota que no le había oído nunca—. Un momento. Que llevo semanas soñando con esto y no me lo creo.

Y yo, que me pasaba la vida tapándome, escondiéndome, buscando la salida, me quedé quieta debajo de él y me dejé mirar entera, abierta, sin una sola broma para romperlo. Y en vez de sentirme expuesta me sentí deseada de una manera que no recordaba, que a lo mejor no había sentido nunca. Le tiré del cuello. Lo besé. Y le susurré al oído lo que quería, sin eufemismos, porque con él había perdido toda la vergüenza.

Bajó por mi cuerpo besándolo entero, sin prisa, tomándose su tiempo como si tuviera toda la noche y ninguna intención de desaprovecharla. La boca en los pechos, la lengua, los dientes suaves, y yo agarrándome a las sábanas para no hacer ruido. Más abajo. Me separó las piernas con las manos, con una suavidad que no le pegaba nada al tamaño, y cuando su boca llegó donde llegó tuve que morderme el dorso de la mano para ahogar el gemido, porque la pared era de papel y mi hermana dormía a dos metros y aquel hombre me estaba deshaciendo con la lengua muy despacio, atento a cada cosa que me hacía arquearme, repitiendo lo que funcionaba, aprendiéndome sobre la marcha. Le hundí los dedos en el pelo. Le pedí que no parara casi en una súplica. Y no paró, hasta que me tuvo mordiéndome la mano y a punto, tan a punto que le tiré del pelo hacia arriba para que subiera, porque lo quería a él, entero, dentro, cuando pasara.

Subió. Me besó, y me supe a mí misma en su boca, y no me importó nada. Se colocó entre mis piernas, y antes de nada me buscó los ojos en la oscuridad, preguntándome sin palabras, y yo le contesté

sin palabras también, subiendo las caderas hacia él. Entró despacio, centímetro a centímetro, mirándome la cara todo el rato, y a los dos se nos escapó el mismo sonido a la vez, ese que tuvimos que tragarnos entre besos para no despertar a media casa. Se quedó quieto un momento, dentro del todo, con la frente pegada a la mía, dejándome sitio para acostumbrarme a él, que no era poco.

—¿Bien? —susurró, con un hilo de voz.

—Muévete, animal —le dije, y me reí contra su boca, y él se rió también, y esa risa compartida en mitad de todo lo demás fue lo más íntimo de la noche.

Y se movió. Despacio al principio, hondo, buscándome un ritmo, y luego menos despacio, y la cama traidora empezó a cantar a pesar de todos nuestros esfuerzos, un crujido rítmico que nos delataba sin piedad. Nos entró la risa floja de dos adolescentes pillados, con él parándose y los dos escuchando por si se movía Marcus al otro lado, y luego siguiendo, porque ya nos daba igual, porque ya no había manera de parar. Me agarró de la cadera con una mano para pegarme más a él, me buscó la boca para tragarse mis jadeos, y me susurró al oído, entre embestida y embestida, cosas en su español roto y cosas en gaélico que no entendí y que fueron, de todo lo que dijo aquella noche, lo que más me llegó.

Acabamos casi a la vez, tapándonos la boca el uno al otro con la mano, riéndonos y sin aire, y él se derrumbó sobre mí con todo su peso enorme un segundo antes de rodar de lado para no aplastarme, arrastrándome con él, sin salir del abrazo, empapados los dos y con el corazón desbocado.

Fuera seguía lloviendo. Dentro, aquella cama ridícula por fin se calló. Y yo me quedé enredada en aquel highlander gigante y desnudo que olía a lluvia y a turba, con la cara pegada a su pecho pecoso, pensando que el whisky de la boda me había robado la primera noche con él sin dejarme elegirla, pero que esta, esta me la había ganado yo, despierta, entera, a propósito. Y que esta sí me la iba a quedar.

—¿En qué piensas? —murmuró él, dibujándome círculos en la espalda con un dedo.

Y estuve a punto de decírselo. De decirle que estaba pensando en quedarme, que quizás no cogía el avión, y que a la mierda Sevilla. Pero me mordí la lengua, porque quería estar segura del todo, no medio dormida y sudada. Así que le dije la otra verdad, la pequeña.

—En que era verdad lo del kilt —dije—. Toda la vida me lo habían contado y yo sin creérmelo.

Se rió, una risa grave que le noté en el pecho contra mi mejilla, y me apretó contra él.

—Escocesa vas a acabar tú —murmuró, ya medio dormido—. Ya lo verás.

Y a los cinco minutos roncaba bajito, mientras yo me quedaba despierta contra su pecho, con los ojos abiertos en la oscuridad y una cosa enorme creciéndome dentro.

Me desperté al amanecer decidida. No sé en qué momento de la noche lo decidí, si fue durante o después o mientras dormía, pero amanecí con las cosas más claras que las había tenido en mucho tiempo. Cogí el móvil sin hacer ruido, salí al jardín helado en pijama, y le escribí a mi editora.

Me llevó tres borradores. El primero era una explicación larguísima y llena de excusas que sonaba a mentira. El segundo era demasiado escueto y sonaba a que me había dado un brote. El tercero, el que envié, decía sencillamente la verdad, o parte de ella:

«No vuelvo el lunes. Necesito un mes más, puede que dos o más... La novela la corrijo desde aquí, en remoto, y prometo entregar en plazo, no te voy a fallar. Ha surgido algo importante en mi vida. Ya te lo contaré cuando lo entienda yo. Gracias por la paciencia. Naroa.»

Le di a enviar antes de arrepentirme. Y en cuanto la palomita azul me confirmó que ya no había vuelta atrás, me quedé en el jardín, temblando de frío y de otra cosa, mirando las colinas verdes

emerger de la niebla como bestias tranquilas, con el corazón latiéndome como si acabara de tirarme de un avión.

Porque eso era, exactamente, lo que acababa de hacer. Tirarme sin paracaídas. Yo, la que elegía siempre el asiento del pasillo cerca de la salida, la que llevaba tres años sin dejar entrar a nadie, acababa de decidir quedarme en un país donde llueve de lado, por un hombre con el que me casé borracha y del que me tengo que divorciar, sin saber a qué se dedica de verdad y sin un plan que no fuera «quiero estar donde esté él».

Era una locura. Era la mayor locura de mi vida. Y por una vez, no me apetecía correr en dirección contraria.

Pensé en despertarlo y contárselo. En meterme en la cama, sacudirlo por el hombro y decirle «me quedo, animal, ¿lo oyes?, me quedo». Pero luego pensé que no. Que quería contárselo bien, no medio dormidos y con Marcus a punto de encender la batidora nuclear. Que lo mismo que él me había pedido tiempo para contarme su cosa, yo quería elegir mi momento para contarle la mía. Se lo diría esa noche. Con calma. A lo mejor lo llevaba yo a algún sitio, ya que él me había llevado al loch. Se lo diría cuando estuviéramos solos y pudiera verle la cara al oírlo.

Me quedaba. Por él. Por mí. Y por las ocho letras que por fin había sido capaz de decir.

Volví a la cama con los pies helados y me metí debajo del edredón, pegada a su espalda, buscando su calor de estufa de butano. Él, medio dormido, alargó un brazo hacia atrás, me enganchó por la cintura y me arrastró contra su cuerpo sin llegar a despertarse del todo.

—¿Dónde estabas? —murmuró, con la voz pastosa.

—En el jardín. Tomando una decisión.

—¿Buena o mala?

—Buenísima —dije, y le besé entre los omóplatos—. Duérmete, animal.

Y me quedé ahí, con la cara pegada a su espalda pecosa y el corazón por fin en calma, escuchándolo roncar bajito, más feliz de lo que me había permitido ser en tres años.



CAPÍTULO 14: EL MISMO SACO

Aquella mañana me desperté feliz. Es importante que quede claro, porque es lo que lo hizo todo más cruel.

Lennox se fue temprano, al pueblo, a resolver no sé qué de unos pedidos. Me besó en la frente antes de salir, me dijo «vuelvo para comer» y «esta noche hablamos, que te noto que traes algo entre manos», y yo sonreí contra la almohada pensando que sí, que esa noche le contaría que me quedaba, que había mandado a paseo a mi editora y el vuelo el lunes y toda mi vida ordenada de Sevilla, y que pensaba quedarme en aquel país de lluvia horizontal a ver qué pasaba con él. Tenía hasta planeado cómo decírselo. Lo iba a llevar yo a algún sitio, como él me había llevado al loch, y se lo iba a soltar con calma, viéndole la cara.

Claudia y Marcus se fueron poco después, cada uno a su trabajo, retomando por fin la vida normal de recién casados. Y yo me quedé sola en la casa, en pijama, feliz e idiota, poniendo la lavadora y

cantando fatal una canción de Rocío Jurado mientras el sol raro de Escocia entraba por la ventana de la cocina.

Recuerdo que hasta hice planes tontos, de esos que una hace cuando es feliz y se cree a salvo. Pensé que le pediría a Claudia que me ayudara a buscar un sitio para vivir, algo pequeño, cerca del pueblo, para no vivir en casa de mi hermana como una okupa sentimental. Pensé que traería mis libros de Sevilla, los pocos que de verdad me importaban. Pensé que a lo mejor, con el tiempo, me acostumbraba a la lluvia de lado y aprendía los nombres de los pájaros que Lennox me señalaba por la ventana. Me permití, por una mañana, imaginar una vida entera, con sus Navidades de familia doble y su mesa llena y su abuela robándome tarta para el camino.

Llamaron a la puerta a media mañana.

Fui a abrir sin pensar, descalza, con una camiseta de Lennox que me llegaba por las rodillas y el pelo hecho un desastre, convencida de que sería el cartero o algún vecino.

Era Fiona.

Pero no la Fiona de las otras veces. No venía con la sonrisa de miel envenenada ni con el numerito de la nostalgia. Venía seria.

Tranquila. Casi amable, que fue lo que me puso en guardia, porque a las mujeres como Fiona lo que hay que temerles no es cuando atacan, sino cuando se ponen amables. Llevaba una carpeta de cartón bajo el brazo.

—¿Puedo pasar? —dijo—. No vengo a pelearme. Te lo prometo. Vengo a enseñarte una cosa. Y luego me voy, y no me vuelves a ver el pelo. Tienes mi palabra.

Tendría que haberle dado con la puerta en las narices. Cualquiera con dos dedos de frente le habría dado con la puerta en las narices. Pero había algo en su calma que me dio más miedo que todas sus provocaciones juntas, así que me aparté y la dejé pasar.

Se sentó en el sofá. Dejó la carpeta sobre la mesa baja, delante de mí, pero no la abrió todavía. Me miró con una expresión que no le había visto nunca, una que casi parecía lástima de verdad.

—Naroa. Antes de nada. Sé que crees que soy una arpía. Y a lo mejor lo soy, no te digo que no. Llevo tres años detrás de Lennox y me he portado como una cría. —Juntó las manos—. Pero hay una diferencia entre tú y yo que necesito que entiendas, porque si no, vas a salir de esto mucho peor de lo que salí yo.

—No sé de qué me hablas.

—Ahora lo sabrás. —Abrió la carpeta—. ¿Sabes a qué se dedica tu marido, Naroa? ¿Te lo ha contado ya?

Se me secó la boca.

—Tiene negocios. En las islas.

—Negocios. —Fiona soltó una risa corta, sin ninguna alegría—. Sí. Se puede llamar así. Lennox Sinclair es el dueño de la destilería Sinclair. Y de otras tres. Y de una flota de barcos que distribuye whisky por medio mundo. Y de la mitad de las tierras de este condado, incluido el castillo donde se casó tu hermana, que por cierto pagó él, la boda entera. —Fue sacando papeles y poniéndolos sobre la mesa, uno a uno, como quien reparte cartas—. Tu marido, guapa, no es un escocés de negocios aburridos. Es uno de los hombres más ricos de Escocia. Sale en las listas. Con foto.

Miré los papeles. Recortes. Una revista de economía con su cara, más joven, más seria, en la portada. Documentos con membretes. Cifras con tantos ceros que dejaban de significar nada.

Y lo primero que sentí, por raro que parezca, no fue dolor. Fue vértigo. El suelo moviéndose. Porque de repente todo encajaba de golpe: la deferencia del pueblo, «para algo te sobra» de Brodie, la casona de Catriona, el abogado de coche caro, la «situación patrimonial», la manera de cerrarse cada vez que salía el tema. Todo. El hombre con el que me acostaba, el que me robaba el pan tostado y dormía de lado para no roncar encima, el que me había dicho «te quiero» en el suelo de un cuarto de invitados, era otra persona. Una que yo no conocía. Una que salía en revistas con corbata y cara de importante y que valía más que pueblos enteros.

Me sentí ridícula. Esa fue la primera humillación, antes incluso de la grande. Ridícula por haberle enseñado a un magnate a hacer gazpacho como si le estuviera descubriendo un manjar. Ridícula por haberme reído de sus cápsulas de café baratas. Ridícula por haber pensado, en algún momento tonto, que a lo mejor podía ayudarlo yo a él con algo, con lo que fuera, cuando aquel hombre podía comprar y vender mi vida entera cuarenta veces sin despeinarse. Me había pasado tres semanas sintiéndome de igual a igual con alguien que jugaba en otra liga, en otro planeta, y ni me había enterado.

—Vale —dije, y me sorprendió lo firme que me salió la voz—. Es rico. Muy rico. No me lo ha contado. —Tragué—. ¿Y qué? A mí el dinero me da igual, Fiona. Te juro que me da exactamente igual. Se lo he dicho a él mil veces. Puede tener una destilería o cuatro o ninguna, a mí me da lo mismo. Si crees que enterarme de que es millonario me va a alejar de él, no me conoces de nada.

Y era verdad. Lo del dinero, en aquel momento, no me dolió. Me sorprendió, me mareó, me hizo sentir tonta por no haberlo visto venir. Pero no me dolió. Yo no me había enamorado de un escocés rico. Me había enamorado de un hombre que hablaba con las ovejas en gaélico, que tocaba la gaita de su padre muerto al amanecer en un loch escondido, que me daba la mano en los tramos malos de la bajada. Ese hombre podía ser millonario o mendigo, y a mí me daba exactamente igual. Y estaba a punto de decírselo a Fiona con toda mi rabia cuando ella hizo lo que había venido a hacer.

Fiona me miró un momento. Y sonrió, despacio, con una tristeza que esta vez me pareció auténtica.

—Ya sabía yo que dirías eso —dijo—. Por eso he traído esto.

Y sacó el último papel de la carpeta. El de abajo del todo. Lo puso sobre la mesa, delante de mí, y lo giró para que pudiera leerlo.

—Esto no es sobre el dinero, Naroa. Esto es sobre lo que él piensa de ti.

Bajé la vista al documento.

Era un acuerdo legal. Un contrato. Encabezado con el nombre del despacho del señor Hendry, redactado en ese inglés jurídico que cuesta leer pero que se entiende cuando importa. Y aunque me saltaba la mitad de las palabras técnicas, entendí perfectamente lo esencial, porque lo esencial estaba subrayado, seguramente por la propia Fiona, para que no se me escapara.

Era un blindaje patrimonial. Un documento por el cual, en caso de divorcio, yo, Naroa García, renunciaba a cualquier derecho sobre los bienes, propiedades, empresas y herencia de Lennox Sinclair. Todo. Hasta el último céntimo. Diseñado para que, cuando aquel matrimonio se deshiciera, yo saliera exactamente con lo que había entrado: nada.

Lo firmaba Lennox.

Y arriba, en la esquina, estaba la fecha.

Me quedé mirando la fecha mucho rato. Porque la reconocía. La reconocía perfectamente. Era la fecha en la que él estaba «en las islas, resolviendo un problema de los gordos». La fecha de aquellos cuatro días en los que me pidió que confiara en él. Cuatro días después de la noche de la tormenta. Cuatro días después de «no quiero que llegue el día del avión». Cuatro días después de que yo bajara el muro entero y le contara lo de Álvaro, y lo de las cunas, y todo lo que no le había contado a nadie en tres años.

Mientras yo me abría en canal, él había cogido un avión para ir a firmar un papel que me dejara sin nada.

Y ahí sí. Ahí me dolió.

No me dolió el dinero. Que no se me olvide dejarlo claro, porque es lo único que me quedó intacto de aquella mañana: no me dolió el dinero. Me dolió que me hubiera mirado a los ojos mientras me pedía confianza y, al mismo tiempo, preparara un papel para protegerse de mí. Me dolió haberle contado lo de Álvaro, lo de las cunas, lo de todas las cosas que todavía me daban vergüenza, mientras él firmaba —o dejaba preparar, daba igual— la manera

legal de asegurarse de que yo no pudiera tocar nada suyo. Como si yo hubiera querido algo suyo.

Me había abierto el pecho a un hombre que, por dentro, me estaba tratando de cazafortunas.

Y eso —no el dinero, nunca el dinero— era exactamente lo de Álvaro otra vez. No el engaño en sí. La forma. Creerme en algo compartido, entregada, con las dos manos abiertas, mientras el otro, a mis espaldas, jugaba a un juego distinto en el que yo era una amenaza que había que neutralizar. Con Álvaro fue una mujer del gimnasio. Con Lennox era un papel firmado en unas islas. Distinto disfraz, misma herida exacta: yo, poniéndolo todo, siendo la última en enterarme de que el otro no ponía lo mismo.

Tres años. Tres años me había costado atreverme otra vez. Y me había vuelto a pasar. En tres semanas.

—Ahí está la diferencia entre tú y yo —dijo Fiona, en voz baja, recogiendo los otros papeles y dejándome una copia delante—. A mí me tenía calada y me lo dijo a la cara. «Fiona, sé lo que buscas, no va a pasar.» Fue cruel, pero fue honesto. Para ti ha firmado esto sin que te enteres, mientras te metía en su cama. Para él, tú y yo somos lo mismo, Naroa. Dos que van detrás del dinero. La única diferencia es que a mí me respetó lo suficiente para decírmelo. A ti no.

No contesté. No podía. Tenía la vista clavada en la fecha y un ruido blanco en los oídos.

Fiona se levantó. Recogió su carpeta. Se quedó un momento de pie, mirándome, y por una vez no hubo veneno en su cara, solo una especie de solidaridad amarga entre dos mujeres a las que el mismo hombre había medido con la misma regla.

—No lo hago por quedarme con él —dijo, ya en la puerta—. Lo he entendido. A mí tampoco me quiere. Lo hago porque, cuando lo descubrí, me habría gustado que alguien me lo dijera antes de seguir haciendo el ridículo. Considéralo mi único gesto decente contigo. —Abrió la puerta—. Lo siento, Naroa. De verdad que lo siento.

Y se fue. Sin dar un portazo. Cerró la puerta con cuidado, como se cierra la puerta de una habitación donde alguien está enfermo.

Me quedé sola en el salón, descalza, con la camiseta de Lennox puesta, que de repente me quemaba en la piel, y el documento sobre la mesa con la fecha subrayada mirándome como un ojo.

No lloré enseguida. Primero me quedé quieta, muy quieta, mientras el ruido blanco se me iba convirtiendo por dentro en algo frío y ordenado. Repasé cada momento de las últimas tres semanas bajo la luz nueva de aquel papel. La cara rara al volver de las islas. El «apartó la vista» que yo achacué a las prisas. El «aunque me odies después» en el loch, jurado por su padre muerto, que ahora entendía del todo: no me pedía tiempo para reunir el valor de contarme una cosa bonita. Me pedía tiempo para reunir el valor de contarme que se había blindado contra mí. El muy cobarde no me estaba escondiendo un secreto. Me estaba escondiendo una traición, y encima me había hecho creer que si se callaba era por vergüenza de enamorado, cuando era por vergüenza de culpable.

Lo peor no era ni siquiera el papel. Lo peor era que yo, aquella misma mañana, había mandado a paseo mi vida entera por él. Había escrito a mi editora. Había renunciado a Sevilla, al vuelo, a mi mesa, a mi novela de seiscientas páginas, a todo lo que me sostenía. Me había tirado del avión sin paracaídas, como pensé yo tan orgullosa, y resulta que el paracaídas me lo había cortado él cuatro días antes, en un despacho de las islas, con la mano firme y la conciencia tranquila. Me había quedado por un hombre que, mientras me decía que me quería, tenía firmado y guardado el modo de asegurarse de que yo no le costara nada cuando me fuera.

Me acordé, entonces, del sobre. El de la destilería, el que llevaba días en el recibidor cogiendo polvo porque se me había olvidado dárselo. Me levanté, fui a por él, y lo abrí sin ningún reparo, porque a esas alturas los reparos me sobraban. Dentro había papeles de una junta de accionistas, cifras, firmas, y en todas partes, una y otra vez, el mismo nombre: Lennox Sinclair, presidente. Propietario. Dueño.

La última pieza. Por si me quedaba alguna duda tonta de que Fiona exageraba.

No exageraba.

Me senté en el suelo del recibidor, con la espalda contra la pared, el sobre en una mano y la camiseta que olía a él pegada a la cara, y por fin me eché a llorar. No como se llora de pena, con desahogo. Como se llora de rabia y de vergüenza y de haber sido, otra vez, la última en enterarse de la película en la que estaba actuando sin guion. Lloré por Álvaro y por Lennox a la vez, que es lo más patético que se puede hacer, llorar por dos hombres el mismo día con tres años de diferencia. Lloré por la idiota que había mirado cunas por internet a los treinta y por la idiota que acababa de renunciar a su vida por un escocés en falda. La misma idiota. Yo. Que no aprendía.

Y estaba así, hecha un ovillo en el suelo, con la cara hinchada y la respiración a trompicones, cuando oí el coche.

El coche de Lennox, entrando por el camino de gravilla. Volviendo para comer, como había dicho. Contento, seguramente. Sin saber que su ex acababa de dejarme, sobre la mesa del salón, el papel con el que él mismo había firmado el final de todo.

Me sequé la cara con la manga. Me levanté del suelo. Y cogí el documento de la mesa, para tenerlo en la mano cuando entrara.



CAPÍTULO 15: SOLO TENÍAS QUE DECÍRMELO

Entró silbando.

Esa es la parte que no se me va a olvidar mientras viva. Que entró silbando, con una bolsa del panadero en la mano, sacudiéndose la lluvia de los hombros, contento, diciendo mi nombre en ese tono cantarín que ponía cuando volvía a casa y sabía que yo estaba dentro.

—¡Naróa! He traído esos bollos que te gustan, los de canela, que quedaban dos y me he peleado con una señora por el último. Vas a tener que quererme solo por eso.

Y entonces me vio.

Me vio de pie en mitad del salón, descalza, con la cara hinchada de llorar y un papel en la mano. Y le cambió la cara. Despacio, como cuando a un cielo bueno se le mete una nube por un lado. Dejó la bolsa del panadero sobre la mesa, muy despacio, sin apartar los ojos

de mí. La sonrisa se le fue apagando sola, como una vela a la que le quitas el aire.

—¿Qué pasa?

Yo llevaba dos horas ensayando aquel momento. Dos horas sentada en el sofá, con el documento en las rodillas, imaginando lo que le diría, ordenando la rabia, preparando las frases, decidiendo que iba a estar tranquila, que no iba a gritar, que le iba a demostrar que no me hundía. Y en cuanto lo tuve delante, con su bolsa de bollos y su cara de niño bueno, se me olvidó todo el guion.

No le contesté con palabras. Levanté el documento y se lo enseñé, con la fecha hacia arriba, para que la viera desde donde estaba.

Y supe que era verdad todo, absolutamente todo, por cómo se quedó. Porque un inocente pregunta «¿qué es eso?». Lennox no preguntó qué era. Lennox se quedó blanco, se le fue el aire, y bajó los brazos como si de repente le pesaran demasiado. No hizo falta que dijera nada. Su cara lo dijo por él. Reconoció el papel al instante, desde tres metros, como se reconoce una cosa que llevas días temiendo que aparezca.

—Naroa —empezó—. Deja que te explique.

—¿Es tuyo? —Me tembló la voz, pero no la bajé—. La firma. ¿Es tuya?

—Sí.

—¿Y la fecha? ¿Esa fecha es cuando estabas en las islas? ¿Cuando me pediste que confiara en ti?

Cerró los ojos un segundo, como quien encaja un golpe que sabía que iba a llegar.

—Sí.

Y con ese segundo «sí» se me cayó encima el techo entero de la casa.

—Lo firmaste ahí —dije, y me salió una voz rara, muy calmada, la voz que pongo cuando por dentro estoy en ruinas—. Fuiste a las islas, resolviste tus negocios, y de paso pasaste por el despacho de

tu abogado a firmar un papel para que yo, en caso de divorcio, no me llevara ni un euro tuyo. Cuatro días después de decirme que no querías que llegara el día del avión. Cuatro días después de que yo te contara lo de Álvaro, lo de las cunas, cosas que no le he contado a nadie en mi vida. Mientras yo me abría en canal, tú cogías un avión para blindarte contra mí.

—No es lo que parece.

—Es exactamente lo que parece, Lennox. Lo pone aquí. Con tu firma.

Se pasó las dos manos por la cara. Dio un paso hacia mí y yo di uno hacia atrás, y ese paso atrás lo paró en seco, como si le hubiera pegado.

—Escúchame. Por favor. —Le temblaba la voz a él también ahora—. Ese papel... yo tengo un despacho de abogados que lleva años protegiéndome. Cuando murió mi padre y me quedé con todo, me acostumbraron a firmar cosas así con cualquiera que se acercara demasiado. Es lo que se hace en mi... es un protocolo. Automático. No es que yo pensara que tú...

—Para. —Levanté una mano—. Para ahí mismo. Porque me vas a decir que es un papeleo automático, que lo firma todo el mundo, que no significa nada. Y ¿sabes qué es lo peor de todo, Lennox? Que si me lo hubieras dicho, lo habría entendido.

Se quedó parado.

—¿Qué?

—Que lo habría entendido. —Se me quebró la voz, y me dio rabia, pero seguí—. ¿Tú te crees que yo soy tonta? Eres un hombre con dinero. Mucho. Te han hecho daño. Te han rondado cazafortunas. Claro que entiendo que un hombre en tu situación proteja lo suyo. Si me hubieras sentado un día y me hubieras dicho «Naroa, mira, tengo mucho más de lo que parece, y mis abogados me hacen firmar estas cosas, no te lo tomes a mal», yo te habría cogido el bolígrafo de la mano. Te habría dicho «trae, ¿dónde firmo yo también?». Porque tu dinero me importa un pimiento. Me ha

importado un pimiento desde el minuto uno y te lo he dicho cuarenta veces.

—Lo sé...

—¡NO LO SABES! —Y ahí sí grité, una vez, porque no me cabía dentro—. ¡No sabes nada! Porque no me lo dijiste. Te di la oportunidad de contármelo sin presionarte. Esperé, fui paciente contigo. Pero decidiste no hacerlo. ¿Tenías miedo de que me enterase que eras millonario y te exigiese dinero antes de que te diese tiempo a arreglarlo? —Sequé mis lágrimas con rabia—. Me importa una mierda que seas rico, Lennox. Ni siquiera me duele que te blindaras. Lo entiendo, de verdad que lo entiendo. Lo que me destroza es que no me dieras la oportunidad de entenderlo. Que prefirieras ir a mis espaldas, coger un avión, firmar un papel a escondidas y meterme en el mismo cajón que a Fiona, antes que sentarte conmigo y hablarlo como una persona. Me trataste de cazafortunas. Decidiste tú solo, en un despacho, en unas islas, que yo era como todas las demás. Y yo, mientras tanto, aquí, ilusionándome contigo.

—Yo no pensé que fueras...

—¡Sí lo pensaste! ¡Lo pensaste lo suficiente para firmar el papel! —Me temblaban las manos—. Pero si hasta desviabas el tema cuando alguien, a mi lado, daba alguna pista de tus ingresos. No me vale que ahora me digas que confiabas en mí. Los que confían no firman ese tipo de cosas a escondidas, Lennox. Firmar ese papel es, exactamente, no fiarte. Es dejar por escrito, con abogado y con fecha, «por si esta resulta ser como las otras». Y a mí, después de Álvaro, esto me mata. Porque yo no hice lo mismo. Yo te lo di todo, entero, sin condiciones, sin abogado, sin fecha, sin protegerme nada. Me quedé sin red por ti. Y tú tenías red. Una red enorme, cara, firmada, guardada en un cajón de las islas.

Lennox tenía los ojos brillantes. Abrió la boca. La cerró. Y por fin dijo lo único que podía decir, que era la verdad, pero que llegaba tarde:

—Tienes razón.

—Ya sé que tengo razón.

—Y me odio por ello. Naroa, si supieras cómo me he odiado estos días cada vez que me acordaba de ese papel...

—¿Te acordabas? —Solté una risa que dolía—. ¿O sea que lo tenías presente? ¿Me decías «te quiero» en el suelo del cuarto acordándote de que tenías un blindaje firmado contra mí? Eso es peor, Lennox. Eso es muchísimo peor. Preferiría que se te hubiera olvidado.

—Naroa, yo... —Se le rompió algo en la voz—. No lo firmé porque desconfiara de ti. Lo firmé porque estaba muerto de miedo. Porque me estaba enamorando de ti como no me había pasado nunca, y eso me daba un pánico que no había sentido desde que se murió mi padre. Cuando él murió, en un día perdí a mi padre y me cayó encima todo lo demás, y me juré que no volvería a estar tan expuesto, tan a merced de perderlo todo de golpe. Y de repente apareciste tú, y en tres semanas me tenías otra vez colgando de un hilo, dependiendo de otra persona para ser feliz. Y me entró el vértigo. Y firmé ese papel como quien se agarra a algo firme mientras se cae. No contra ti. Contra el miedo. Fue lo más cobarde que he hecho en mi vida y me odié al salir del despacho. Volví de las islas queriéndome morir. Por eso tenía esa cara.

Y por un segundo, un segundo horrible, casi lo entendí. Casi. Porque tenía sentido, y porque le conocía ya lo suficiente para saber que era verdad, que aquel hombre grande cargaba desde niño un miedo del tamaño de una montaña.

Pero justo por eso no podía dejarme ablandar.

—No. —Negué con la cabeza, y las lágrimas me caían ya como dos cortinas—. No me hagas eso. No me conviertas tu cobardía en algo bonito. No me digas que me blindaste porque me querías mucho. Eso es lo que dicen los que hacen daño para justificarse. «Te hice daño porque te quería.» No, Lennox. Si me querías, me lo cuentas. Querer a alguien es contárselo, no protegerte de ello a escondidas. Tenías miedo, vale. Yo también tenía miedo, y no me fui a ningún despacho. Yo cogí mi miedo y te lo puse encima de la mesa, en el suelo de ese cuarto, y te dije «te quiero y me da pánico». Eso es lo

que se hace con el miedo cuando quieres a alguien. Se comparte. No se firma ante notario.

—Lo sé —susurró—. Ahora lo sé.

—Pues qué pena que lo hayas aprendido cuatro días tarde.

Se hizo un vacío enorme entre los dos. Fuera, la lluvia arreciaba contra los cristales, de lado, como siempre.

Y entonces hice la cosa más valiente y más estúpida de toda aquella mañana. Le conté lo que me había callado. Porque quería que supiera, exactamente, lo que había roto.

—¿Sabes lo que hice esta mañana? —dije, más bajito ya—. Antes de que apareciera Fiona con esto. Antes de saber nada. —Solté una risa horrible—. Le escribí a mi editora. Le dije que no volvía el lunes. Que necesitaba un mes más, o dos, o los que hicieran falta. Renuncié a mi vuelo, a mi mesa, a mi novela, a mi Sevilla. Esta mañana. Por ti. Me iba a quedar, Lennox. Iba a decírtelo esta noche, te iba a llevar a un sitio bonito como tú me llevaste al loch, y te iba a decir que me quedaba. Que me había enamorado de un escocés en falda y que estaba dispuesta a tirar mi vida por la ventana para ver qué pasaba contigo.

Lennox se llevó una mano a la boca. Como si le hubiera pegado un puñetazo.

—Naroa...

—Estaba en el jardín, muerta de frío, en pijama, dándole a enviar a ese correo, sintiéndome la mujer más valiente del mundo por atreverme a quedarme. —Seguían cayéndome las lágrimas y ya no me molestaba en limpiarlas—. Y resulta, que existía, sin yo saberlo desde hacía días, un papel firmado por ti para que, cuando esto se acabara, yo me fuera con una mano delante y otra detrás. Yo dándolo todo. Tú, cubriéndote las espaldas. ¿Entiendes por qué no puedo quedarme? No es orgullo, Lennox. Es que ya sé cómo termina esto. Ya lo he vivido.

—Esto no es como Álvaro. Yo no soy Álvaro.

—Álvaro me engañó con otra. Tú no me has engañado con nadie, te lo reconozco.

Me sequé la cara con la manga.

—Pero el daño se parece demasiado, ¿sabes? Es la misma sensación. La de descubrir que estabas sola en una historia que creías de dos. Que mientras tú construías algo de verdad, con las dos manos, el otro tenía una puerta de salida preparada y no pensaba contártelo.

Tragué saliva. Me ardía la garganta.

—Con Álvaro era una tía del gimnasio. Contigo es un papel de abogados. Da igual la forma, Lennox. Lo que duele es enterarte de que eras la única que iba a por todas.

Respiré hondo, aunque me temblaba todo.

—Y yo ya me juré que no me volvería a pasar. Me lo juré llorando en el suelo de mi casa de Sevilla hace tres años. Y mira. Aquí estoy otra vez. En el suelo. Llorando por lo mismo.

Él dio un paso hacia mí, pero levanté una mano.

—No.

La palabra me salió pequeña, rota, pero suficiente para detenerlo.

—Yo no quería tu casa, ni tus islas, ni tu apellido. Quería que, cuando todos hablaran de mí como de un riesgo, tú fueras el único que dijera: “No. Ella no.”

—Déjame arreglarlo. —Dio otro paso, y esta vez me cogió de los brazos, y yo no tuve fuerzas para apartarme—. Rompo ese papel ahora mismo. Lo quemo. Llamo a Hendry, lo anulamos hoy, delante de ti. Naroa, mírame. Me he equivocado. Me he equivocado como un imbécil, como un cobarde, tienes toda la razón del mundo. Pero lo que siento por ti es lo más verdadero que he sentido en mi vida. Eso no es mentira. El papel es una estupidez de un hombre asustado. Lo otro es de verdad.

—Romper el papel no arregla nada, Lennox. Ha sido la acción. —Se lo dije casi con dulzura, que fue lo que lo hizo peor—. El papel me

da igual. Rómpelo, no lo rompas, quémalo, enmárcalo. No es el papel. El papel es solo la prueba. Lo que no se arregla rompiendo nada es que, cuando tuviste que elegir entre, contármelo, fiarte de mí o cubrirte las espaldas, elegiste cubrirte las espaldas. Y no se puede volver atrás y elegir otra cosa. Eso ya lo elegiste. En las islas. Sin mí.

Y lo peor es que le creí. Ese fue el problema. Que le creí. Que sabía, mirándolo a los ojos llenos de lágrimas, que aquel hombre me quería de verdad y que el papel era, como decía, la cagada de un cobarde con miedo.

Pero da igual que le creyera. Porque yo ya había vivido esto. Ya había estado aquí, con Álvaro, sabiendo que en el fondo me quería a su manera, encontrándole excusas, diciéndome «no lo hizo con mala intención», quedándome un poco más, tragándome un poco más, hasta que no me quedó nada de mí. Y me juré, cuando salí de aquello hecha pedazos, que no volvería a quedarme donde me hicieran sentir que valía menos de lo que valía.

Y un papel que te mete en el mismo saco que a las cazafortunas, firmado a escondidas mientras te dicen «te quiero», es exactamente eso. Sentir que vales menos de lo que vales.

—Suéltame —dije.

—Naroa.

—Que me sueltes, Lennox.

Me soltó. Le costó, le vi lo que le costó abrir los dedos, pero me soltó, porque una de las pocas cosas buenas que tiene aquel hombre es que cuando le dices que pares, para. Y yo subí al cuarto de invitados, saqué mi maleta de debajo de la cama traidora, la del primer día, esa que había arrastrado hasta aquí para la boda de mi hermana convencida de que odiaba las bodas, y empecé a meter mis cosas dentro sin doblar nada, con las manos torpes, a puñados, mientras él me seguía por la casa diciendo mi nombre, pidiéndome que no me fuera así, que lo habláramos, que le diera una hora, un día, lo que fuera.

—Un café. Solo un café. Nos sentamos, y si después de hablarlo sigues queriendo irte, yo mismo te llevo al aeropuerto. Pero no te vayas en caliente. Por favor.

—Si me quedo a hablarlo, me convences. —Cerré la maleta de un tirón, y le dije la verdad más honesta de toda la mañana—. Ese es el problema, Lennox. Que me convences. Se te da bien. Me mirarías con esos ojos, me dirías que lo sientes, romperías el papel delante de mí, y yo me quedaría. Y en seis meses, o en un año, estaría otra vez encontrándote excusas para algo, tragándome otra cosa, haciéndome pequeña para caber en tu vida de millonario. Y no. Me conozco. Si me quedo a hablar, pierdo. Así que no me voy a quedar a hablar.

—Me voy a un hotel —añadí, ya con la maleta en la mano, bajando las escaleras—. Cerca del aeropuerto. Y en cuanto haya un vuelo, me vuelvo a Sevilla. El lunes o antes, me da igual.

—No hagas esto. Por favor.

Me paré en la puerta. Me giré. Estaba allí, enorme, deshecho, en mitad del salón, con la bolsa de los bollos de canela todavía sobre la mesa, y me miraba como se mira algo que se te está cayendo por un barranco y no llegas a agarrar.

—¿Sabes cuál es tu problema, Lennox? —dije, con la maleta en la mano—. Que no sabes que querer a alguien es dejar que te vea entero, con dinero y sin dinero, y arriesgarte a que te haga daño. Yo me arriesgué contigo. Bajé el muro entero. Y tú, mientras yo lo bajaba, estabas construyendo el tuyo con un abogado. —Abrí la puerta, y la lluvia entró de lado, mojándome la cara, confundándose con lo otro—. Quédate tus bollos.

Y salí a la lluvia horizontal de las Highlands, arrastrando una maleta por la gravilla, sin paraguas, sin plan, con el corazón hecho añicos por segunda vez en tres años, mientras a mi espalda un hombre enorme se quedaba en la puerta de una casa que no era suya, sin atreverse a seguirme, viendo cómo me marchaba bajo un cielo que lloraba de lado, igual que el primer día, cuando aquel sitio no era

más que un pueblo raro y frío al que había venido a regañadientes a una boda que no quería.

No miré atrás. Me juré que no miraría atrás.

Y no lo hice. Aunque me costó la vida.



CAPÍTULO 16: EL ASIENTO DEL PASILLO

El hotel del aeropuerto era de esos sitios sin alma que existen solo para pasar por ellos, con moqueta gris, un cuadro de un barco y un olor a ambientador de mentira que quería ser lavanda y era tristeza embotellada. Perfecto, en realidad, para cómo me sentía yo.

Llegué en taxi, empapada, con la maleta chorreando, y me registré con la cara de alguien que acaba de salir de un accidente, que era exactamente lo que era. La chica de recepción me miró con lástima y no me hizo preguntas, lo cual le agradeceré toda la vida. Subí a la habitación, cerré la puerta, me senté en el borde de la cama sin quitarme el abrigo mojado, y me quedé mirando el cuadro del barco durante lo que podrían haber sido diez minutos o dos horas, sin llorar, sin pensar, vaciada.

El teléfono llevaba vibrando desde que salí de la casa. No lo miré hasta que se hizo de noche.

Cuando por fin lo cogí, tenía once llamadas perdidas de Lennox. Y mensajes. No me los leí todos, porque no tenía cuerpo para leerlos todos, pero los fui viendo pasar por la pantalla como se ve pasar el paisaje desde un tren, sin pararme en ninguno. «No te vayas así, por favor.» «Lláname cuando puedas, aunque sea para gritarme.» «He llamado a Hendry.» «Naroa, di algo.» «Aunque sea un insulto. Lo que quieras.» Y el último, el que me remató del todo: «He roto el papel. Tengo las fotos para enseñártelas cuando quieras. Aunque sé que no es el papel. Lo sé. Perdóname.»

Y después de leer ese, apagué el teléfono, porque cada palabra suya era como apretar un moratón, y me hice un ovillo encima de la colcha, con el abrigo puesto todavía, y por fin me solté a llorar como no me había soltado en tres años. Lloré por él, y por mí, y por la mujer idiota y feliz que había sido aquella misma mañana, cantando a Rocío Jurado en una cocina prestada, haciendo planes de Navidades. Aquella mujer me daba una pena horrible. Era como llorar por otra persona.

Llamaron a la puerta a las diez de la noche.

—Naroa, ábreme, que sé que estás ahí. Me lo ha dicho la de recepción.

Era Claudia.

Le abrí porque a Claudia no se le puede no abrir, y en cuanto crucé el umbral se me echó encima y me abrazó tan fuerte que me hizo daño, y ahí, en sus brazos, en aquel pasillo de moqueta gris, me volví a deshacer entera.

—Ay, mi niña —decía, meciéndome como a una cría—. Ay, mi niña, ven aquí, ya está, ya está.

Nos sentamos en la cama. Ella me quitó el abrigo mojado que yo seguía sin quitarme, me envolvió en una manta del hotel, pidió a recepción un té y unas galletas como si estuviéramos en un balneario y no en el fin del mundo, y me sonó los mocos con un pañuelo como cuando yo tenía seis años y ella nueve. Y cuando por

fin me calmé un poco, le conté todo. Lo del dinero. Lo de la destilería. Lo del blindaje. La fecha. Fiona. Todo.

Claudia escuchó sin interrumpir, que en ella es un récord olímpico. Se le fue cayendo la mandíbula por tramos. Cuando llegué a lo de la destilería y los barcos abrió la boca para decir algo y la volvió a cerrar. Cuando llegué a lo del blindaje y la fecha, se le pusieron los ojos como platos. Y cuando terminé, se quedó un momento callada, procesando, con esa cara que ponía de pequeña justo antes de tirarse a la piscina de cabeza.

—A ver si me entero —dijo—. ¿Lennox es supermillonario? ¿Millonario de verdad? ¿De destilerías y barcos?

—De verdad.

—O sea que mis teorías eran una mierda. No era contrabandista. Era rico. Riquísimo. —Se quedó pensando un segundo—. Qué decepción, oye. El contrabandista tenía más glamour. Yo ya me lo imaginaba con una lancha y un cargamento de salmón ilegal, y resulta que era un señor de traje que sale en el Financial Times. Menudo bajón.

—Claudia.

—Perdón. Perdón, es que estoy en shock. —Se pasó las manos por la cara—. ¿Y el papel ese? ¿Me estás diciendo que ese... que ese pedazo de animal fue a las islas, después de haberse liado contigo, después de decirte que te quería, a firmar un documento para que tú no le sacaras un duro? ¿Nos pagó a nosotros una boda en un castillo, un dineral, y a ti te blinda como si fueras una ladrona?

—Ese es el resumen, sí.

Claudia se levantó de la cama. Empezó a andar de un lado a otro de la habitación, que es lo que hace cuando está a punto de estallar, y estalló.

—Pero será hijo de... —Se contuvo, porque la abuela Sinclair le caía bien y no quería insultar a la familia entera—. Es que me lo llevo por delante. Mañana mismo voy a esa casa y le arranco la barba pelo a pelo. ¡Con lo que ha llorado mi hermana! ¡Con lo que le ha costado a mi hermana abrirse otra vez después del cabrón de Álvaro! Y va este

señor feudal con su castillo y sus barcos y la mete en el mismo saco que a la lagarta de Fiona. ¡Le voy a decir a Marcus que se busque otra familia! ¡Que devuelvo el apellido!

—El apellido no se devuelve, Claudia.

—Pues lo tiro a la basura. Algo haré. —Cogió una galleta de las que había traído recepción, la miró con odio como si tuviera la cara de Lennox, y se la comió de un bocado con una violencia que daba miedo—. Es que me hierve la sangre. ¿Tú sabes la de veces que le he defendido yo a ese hombre delante de la gente? «No, si Lennox es un cielo, si es tímido, si en el fondo es un trozo de pan.» ¡Un trozo de pan con un despacho de abogados escondido!

—Claudia, no la pagues con Marcus, que él no ha hecho nada.

—Marcus lo sabía. —Claudia se paró en seco—. Lo del dinero, digo. Tuvo que saberlo. Es su hermano. Han crecido juntos. —Se le puso una cara nueva, entre dolida y peligrosa—. O sea que estoy casada con un hombre cuya familia tiene medio condado y a mí me han dejado creer que eran cuatro señores del campo con una casa grande. Ese Marcus también va a tener una conversación conmigo esta noche, no te creas. Por teléfono. Larga. Cara.

—No montes un cristo por mí. Bastante tengo.

Se sentó otra vez a mi lado. Me cogió las manos. Y por un momento dejó de hacer la graciosa y la furiosa, y fue solo mi hermana mayor, la que me conocía mejor que nadie en el mundo.

—Naroa. Escúchame. Yo estoy de tu lado, siempre, pase lo que pase. Si tú me dices que ese hombre es un cerdo y que no lo quieres volver a ver, mañana le corto yo misma las ruedas del coche y no volvemos a hablar de él. Pero necesito preguntarte una cosa, y necesito que me contestes de verdad, no con la cabezonería que has heredado de papá. —Me apretó las manos—. ¿Tú lo quieres?

Y ahí, no pude mentir. Porque a Claudia se le puede mentir sobre muchas cosas, pero no sobre esa, porque me conoce la cara.

—Sí —dije, en un hilo—. Lo quiero. Muchísimo. Y por eso me tengo que ir. Porque si me quedo, lo perdono. Y si lo perdono, vuelvo a ser

la tonta que se quedó con Álvaro encontrándole excusas hasta que no quedó nada de ella. Y no puedo, Claudia. No puedo volver a ser esa. Prefiero irme queriéndolo a quedarme y que me destroce poco a poco.

Claudia me miró un rato largo. Y luego, en vez de discutírmelo, en vez de convencerme como habría hecho cualquiera, hizo algo mejor: asintió.

—Vale —dijo—. Pues nos vamos a Sevilla.

—¿Nos?

—¿Tú te crees que te voy a dejar coger un avión sola en este estado? Marcus se apaña unos días sin mí. Le vendrá bien pensar en todo lo que se ha callado. —Se levantó, muy decidida, y empezó a recoger mis cosas de la maleta abierta para doblarlas en condiciones, porque no soporta una maleta mal hecha ni en una crisis existencial—. Te acompaño a Sevilla, te dejo instalada, me aseguro de que comes algo que no sea helado directamente del bote, y vuelvo cuando estés mejor. Y ni una palabra más. Somos hermanas. Esto es lo que hay.

No me quedaron fuerzas para discutírselo. Y tampoco quería. Porque de repente, la idea de no hacer aquel viaje sola me pareció lo único bueno de todo el día.

Cambiamos mi vuelo para dos días después y compramos otro para ella en el mismo avión. Era los dos días que Claudia necesitaba para dejar a Marcus con la casa, un discurso y varias advertencias. Y esos dos días, encerrada en el hotel del aeropuerto con mi hermana, viendo películas malas y comiendo fatal, fueron a la vez los peores y, de una manera rara, los más llevaderos de mi vida.

Claudia se instaló en mi habitación como un comando de rescate emocional. Trajo su maleta, colonizó la mitad de mi armario, pidió room service a horas indecentes y me obligó a ver tres comedias románticas seguidas «para reprogramarte el cerebro», sin darse cuenta, la pobre, de que ver comedias románticas cuando acabas de dejar la tuya propia es una forma refinada de tortura. Lloré con

todas. Ella lloró conmigo, más que yo, porque Claudia llora hasta con los anuncios. Y entre película y película, me hablaba de cualquier cosa menos de Lennox, que era su manera de estar a mi lado sin apretarme el moratón.

Lennox siguió llamando. Yo seguí sin cogerlo. Claudia me quitó el teléfono el segundo día «para que no cayeras en la tentación», y lo usó ella para mandarle un único mensaje que no me enseñó pero que, por su cara al escribirlo y por la sonrisita de justicia que se le quedó después, no debía de ser precisamente cariñoso.

—¿Qué le has puesto? —le pregunté.

—Cosas de cuñada a cuñado. No te incumbe. —Guardó el móvil—. Digamos que le he explicado, con detalle andaluz, dónde se puede meter su destilería.

El día del vuelo, en el aeropuerto, mientras esperábamos en la puerta de embarque, elegí asiento. Pasillo. Cerca de la salida. Como siempre. Como toda mi vida. Y Claudia, que me vio hacerlo por encima del hombro, me quitó el móvil de las manos, cambió mi asiento a ventanilla y me lo devolvió sin decir nada.

—¿Por qué has hecho eso? —protesté.

—Porque llevas toda la vida eligiendo el asiento del pasillo, cerca de la salida, por si tienes que salir corriendo —dijo, guardándose el suyo—. Y mira lo bien que te ha ido. A lo mejor va siendo hora de que te sientes en la ventanilla y mires el paisaje, aunque no puedas escaparte tan rápido.

—Muy filosófica te veo para ser las siete de la mañana.

—Me lo dijo la abuela Sinclair, la verdad. —Se encogió de hombros—. Llamó ayer, preguntando por ti. Muy digna, muy escocesa, pero preguntando. Y me dijo que te dijera una cosa: que su nieto es «tan bruto como bueno, y que las dos cosas suelen venir en el mismo paquete». No sé qué quería decir. Pero venía de ella, así que te lo transmito.

No le contesté. Pero cuando el avión despegó, y Escocia empezó a hacerse pequeña por la ventanilla —las colinas verdes, la niebla, en

algún punto de allá abajo un loch escondido y un pueblo donde llovía de lado y un hombre enorme y cobarde al que quería con toda mi alma—, me di cuenta de que Claudia, la muy insoportable, tenía razón otra vez.

Desde la ventanilla se ve todo lo que dejas atrás. Y duele más. Pero se ve.

Y mientras Escocia se encogía allá abajo, entre la niebla, me acordé de Angus. Del cura borracho de la boda, de los votos que se comió y volvió a inventar. «Hasta que las Highlands os separen», había dicho, y yo me había reído por dentro pensando que era un lapsus tonto de un hombre con dos botellas encima.

Pues no era ningún lapsus. Resulta que el borracho tenía razón. Al final habían sido exactamente las Highlands las que nos habían separado: aquel país de lluvia de lado, aquel pueblo, aquella casa, aquel papel firmado en unas islas frías. Las Highlands nos separaban. Palabra de reverendo.

Sevilla me recibió con treinta y cinco grados, un cielo azul sin una sola nube y ese calor espeso que se te mete en la ropa. Bajé del avión y el bofetón de aire caliente, que toda la vida me había sabido a casa, me supo aquella tarde a otra cosa. A ausencia. Porque llevaba tres semanas quejándome de la lluvia, del frío, de la humedad que me ablandaba el carácter, soñando con mi sol y mi calor y mi ciudad. Y ahora los tenía, todos, de vuelta, y lo único que sentía era que me sobraban.

Fue rarísimo. Reconocer cada esquina, cada bar, el olor del azahar que ya se iba muriendo, el sonido de mi idioma por todas partes, la gente hablando a gritos, la vida a pleno volumen. Todo lo que había echado de menos. Todo mío otra vez. Y a la vez, todo como visto a través de un cristal, como si yo estuviera un poco fuera, mirando mi propia ciudad desde la ventanilla de un avión que no terminaba de aterrizar.

Mi piso estaba tal cual lo había dejado. Las plantas medio secas, el correo acumulado bajo la puerta, la novela de seiscientas páginas abierta por la página donde la había dejado, la misma quietud de

siempre. Mi vida entera, intacta, esperándome donde la aparqué. La había recuperado enterita.

Y estaba vacía.

Me senté en mi propio sofá, en mi propia casa, en mi propia ciudad, rodeada de todo lo mío, y me sentí más lejos de casa que en toda mi vida. Porque resulta que en algún momento de aquellas tres semanas ridículas, sin darme cuenta, mi idea de «casa» había dejado de ser un piso en Sevilla y había pasado a ser el suelo de un cuarto de invitados con una cama que sonaba y un armario rubio que roncaba bajito. Y esa casa ya no la tenía. La había dejado atrás, en un pueblo donde llovía a mares, cerrando la puerta yo misma.

Claudia se quedó una semana. Me obligó a regar las plantas, a abrir las ventanas, a comer gazpacho de verdad y no de bote, a ducharme todos los días aunque no tuviera ganas. Me sacó a la calle a rastras cuando yo lo único que quería era quedarme en el sofá criando moho. Me llevó a tomar cañas con mis amigas de siempre, que me recibieron con un cariño enorme y una curiosidad todavía mayor, porque «te fuiste a una boda tres días y has vuelto tres semanas después divorciándote de un millonario escocés, Naroa, esto da para serie». Me reí. Poco, pero me reí. Y por las noches, cuando se me caía la coraza, Claudia se metía en mi cama como cuando éramos crías y me dejaba llorar sin decirme que dejara de llorar, que es lo único que de verdad se agradece cuando estás así.

No fue mágico. No se me pasó. Pero tener a mi hermana una semana en casa fue como ponerle una tirita a algo que necesitaba puntos: no lo curaba, pero al menos no me desangraba sola.

Y cuando se volvió a Escocia, con Marcus ya perdonado a medias por teléfono, me abrazó en el aeropuerto —en el mismo aeropuerto, con los papeles cambiados, ahora era ella la que se iba y yo la que se quedaba— y me dijo al oído una cosa que no le pedí y que me guardé sin querer:

—Él sigue igual de mal que tú. Por si te sirve de algo. Marcus dice que no come, que no habla, que se pasa el día en esa casa mirando la puerta por la que te fuiste. Que ha dejado de ir a la oficina, que ni

las destilerías ni los barcos ni nada. —Me apretó fuerte—. No te digo que lo perdones. No es asunto mío y bastante lío tenéis. Te digo que estáis los dos igual de rotos, cada uno en una punta de Europa, por un papel que él ya ha quemado. Y que la abuela tenía razón: bruto y bueno, en el mismo paquete. Tú sabrás lo que haces con eso. Pero piénsalo con la cabeza fría, no con el miedo. Que tú, cuando te da por huir, no piensas: corres.

Me dio un beso, cruzó el control de seguridad, y se giró una última vez para señalarme con el dedo, muy seria, un gesto que significaba «piénsalo» y «te quiero» y «no hagas tonterías» todo a la vez.

Y se fue, dejándome sola en mi ciudad soleada, con mi vida recuperada, mi novela a medias y un hueco enorme con forma de escocés en falda que ni el sol de Sevilla, ni el gazpacho, ni las seiscientas páginas conseguían rellenar.



CAPÍTULO 17: LAS CARTAS

Resulta que se puede vivir con el corazón roto. Es una de esas cosas que una descubre a la fuerza. No es agradable, pero se puede. Te levantas, te duchas, contestas correos, corriges novelas ajenas llenas de duques y de institutrices que se enamoran sin complicaciones legales, comes algo, finges por teléfono que estás estupenda, te acuestas, y al día siguiente vuelves a empezar. El truco está en no pararse. Porque en cuanto te paras, en cuanto hay un hueco de tres minutos sin nada que hacer, aparece él. Su risa. Su manera de decir mi nombre. La cama que sonaba... Y hay que volver a levantarse y buscar algo que fregar.

La novela que estaba corrigiendo, para colmo de coñas del universo, era una romántica histórica de seiscientas páginas en la que un vizconde arrogante y una joven sin fortuna se enamoraban a lo largo de treinta capítulos de miradas, bailes y malentendidos, para acabar casándose en la última página bajo una lluvia de pétalos. Me pasaba el día metiendo comas y quitando cursis en una historia de amor perfecta mientras la mía se había ido al garete con papeleo de por

medio. Había pasajes que no podía ni leer. «Él la miró y supo que jamás la dejaría marchar.» Ya. Claro. Pues anda que no marchan, guapo. En los márgenes, donde debía anotar correcciones de estilo, me sorprendí más de una vez escribiendo cosas como «esto en la vida real no pasa» o «pídele que firme algo antes de fiarte, bonita», y tuve que borrarlas antes de mandarle el archivo a la editora, no fuera a pensar que su correctora estrella se había vuelto loca. Que un poco sí.

Las dos primeras semanas en Sevilla las pasé así, en modo supervivencia, fingiendo delante de todo el mundo. Delante de mis amigas, que me sacaban a cañas y me trataban con la delicadeza con la que se trata a un jarrón con una raja. Delante de mi madre, sobre todo, que ya andaba sin las muletas, pero cojeando aún del tobillo, y que me miraba con esa cara de radar materno que lo detecta todo aunque no le cuentes nada.

—A ti te pasa algo —me dijo, el primer domingo, mientras comíamos en su casa.

—No me pasa nada, mamá.

—Naroa, que te parí. Que sé cuándo estás mala aunque me digas que estás bien. Has vuelto de esa boda rara y estás apagada. ¿Qué ha pasado en Escocia?

—Nada. Que llueve mucho.

—Llueve mucho. —Mi madre repitió mis palabras masticándolas, sin creérselas ni por asomo—. Mira, hija, yo me rompí el tobillo tres días antes de la boda de tu hermana y no pude ir, y me quedé con una espinita clavada de no ver a mis niñas casadas las dos. Pero ahora te miro la cara y pienso que igual me libré de algo. ¿Qué te han hecho allí?

—Nadie me ha hecho nada, mamá.

—Los hombres. —Lo dijo como quien nombra una plaga—. Siempre es un hombre. Se te ve en la cara, que la tienes de haber querido a alguien que no lo merecía. Esa cara la conozco. La tuve yo con tu padre antes de conocer a Manolo.

Mi madre me miró por encima de las gafas, no se creyó ni una palabra de mis evasivas, pero tampoco insistió, porque es de esas madres sabias que saben que a los hijos hay que esperarlos, no sacarles las cosas con sacacorchos. Se limitó a ponerme otra ración de guiso que yo no había pedido y a decir, como quien no quiere la cosa:

—Pues cuando quieras contármelo, aquí estoy. Y si hay que ir a Escocia a partirle la cara a alguien, tú avisas, que el tobillo ya casi lo tengo bien y me quedan ganas de estrenar bota nueva.

Le sonreí, y por un momento estuve a punto de contárselo todo y llorar en su regazo como cuando tenía ocho años. Pero no lo hice. Me guardé el guiso, me guardé las lágrimas, y me fui a casa a seguir fingiendo.

La primera carta llegó un martes.

La encontré en el buzón entre la publicidad de una pizzería y una factura de la luz, y supe lo que era antes de tocarla, porque el sobre tenía sellos escoceses y mi nombre escrito a mano con una letra grande, torpe, de hombre que no escribe cartas a menudo. Se me paró el corazón en mitad del portal. Me quedé mirando el sobre un rato largo, con la publicidad de la pizzería temblándome en la otra mano, debatiéndome entre tirarlo sin abrir a la basura, que era lo sensato, y abrirlo, que era lo que me pedía el cuerpo.

Gané yo la de sensata. Subí a casa, dejé la carta sobre la mesa de la cocina, boca abajo, para no verle ni mi nombre, y me juré que no la abriría. Que ya había tenido bastante con lo suyo. Que un hombre que te blindas a escondidas no merece ni que le leas las cartas.

Aguanté seis horas.

Seis horas dando vueltas por el piso como un tigre enjaulado, fingiendo que corregía al vizconde de las narices, levantándome cada media hora con la excusa de un vaso de agua para pasar por delante de la cocina y mirar el sobre de reojo, como se mira una tarta cuando estás a dieta. Lo cambié de sitio dos veces. Lo metí en un cajón para no verlo. Lo saqué del cajón porque no verlo era peor.

Y a las doce de la noche, derrotada, me senté en el suelo de la cocina con la espalda contra los armarios, y lo abrí.

La abrí en pijama, con un nudo en el estómago, diciéndome que la leía solo para poder odiarlo con más argumentos. Y no era lo que esperaba. No era una carta de súplica. No era un «vuelve, por favor, no puedo vivir sin ti» de los que se escriben para dar pena. Era otra cosa. Era Lennox, por fin, contándomelo todo. Lo que no me había contado en tres semanas de convivencia, lo que se había callado en el loch, lo que me había pedido tiempo para decirme y nunca dijo. Todo. Por escrito. Sin que yo se lo pidiera y sin poder cortarlo yo con un portazo.

Me hablaba de su padre. De verdad, esta vez, sin el resumen bonito para primera cita. Me contaba cómo lo encontró muerto en el despacho, cómo tuvo que identificarlo, cómo a la semana ya había buitres a su alrededor midiendo cuánto valía ahora que era el heredero. Me contaba el pánico de aquellos primeros años, las noches sin dormir, la gente que se acercaba con la sonrisa puesta y la mano abierta. Me contaba lo de Fiona sin adornos: que se dejó querer por ella porque era cómodo no arriesgar nada, tener a alguien al lado sin abrirle la puerta de verdad. Y me contaba, con una honestidad que dolía leer, lo que le pasó conmigo.

«Contigo se me rompió el sistema —escribía, con esa letra torpe—. Llevaba seis años protegiéndome de todo el mundo, y llegaste tú con tu vestido raro y tu mala leche y en tres días ya no sabía protegerme. Y en vez de alegrarme, me dio pánico. El pánico de mi padre, el de que todo se puede perder en un segundo. Así que hice lo único que sabía hacer con el miedo: firmar un papel. Fui a las islas y me blindé contra ti como un cobarde, no porque pensara que ibas detrás de mi dinero, sino porque no soportaba la idea de necesitarte tanto y quedarme sin red. Fue lo más ruin que he hecho nunca. Y lo peor es que, mientras lo firmaba, ya sabía que te quería. Ya lo sabía. Firmé sabiéndolo. Eso no tiene perdón, y no te escribo para pedírtelo.»

Me quedé mirando esa última frase mucho rato. «No te escribo para pedírtelo.» Y más abajo, al final, lo remataba:

«Te escribo porque me dijiste una cosa el día que te fuiste que no se me va de la cabeza. Me dijiste que querer a alguien es dejar que te vea entero y arriesgarte a que te haga daño. Y tenías razón. Yo nunca me he dejado ver entero por nadie. Ni por mi madre. Así que voy a hacerlo ahora, aunque llegue tarde y aunque no sirva de nada. Te voy a contar quién soy, todo, sin blindarme, sin protegerme, sin letra pequeña. Y si un día decides usarlo para hacerme daño, adelante. Me lo he ganado. Prefiero que me veas entero y me odies a seguir escondiéndome y que me quieras a medias. Tú me enseñaste eso. Tarde, pero me lo enseñaste. Lennox.»

Debajo de la firma, en una posdata escrita más pequeño, como quien añade algo que no se atreve a decir en el cuerpo de la carta, ponía: «P.D.: No voy a ir a Sevilla a montarte una escena en la puerta de tu casa. Sé que lo odiarías. Sé que pensarías que te estoy acorralando otra vez, y ya te acorralé bastante con lo del papel. Así que no voy a aparecer. Voy a escribirte. Y voy a esperar. Todo el tiempo que haga falta. Si algún día quieres que pare, dímelo y paro. Pero mientras no me lo digas, voy a seguir aquí, contándote cosas, por si sirve.»

Y ahí, en el suelo de mi cocina de Sevilla, a la una de la madrugada, en pijama, con la carta temblándome en las manos, me eché a llorar por él, y no de rabia, esta vez. De otra cosa.

Porque el muy desgraciado había hecho exactamente lo que yo le había echado en cara que no supo hacer. Se había desblindado. Se había puesto entero encima de la mesa, a pecho descubierto, sin abogado, sin fecha, sin red. Justo lo que le pedí. Justo lo que él era incapaz de hacer.

Y lo había hecho cuando ya no ganaba nada con ello. Cuando yo estaba a dos mil kilómetros y no le cogía el teléfono.

No contesté la carta. Que quede claro. No soy tan fácil, ni tan tonta, ni tan rápida. Una carta bonita no borra un blindaje, igual que un ramo de flores no borra una infidelidad, y yo ya había perdonado

demasiadas cosas en mi vida por una frase bien puesta. Doblé la carta, la volví a meter en su sobre, y la guardé en un cajón. Y me dije que hasta ahí. Que ya la había leído, que ya sabía su versión, y que con eso me bastaba.

Me lo repetí, además, en voz alta, delante del espejo del baño, como una loca, porque necesitaba oírmelo para creérmelo. «Naroa, una carta no es nada. Escribir es fácil. Cualquiera escribe bonito cuando ya lo ha perdido todo. Lo difícil es no firmar el papel el día que tocaba, y ese día él eligió firmarlo.» Y tenía razón mi yo del espejo. La tenía toda. El problema es que mi yo del espejo hablaba desde la cabeza, y en algún punto de aquellas tres semanas mi cabeza y mi pecho habían dejado de estar de acuerdo en nada, y cada uno tiraba para su lado dejándome a mí en medio, descuartizada como en una feria.

Aquella noche dormí con la carta en el cajón de la mesilla, no en el del salón. Me dije que era para tenerla controlada. No era para tenerla controlada. Era para tenerla cerca. Pero eso no se lo confesé ni al espejo.

Pero a los cuatro días llegó la segunda.

Y esta vez no aguanté seis horas. Aguanté seis minutos.

La segunda carta no hablaba de él. Hablaba de mí. De cosas que yo no sabía que él había visto. «Te ríes tapándote la boca cuando algo te hace mucha gracia, como si te diera vergüenza reírte tan alto. Nada más verte, en la boda, pensé que era la cosa más bonita que había visto nunca, y me enfadé conmigo por pensarlo.» Cosas así. Cuatro páginas de cosas así. De un hombre que decía no saber mirar a nadie y que resultó que me había estado mirando a mí todo el tiempo, guardándose los detalles como quien guarda monedas en un bolsillo.

A la semana llegó la tercera. Y después empezaron a llegar más, con fechas separadas por pocos días, aunque el correo las trajera a su ritmo. Nunca pedía nada. Nunca decía «vuelve». Nunca preguntaba por qué yo no contestaba. Solo escribía, y escribía, y seguía

escribiendo, como quien echa cartas a un pozo sin saber si hay agua abajo.

Cada carta era distinta. Una me contaba la historia de la destilería, de su bisabuelo que la fundó con cuatro barriles y una mula, como disculpándose por no habérmelo enseñado cuando pasamos por delante y yo dije aquello de «imagínate ser el dueño de eso». Otra me hablaba del pueblo, de Brodie, que según él andaba insoportable echándome de menos y amenazando con ir a buscarme a Sevilla «a por la única clienta que le reía las gracias». Otra, la que más me dolió, era cortísima: solo cuatro líneas para decirme que había vuelto al loch de su padre, solo, y que esa vez el sitio no lo había calmado nada, por más que se sentó en la misma piedra de siempre, porque ahora también estaba yo allí, en aquella roca, aunque no estuviera.

Y yo, que me había jurado no ablandarme, empecé a hacer una cosa que me delataba y que me negaba a mí misma: empecé a esperarlas. A bajar al buzón con el corazón en la boca. A decepcionarme los días que no había carta y a guardarlas todas, sin contestar ninguna, en un cajón que cada semana pesaba un poco más. Las releía por las noches. Me sabía frases enteras de memoria. Y me odiaba por ello, porque una mujer con dignidad no se aprende de memoria las cartas del hombre que la tomó por interesada. Pero ahí estaba, aprendiéndomelas.

Claudia me llamaba a menudo, oficialmente para ver cómo estaba, extraoficialmente para hacer de espía doble.

—¿Te siguen llegando? —me preguntó una noche.

—¿El qué?

—No te hagas la tonta conmigo, Naroa García. Las cartas. Marcus dice que su hermano se pasa las noches escribiéndote y que ha vaciado la papelería del pueblo de sellos. Que la mujer del estanco ya le pregunta que para quién son tantas.

Me quedé callada, lo cual con Claudia es una confesión completa.

—Ay, madre —dijo, encantada—. Que le lees las cartas. Que las guardas. Lo sabía.

—Las leo para saber por dónde va. Punto. No significa nada.

—Ya, ya. Y yo me acuesto todas las noches con Marcus por el bien de la paz mundial. —Bajó la voz—. Naroa. En serio. ¿Cómo estás?

Y le dije la verdad, porque a Claudia a esas horas y a esa distancia se le puede decir la verdad.

—Estoy hecha polvo, Claudia. Lo echo de menos como si me faltara un órgano. Leo sus cartas y quiero coger un avión. Y luego me acuerdo del papel, de la fecha, de cómo me sentí al verlo, y se me pasan las ganas. Estoy atrapada entre lo que siento y lo que sé. Y no sé cuál de los dos tiene razón.

—A lo mejor no se trata de que uno tenga razón —dijo mi hermana, más sabia de lo que ella misma se cree—. A lo mejor se trata de decidir con cuál de los dos prefieres vivir. Puedes tener toda la razón del mundo y estar sola en tu piso de Sevilla releyendo cartas a las tres de la mañana. O puedes arriesgarte a equivocarte. Tú sabrás qué prefieres.

—Eso es muy fácil decirlo desde tu lado, que a ti Marcus no te blindó.

—A mí Marcus me ocultó que su familia tiene medio condado, no te creas que me hizo gracia. —Suspiró—. Nadie es perfecto, Naroa. Ni siquiera los buenos. La cuestión no es si te van a fallar. Te van a fallar, seguro, todos, de una manera o de otra. La cuestión es si, cuando fallan, se dan cuenta y arreglan lo que rompieron. Y ese hombre lleva tres semanas de rodillas arreglando. Por carta. Con su letra de patas de araña. Yo solo digo eso.

No supe qué contestarle. Colgué, me fui a la cama, y me quedé mirando el techo de mi cuarto de Sevilla, con el cajón de las cartas al otro lado de la pared pesándome como si tuviera vida propia, pensando en un hombre enorme al otro lado de Europa que se pasaba las noches contándole a un folio quién era, por si algún día el folio le contestaba.



CAPÍTULO 18: LA CARTA QUE MANDÉ YO

Pasó un mes. Un mes entero de cartas tuyas y de mi empeño cabezota en no contestarlas, de bajar al buzón fingiendo que iba a por el correo normal, de corregir vizcondes ajenos y de fingir delante de todo el mundo que estaba estupenda. Y en ese mes fui empeorando de esa manera callada en la que empeora la gente que sabe disimular. Comía poco. Dormía peor. Me reía en los sitios donde tocaba reírse, con medio segundo de retraso, como quien traduce el chiste antes de captarlo. Mis amigas dejaron de tratarme como a un jarrón con una raja y empezaron a tratarme como a alguien que ya casi está bien, que es peor, porque entonces te toca fingir a jornada completa.

La única que no se dejaba engañar era mi madre.

Mi madre me sacó la verdad un domingo de septiembre, entre el gazpacho y el flan, con la misma técnica de asedio paciente que

lleva usando conmigo desde que aprendí a mentirle, que fue más o menos a los cuatro años.

No fue un interrogatorio. Fue peor. Fue amabilidad. Llevaba tres domingos poniéndome doble ración de todo, sin preguntarme nada, dejándome fingir que estaba bien, hasta que aquel domingo, cuando ya recogíamos la mesa, me puso una mano en el brazo y me dijo, sin mirarme, mientras apilaba platos:

—Naroa, hija, llevas un mes con esa cara de perro apaleado. Y yo ya soy mayor. No sé cuántos domingos me quedan de verte fingir que estás bien. Así que hazme el favor de contarme qué te pasó en Escocia antes de que me muera de vieja con la duda.

—Mamá, no te vas a morir.

—Eso no lo sabe nadie, hija. Cualquier día. Y me iría más tranquila sabiendo qué te ha puesto esa cara. —Dejó los platos en el fregadero y se giró hacia mí, apoyada en la encimera, con los brazos cruzados—. Y no me digas que es la lluvia de allí, que ya me lo has dicho tres domingos y ni tú te lo crees.

Y no sé si fue el chantaje de la muerte, que mi madre despliega con una falta de escrúpulos admirable, o que llevaba un mes reventándome por dentro, pero se me llenaron los ojos de lágrimas, dejé el plato que tenía en la mano antes de que se me cayera, me senté en la silla de la cocina, y se lo conté todo. Todo de verdad. Lennox. La boda borracha. Las tres semanas. El apagón. El te quiero. El día que decidí quedarme. Y el papel. La fecha. Fiona. La huida.

Mi madre me escuchó de pie, apoyada en la encimera, sin interrumpir, secándose las manos en el delantal muy despacio, que es lo que hace cuando está pensando en serio. Y cuando terminé, cuando solté por fin el «y me vine a Sevilla y aquí estoy» y me quedé vacía y temblando, ella no dijo nada de lo que yo esperaba.

No dijo «qué cerdo». No dijo «hiciste bien en irte». No dijo «olvídalo, hay más peces en el mar».

Se quitó el delantal, se sentó enfrente de mí, me cogió las dos manos por encima de la mesa, y me dijo:

—¿Y tú por qué te fuiste?

—¿Cómo que por qué me fui, mamá? ¿No has oído lo del papel?

—Sí. He oído lo del papel. Un papel feo, de un hombre asustado. —Me apretó las manos—. Pero yo te he preguntado otra cosa. Te he preguntado por qué te fuiste tú. No qué hizo él. Qué hiciste tú.

—Me fui porque... —y me quedé con la boca abierta, porque de repente no me salía la respuesta que llevaba un mes repitiéndome— porque no podía quedarme. Porque me habría convertido en la tonta que perdona.

—O porque saliste corriendo. Como sales corriendo siempre. —Lo dijo sin ninguna crueldad, con esa dulzura terrible que solo tienen las madres cuando te dicen la verdad que no quieres oír—. Hija mía, yo te quiero más que a nada en este mundo. Pero llevas huyendo desde que Álvaro te rompió. Y ahora aparece un hombre que consigue que se te remueva todo por dentro, y a la primera de cambio, en cuanto mete la pata, coges tu maleta y a correr otra vez. Como siempre. Como con todo.

—No es lo mismo, mamá. Él me traicionó.

Mi madre se quedó mirándome un rato, despacio, como si estuviera eligiendo muy bien por dónde entrar para no hacerme sentir peor.

—Te hizo daño, sí. Y mucho. Eso no te lo discuto, hija. Un hombre que firma algo así a escondidas te rompe la confianza. Pero no me lo metas en el mismo cajón que a Álvaro, porque no es el mismo cajón. Álvaro no te quería bien y te lo escondió durante años. Este, por lo que tú me cuentas, te quiere y se asustó como un cobarde. Lo hizo fatal. Fatal. Pero no es lo mismo que no quererte.

—Pero ¿y si me vuelve a fallar? —dije, y me salió la voz de niña pequeña—. ¿Y si vuelvo, y lo perdono, y en un año hace otra cosa, y me quedo sin nada otra vez?

—Pues te vuelves a ir. —Mi madre se encogió de hombros, como si fuera la cosa más simple del mundo—. Nadie te está pidiendo que firmes en sangre para toda la vida. Se prueba. Se ve. Si te falla de verdad, te vas. Pero irte antes de darle la oportunidad de demostrarte que ha cambiado no siempre es dignidad, Naroa. A veces es miedo sin más.

Se quedó callada un momento, mirando la ventana, y cuando volvió a hablar lo hizo más bajito, como quien saca del fondo del armario una cosa que hace tiempo que no toca.

—Yo me casé con tu padre teniéndole miedo a todo, y me fue fatal. Ya lo sabes. Un hombre que no era malo, pero que no me miraba. Que estaba y no estaba. Y yo aguanté doce años, y de aguantar aprendí a hacerme pequeña, a no molestar, a no pedir, hasta que un día me miré al espejo y no me reconocí. Cuando me separé, me juré que no volvería a arriesgarme con nadie. Que prefería estar sola. Igual que tú ahora. Igualita. —Me miró—. Y estuve sola siete años, muy digna y muy segura y muy triste. Hasta que apareció Manolo, con su bigote ridículo y su taller de motos, y me entró el mismo pánico de siempre. Pero esa vez, en vez de salir corriendo, me quedé quieta el tiempo suficiente para ver qué clase de hombre era. Y resultó que era de los que se quedan. Llevo veinte años con él, hija. Veinte años. Y todos los días le doy gracias a la Naroa asustada de entonces por haberse quedado quieta una vez en la vida.

—Manolo no te blindó, mamá.

—Manolo me dejó tirada en una gasolinera de Despeñaperros a los seis meses de estar juntos, por una discusión de tontos, y tuve que volver en autobús echando pestes de él. —Mi madre soltó una risa—. Todos meten la pata, Naroa. Todos. La cuestión no es que no la metan. La cuestión es lo que hacen después. Manolo apareció en mi casa al día siguiente con flores, más avergonzado que un perro, y no volvió a hacerme una cosa así en veinte años. Aprendió. Eso es lo que se le pide a un hombre. No que sea perfecto. Que aprenda. Me quedé mirándola, con los ojos escociéndome, porque estaba diciendo en voz alta lo que yo no me había atrevido ni a pensar.

Se levantó, recogió los últimos platos, y antes de meterse en la cocina se giró y me soltó la puntilla, esa que las madres guardan para el final:

—Ese chico lleva un mes escribiéndote cartas, según me ha contado tu hermana, que no sabe guardar un secreto ni debajo del agua. Un mes. Escribiendo a alguien que no le contesta. ¿Tú sabes lo que es eso? Eso no lo hace un hombre que te mete en un saco. Eso lo hace alguien arrepentido de verdad. Los hombres así no escriben cartas a mano, hija. Cobran y se van. Este está pagando. Déjale pagar, si de verdad lo quieres. Y si no lo quieres, díselo y que descanse el pobre, que un mes ya son ganas.

Y se metió en la cocina a fregar, dejándome sola en el comedor con toda mi vida puesta patas arriba encima del mantel de flores.

Volví a casa aquella tarde con la cabeza como una lavadora en centrifugado. Porque mi madre, con su gazpacho y su chantaje de la muerte, había puesto el dedo exactamente donde yo llevaba un mes sin querer mirar. Que yo no me había ido por dignidad. Me había ido por costumbre. Por el mismo reflejo que me hacía elegir el asiento del pasillo, cerca de la salida, toda la vida. Lennox había metido la pata, sí, pero lo que me había hecho salir corriendo no era su pata. Era mi miedo. El miedo llevaba tres años conduciendo mi vida, y yo lo había confundido con el sentido común.

Y una cosa más, la que más me escocía: mi madre tenía razón en lo de Álvaro. Yo llevaba un mes tratando a Lennox como si fuera Álvaro, cargándole a él una factura que era de otro. Álvaro no me quería y me lo escondió años. Lennox me quería y le entró el pánico y lo hizo fatal. No era lo mismo. Nunca había sido lo mismo. Y yo, en mi empeño de no volver a sufrir, los había metido a los dos en el mismo saco, exactamente igual que Lennox me había metido a mí en el saco de Fiona. Los dos habíamos hecho lo mismo. Los dos habíamos metido a alguien en un saco que no le correspondía por miedo a mirarlo de verdad.

Pero que quede clara una cosa, no vaya a parecer que me ablandé como un flan y salí corriendo a sus brazos. Decidir dejar de huir no

era lo mismo que decidir perdonarlo sin más. No pensaba volver a Escocia a caer rendida en el suelo de aquel cuarto de invitados y hacer como que no había pasado nada. Eso sí que habría sido volver a ser la tonta de Álvaro. Lo que decidí aquella noche fue más difícil y menos romántico: decidí darle una oportunidad de demostrarme que había cambiado, pero en mis términos. Despacio. Sin blindajes por ninguna de las dos partes, pero también sin rendiciones. Que se lo ganara. Que me lo demostrara. Y que, si en algún momento volvía a firmar un papel a mis espaldas o a tratarme de menos, esta vez yo me iría sin dudar y sin mirar atrás y sin guardar cartas en ningún cajón. Una oportunidad. No un cheque en blanco.

Esa noche no dormí. Saqué el cajón de las cartas. Las tenía ya ordenadas por fechas, atadas con una goma, como una adolescente, cosa que jamás confesaré. Las releí todas de una sentada, del tirón, una detrás de otra, aquella noche entera. Y no las leí buscando motivos para odiarlo, como me había mentido a mí misma que hacía. Las leí buscando al hombre. Y el hombre estaba ahí, en cada página, torpe y honesto y arrepentido, contándole a un folio quién era, a ver si el folio contestaba. En la número siete confesaba que había aprendido a hacer gazpacho «fatal, pero lo hago, y me acuerdo de ti pelando tomates y me entran ganas de tirar la olla por la ventana». En la número diez me contaba que Brodie le había puesto mi nombre a un chupito y que el muy idiota iba contándole a todo el que entraba las cosas que le había dicho a la rubia. Cosas pequeñas. Cosas de un hombre que no se rendía.

Y decidí contestar.

No fue una decisión de golpe, de esas de película, con música de violines. Fue más bien que a las cuatro de la madrugada, con las cartas desparramadas por la cama, me di cuenta de que ya la había tomado hacía rato sin querer, y de que lo único que me faltaba era el valor de admitirlo.

Cogí papel. Del bueno, no de la impresora, que para una carta importante hasta el papel importa. Cogí un bolígrafo. Y me senté a la mesa de la cocina, en el mismo sitio donde había leído su primera

carta tirada en el suelo, y empecé a escribir, y rompí cuatro intentos —uno demasiado duro, uno demasiado blando, uno donde me ponía a llorar a mitad de folio y uno donde le echaba tanto morro que parecía que le hacía un favor— y al quinto salió esto:

«Lennox:

No te escribo para decirte que te perdono, porque todavía no lo sé. Y no te voy a mentir, que ya hemos tenido bastante de eso los dos.

Te escribo para decirte que leo tus cartas. Todas. Que las guardo. Que me sé algunas de memoria y que odio saberme algunas de memoria. Que el día que contaste lo del loch me pasé la noche llorando. Y que tienes razón en una cosa: te fuiste a las islas a blindarte contra mí, sí, pero yo me fui a Sevilla a blindarme contra ti. Los dos hicimos lo mismo, cada uno a nuestra manera. Tú con un abogado. Yo con dos mil kilómetros. Tú te protegiste el dinero. Yo me protegí el corazón. Y ninguno de los dos, resulta, ha conseguido protegerse una mierda, porque yo estoy aquí igual de rota que tú.

Así que te propongo una cosa. No te prometo nada. No te digo que vuelvo. No te digo que esto se arregla. Pero sigue escribiéndome, y a ver qué pasa. Una carta cada vez. A pecho descubierto los dos, para variar.

Y si algún día vienes —que eso ya lo decidiremos más adelante, no te vengas arriba—, trae bollos de canela.

Naroa.»

La metí en un sobre. Le puse un sello, uno de los normales, feos, de la oficina de correos, nada de sellos bonitos, que tampoco era plan de ponerme yo cursi. Escribí la dirección de la casa de Claudia, que era la única de Escocia que me sabía, con una nota mental de que ya se encargaría mi hermana de hacérsela llegar, encantada de la vida de ejercer de cartera del amor.

Y a la mañana siguiente, antes de arrepentirme, antes de que mi cabeza tuviera tiempo de convencerme de que era una idiota, de que estaba tirando por la borda un mes de dignidad, de que un blindaje no se paga con cartas bonitas, bajé a la calle en pijama y

con las chanclas de estar por casa, caminé hasta el buzón de la esquina, y antes de pensarlo dos veces la eché por la ranura.

La oí caer dentro. Un ruidito tonto, de papel contra metal, el sonido más pequeño del mundo. Y me quedé un rato ahí plantada, delante del buzón amarillo, en mitad de una mañana de sol de Sevilla, con dos señoras mirándome raro porque estaba contemplando un buzón como si fuera la Giralda, y con el corazón latiéndome como si acabara de tirarme de un avión.

Que era, exactamente, lo que acababa de hacer. Otra vez. Solo que esta vez, por una vez en mi vida, no me había tirado para huir de algo.

Me había tirado hacia algo.

Volví a casa despacio, notando el sol de mi ciudad en la cara, y por una vez en todo el mes no sentí que me sobraba. Ya estaba hecho. Ya no había marcha atrás. Y en algún punto de Escocia, dentro de unos días, un hombre enorme iba a abrir un sobre escrito con mi letra e iba a saber que el folio, por fin, le había contestado.



CAPÍTULO 19: UN ESCOCÉS EN SEVILLA

Su respuesta a mi carta no llegó por carta. Llegó por teléfono, una semana después, a las once de la noche, justo cuando yo ya había decidido que mi carta le habría parecido poco, demasiado o tarde.

Sonó el móvil. En la pantalla, un número de Reino Unido que yo había borrado de los contactos para no tener la tentación, pero que me sabía de memoria de todas formas, porque una es idiota. Lo miré vibrar tres veces, con el corazón en la garganta. Y lo cogí.

—¿Sí?

Se hizo un momento de nada al otro lado. Y luego su voz, esa voz grave que llevaba un mes sonándome solo en la cabeza:

—Has escrito.

—He escrito.

—Llevo tres días leyendo tu carta cada dos horas. Brodie me ha dicho que como no haga algo la va a enmarcar en el bar, para que

todos vean lo tonto que soy.

Me reí. Se me escapó, sin permiso, la primera risa de verdad en un mes, y al otro lado del teléfono lo oí soltar el aire, como si esa risa mía le hubiera quitado un peso de encima.

—Naroa —dijo—. ¿Puedo ir?

—¿A Sevilla?

—A donde estés. Me da igual el sitio. Pero sí, a Sevilla. Tú dijiste que llevara bollos de canela. Eso es una invitación. Llevo tres días buscando cómo interpretarla de la manera más favorable para mí.

Miré el techo de mi cuarto. Pensé en todo lo que me había prometido a mí misma. En hacerlo despacio. En mis términos. En no rendirme. Y luego pensé en un mes de cartas, en el loch, en la cama que cantaba, y me di cuenta de que decir que sí no era rendirme. Era, por una vez, ser valiente.

—Puedes venir —dije—. Pero te aviso de una cosa, Lennox. Que vengas no significa que esto esté arreglado. Significa que te doy la oportunidad de arreglarlo. Es distinto.

—Lo sé.

—Y en Sevilla en septiembre hace un calor que te vas a derretir, tú que eres una estufa de butano. Que lo sepas. Aquí no llueve de lado. Aquí no llueve nada.

—Me da igual el calor.

—No te va a dar igual. Pero allá tú.

Colgamos poco después, sin grandes declaraciones, con un «hasta el jueves» que se me quedó zumbando en el pecho toda la noche. Y los cuatro días siguientes fueron un suplicio de nervios que me devolvió, con treinta y tantos años, a la Naroa adolescente que esperaba una llamada de un chico junto al teléfono de casa. Cambié las sábanas. Limpié el piso como si viniera de visita la reina. Fui a la peluquería y me arrepentí de haber ido. Descolgué el teléfono cuatro veces para decirle que no viniera, que había sido un error, que

necesitaba más tiempo, y las cuatro veces lo volví a colgar sin marcar. Llamé a Claudia en modo pánico.

—Que viene, Claudia. Que le he dicho que venga. ¿Qué he hecho?

—Has hecho lo que tenías que hacer hace un mes —dijo mi hermana, exultante—. Y ahora deja de darle vueltas y depílate las piernas, que ese hombre lleva cuatro semanas escribiendo poesía de patas de araña y se merece unas piernas suaves. Es lo mínimo.

—No me voy a acostar con él a la primera, Claudia.

—Depílate igual. Por si acaso. La esperanza es lo último que se pierde y las piernas suaves nunca sobran.

Colgué odiándola y me depilé las piernas. Por si acaso. La muy insoportable.

Vino cuatro días después.

Y aquí, es donde el universo, que tiene sentido del humor, me regaló la escena más divertida de toda esta historia. Porque durante tres semanas yo había sido la sevillana perdida en las Highlands, la que resbalaba en el barro, la que le tenía miedo a las ovejas, la que se mojaba mientras la lluvia le entraba de lado. Y ahora me tocó ver lo contrario. Me tocó ver a un highlander de metro noventa, criado entre nieblas y a doce grados de temperatura, aterrizar en Sevilla a cuarenta grados a la sombra en septiembre.

Me había mandado un par de mensajes desde que aterrizó que ya anticipaban la tragedia. «Aquí el aire quema.» «He visto un termómetro de farmacia y no me lo he creído.» «¿Vosotros cómo respiráis esto?» «Creo que me estoy cociendo por dentro como un bogavante.» Yo me reía sola con el móvil en la mano, y esa risa, después de un mes sin apenas reírme, me supo a gloria.

Quedamos en la plaza de mi barrio, en una terraza a la sombra de un naranjo. Llegué antes yo, hecha un manojo de nervios, con un vestido que me había cambiado tres veces, y lo vi venir de lejos, y casi me da un ataque de risa y de ternura a la vez. Porque venía derretido. Literalmente. Aquel hombre enorme, acostumbrado a su clima de nevera, avanzaba por la calle sevillana rojo como un

cangrejo, sudando por sitios por los que yo no sabía que se podía sudar, abanicándose con un mapa de papel doblado, con una camisa clara pegada a la espalda por completo y cara de estar cruzando el desierto del Sáhara con botas de montaña. Se había puesto, el pobre, unos pantalones largos y unos zapatos cerrados, porque un escocés no tiene ropa de cuarenta grados en el armario, y se cocía dentro de ellos como un pollo en su jugo. Llevaba una bolsa de papel en la mano, arrugada y con pinta de haber sufrido tanto como él.

Se paró delante de mí. Nos quedamos mirándonos, los dos, en mitad de la plaza, sin saber muy bien qué hacer con las manos ni con la cara ni con un mes entero de distancia. De cerca era peor: tenía la cara colorada, el pelo pegado a la frente, y una gota de sudor a punto de caerle de la nariz que le daba un aire tan poco heroico y tan tierno que se me deshizo dentro cualquier discurso digno que hubiera preparado.

—Hola —dijo, con la voz rota, y con esa gota amenazando desde la punta de la nariz—. Perdona. Estoy... me estoy muriendo un poco. No sabía que un ser humano pudiera sudar así. Creía que exagerabas con lo del calor. No exagerabas. Retiro todo lo que pensé.

—Hola —dije yo, aguantándome la risa—. Bienvenido al infierno. Se está de maravilla, ¿verdad?

—Se está a punto de combustión espontánea. —Se secó la frente con el antebrazo—. En mi pueblo, con este calor, nadie saldría a la calle. Aquí la gente hace su vida como si nada. Sois de otra pasta. Os respeto... Te he traído esto. —Me tendió la bolsa arrugada, abochornado—. Eran bollos de canela. Los compré en Edimburgo, en el aeropuerto, esta mañana, porque no me fiaba de encontrarlos aquí. Pero con el calor del avión y del taxi se han... derretido. Un poco. Bastante. —Miró la bolsa con pena—. Ahora son más bien una idea de bollos de canela. Un homenaje.

Abrí la bolsa. Dentro había una masa pegajosa e informe que en algún momento de su vida, en efecto, había aspirado a ser bollería.

Y me eché a reír, con toda el alma, tapándome la boca con la mano como él decía que hacía, mientras a él se le iba relajando la cara de susto y empezaba a reírse también.

—Son los peores bollos de canela que he visto en mi vida —dije, entre carcajadas.

—Los he traído desde Escocia. Han cruzado dos países. Han sufrido mucho. Un respeto.

—Están para tirarlos.

—Ya. —Se pasó una mano por la frente empapada—. Se parecen a mí ahora mismo, la verdad. Derretido, deforme y fuera de mi sitio.

—Anda, siéntate antes de que te dé algo, hombre.

Nos sentamos en la terraza, a la sombra del naranjo. Le pedí al camarero una cerveza bien fría y un botellín de agua, que Lennox se bebió de un trago, entero, sin respirar, como quien lleva una semana en el desierto y encuentra un oasis. Pidió otro. Se lo bebió igual. Se echó un poco por la nuca, y por un momento cerró los ojos con una cara de alivio casi indecente.

—Esto es lo único bueno que tiene tu ciudad —murmuró—. El agua fría. Lo demás es un horno.

—Ya te acostumbrarás, igual que yo tuve que acostumbrarme a ver llover todos los días.

Se rió, y por un rato, mientras se aclimataba, hablamos de tonterías, de su vuelo, del calor, de Brodie y su chupito nuevo, de la abuela que le mandaba recuerdos y una amenaza, esquivando los dos lo importante como se esquila el borde de una piscina fría antes de tirarse. Hasta que se hizo el momento, el de saltar, y saltó él.

—Naroa. —Dejó la cerveza. Me miró, muy serio de repente, con esos ojos azules que en Sevilla parecían todavía más azules—. No he venido a que me perdones sin más. Ni a convencerte con cuatro frases bonitas. He venido a contarte lo que he hecho este mes. Y luego tú decides.

—Cuéntame.

—He ido a ver a mi madre y le he contado toda la verdad. Lo mal que lo hice contigo. Sin excusas. Me ha puesto de vuelta y media, con razón, y me ha dicho que si te dejo escapar es que soy todavía más idiota de lo que aparento, que ya es decir. —Sonrió un poco, pero no intentó esconderse detrás de la broma—. Y hay una cosa más. —Rebuscó en el bolsillo del pantalón y sacó un papel doblado, arrugado de tanto llevarlo encima. —No te lo traigo para presionarte. Te lo traigo porque quiero que lo tengas tú, no yo—. Lo dejó sobre la mesa y lo empujó hacia mí—. Es una carta de Hendry. Certifica que el blindaje está anulado, destruido, y que no existe ningún otro documento, de ningún tipo, que te deje en desventaja respecto a mí. Nada. Estamos, legalmente, exactamente iguales. Si esto sale bien y algún día nos divorciamos de verdad, te llevas la mitad de todo, como en cualquier matrimonio normal. Y si sale mal, también. Ya no hay red, Naroa. Para ninguno de los dos.

Cogí el papel. No lo leí, porque no me hacía falta leerlo. Me bastaba con que existiera, con que él lo hubiera traído cruzando dos países y cuarenta grados para ponérmelo en la mano. El hombre que se había ido a unas islas a blindarse contra mí acababa de cruzar Europa para desblindarse delante de mí, encima de una mesa de terraza, sudando como un condenado.

—¿Y por qué has hecho todo eso? —pregunté, aunque sabía la respuesta—. Yo no estaba delante para verlo. Podrías no habérmelo contado.

—Lo he hecho porque tenías razón. —Se encogió de hombros, sencillo—. Querer a alguien es dejar que te vea entero. Y yo quiero que me veas entero. Con dinero, sin secretos y sin letra pequeña. Aunque decidas que no me quieres. Prefiero que me veas entero y me digas que no, a esconderme y que me digas que sí a medias.

Fuera, en la plaza, unos niños jugaban al fútbol y un grupo de señoras hablaba a gritos de sus cosas, y el sol de septiembre caía plano sobre las paredes blancas, y yo, en mitad de todo aquel ruido y aquella luz que eran mi casa, miré a aquel escocés enorme y

sudado y arrepentido, y sentí cómo se me caía la última defensa que me quedaba en pie.

Pero no se lo puse fácil. Porque me lo había prometido.

—Vale —dije—. Te creo. Todo. Y me alegro de que hayas hecho todo eso, de verdad. Pero necesito que me prometas una cosa, y que la cumplas, porque como no la cumplas no habrá tercera carta ni tercera oportunidad. Se acabó. —Me incliné hacia delante—. La próxima vez que tengas miedo, la próxima vez que te entre el pánico, vienes y me lo dices. A la cara. Aunque sea una tontería. Aunque te dé vergüenza. Me dices «Naroa, tengo miedo», y lo hablamos. Eso es lo único que te pido. No que no tengas miedo. Que me lo cuentes.

—Te lo prometo —dijo, sin dudarlo un segundo—. Por mi padre. Otra vez. Y esta vez lo cumplo. Es más, empiezo ahora. —Cogió aire, como quien se lanza—. Tengo miedo. Ahora mismo. Miedo de haber venido para nada, de que me digas que es tarde, de volverme a Escocia sin ti y pasarme el resto de mi vida arrepintiéndome de no haber hecho las cosas bien. Ya está. Dicho. Así es como se hace, ¿no?

Y ahí, se me terminó de romper la coraza. Porque el muy animal había aprendido la lección de verdad. No en teoría. En la práctica, en directo, en una terraza de Sevilla, con la voz temblándole. Me estaba enseñando su miedo en lugar de esconderlo. Justo lo que le había pedido. Justo lo único que necesitaba ver.

—Así es como se hace —dije, con un nudo en la garganta—. Muy bien. Vas aprendiendo.

—¿Y? —Me miró, con toda el alma en los ojos—. ¿Es tarde?

—Y otra cosa. —Levanté un dedo, esquivándole la pregunta, porque una tiene su orgullo—. Si volvemos a intentarlo, no vamos a vivir en casa de mi hermana en una cama que suena. Que ya somos mayores.

Se le iluminó la cara entera.

—¿«Volvemos a intentarlo»? ¿Eso ha sido un sí?

—Eso ha sido un «vamos a ver». Un «vamos a ver» con muchas condiciones y vigilancia estrecha.

—Un «vamos a ver» me vale. Con un «vamos a ver» yo trabajo. —Y entonces, aquel hombre enorme, en mitad de una terraza de Sevilla, delante de las señoras que gritaban y los niños del fútbol, alargó una mano por encima de la mesa, muy despacio, dándome todo el tiempo del mundo para apartarla, y me cogió la mía—. Gracias por dejarme venir. Aunque haga este calor infernal y aunque los bollos se hayan muerto por el camino.

Y yo no aparté la mano. La dejé ahí, entre las suyas, en la mesa de una terraza de mi ciudad, con el sol cayéndonos encima y un mes de distancia deshaciéndose despacio.

No lo besé. Todavía no. Eso me lo reservé, porque una tiene su orgullo y no se rinde a la primera cerveza. Pero le dejé la mano. Y por su cara, por cómo miró nuestras manos juntas sobre la mesa como quien mira un milagro pequeño, supe que para él, de momento, con eso bastaba.

—Bienvenido a Sevilla, escocés —dije—. Vas a pasar un calor de muerte. Te va a encantar.



CAPÍTULO 20: ESTA VEZ SIN WHISKY

Lennox se quedó una semana en Sevilla. Se instaló en un hotelito del centro, con aire acondicionado a máxima potencia que él ponía a temperatura de morgue escocesa, y me dijo que no había venido a presionarme, que se quedaba los días que yo quisiera y ni uno más, que solo quería que le diera la oportunidad de conocerme en mi terreno como yo lo había conocido a él en el suyo. Y como suena a frase de guion, tengo que aclarar que la dijo empapado en sudor y abanicándose con la carta de un bar, lo cual le quitaba toda la solemnidad y le añadía todo lo demás.

Y aquella semana fue, sin que ninguno de los dos lo dijéramos, un cortejo. El que no habíamos tenido. Porque lo nuestro había empezado al revés de todo: primero la boda, luego la convivencia, luego el enamoramiento, luego el desastre. Nunca habíamos tenido lo del principio. Las citas. Los nervios tontos. El conocerse despacio, con ropa puesta y sin una sentencia de divorcio de por medio. Nos

habíamos casado antes de tener una primera cita, que es hacer las cosas en un orden que no se lo recomiendo a nadie. Y resulta que lo del principio, cuando llega al final, con todo lo malo ya vivido y perdonado, sabe todavía mejor. Es raro cortejar a tu propio marido. Pero también es bonito, como una segunda juventud, pero con la sabiduría de saber ya lo que puedes perder.

Le enseñé mi Sevilla como él me había enseñado sus Highlands. Y disfruté como una enana viéndolo sufrir y maravillarse a partes iguales.

Lo llevé a comer tapas, y descubrí que un escocés de metro noventa no entiende el concepto de la tapa. «¿Por qué la comida viene en trozos tan pequeños? ¿Esto es un aperitivo o es la comida? ¿Pido más? ¿Cuántas se piden? ¿Hay reglas?» Le expliqué que no hay reglas, que se va pidiendo, y le entró una angustia existencial encantadora, porque un hombre acostumbrado al orden y a las manías necesita reglas hasta para comer. Se pasó la primera comida pidiendo de dos en dos, contando por lo bajo cuántas tapas equivalían a un plato normal, hasta que le quité la carta de las manos y pedí yo por los dos, y se relajó como un niño al que le hacen los deberes.

Le hice probar el salmorejo, que le encantó, y las papas aliñás, que le encantaron, y los caracoles, que no le encantaron nada. Su cara mirando un caracol en la punta de un palillo, girándolo, estudiándolo con la misma desconfianza con la que yo había mirado el instrumento del marisco en la cena de su madre. Se lo comió. Puso una cara de mártir de circo romano, pero se lo comió. Y brindamos por eso, por la justicia gastronómica internacional, con dos cañas heladas.

Lo llevé a ver flamenco, a un tablao pequeño y auténtico, de esos con cuatro sillas y mucho arte, y el hombre que tocaba la gaita se quedó hipnotizado con una bailaora, con la boca abierta y sin pestañear, y me susurró al oído que aquello era «como la gaita pero con el cuerpo», que es la definición de flamenco más rara y más bonita que he oído en mi vida. Cuando la bailaora terminó, fue el

primero en ponerse de pie a aplaudir, aquel armario rubio en mitad de un tablao sevillano, y la mujer le dedicó un saludo con la cabeza, de artista a admirador, y a Lennox se le puso una cara de emoción que me lo hizo querer un poco más.

Lo llevé a pasear por el río al atardecer, cuando por fin bajaba el calor y Sevilla se ponía dorada y soportable, y le enseñé la Giralda, y los naranjos, y mis rincones, y él lo miraba todo con esa atención de quien está memorizando un sitio porque le importa la persona que se lo enseña. Me hacía preguntas. Muchas. De la historia, de las piedras, de por qué esto y por qué lo otro, y yo me di cuenta de que le enseñaba mi ciudad con el mismo orgullo torpe con el que él me había enseñado su loch, y de que enseñarle a alguien lo que quieres es una forma de decirle «mira, esto soy yo, esto también es de donde vengo».

Y le fallé en una sola cosa: la siesta. Intenté explicarle la siesta y no la entendió. «¿Dormís? ¿En mitad del día? ¿Por gusto?» No hubo manera. Lo intenté una tarde, lo tumbé en el sofá de mi casa con el aire puesto, y a los diez minutos me lo encontré mirando el techo, muy despierto, muy angustiado, susurrando «no puedo, hay sol fuera, siento que estoy perdiendo el día». Lo dejé por imposible. Nadie es perfecto.

Pero no todo fue comedia y turismo. Porque una cosa es reírse con alguien y otra es fiarse, y a mí lo de fiarme se me había roto, y las cosas rotas no se arreglan solas por muy bien que se lo pase una. Así que hubo también, en aquella semana, conversaciones de las otras. Las difíciles. Una noche, en la terraza de mi hotel favorito, con dos cervezas y el mantel manchado, le pregunté lo que llevaba un mes queriendo preguntarle sin las cartas de por medio, a la cara.

—¿Cómo sé que no me va a volver a pasar? —dije—. Vale, has roto el papel. Has aprendido. Te creo. Pero el miedo que te hizo firmarlo sigue ahí dentro. No se va con una carta. ¿Qué pasa dentro de un año, cuando te vuelva a entrar el pánico?

Lennox no me soltó una frase bonita. Se lo pensó. Se lo pensó de verdad, dándole vueltas a la cerveza, y cuando contestó lo hizo

despacio.

—No te puedo prometer que no me vuelva a entrar el miedo —dijo—. Sería mentira, y ya nos hemos mentido bastante. El miedo lo llevo dentro desde que murió mi padre y probablemente me acompañe hasta que me muera. Lo que sí te puedo prometer es lo que hago con él. Antes lo escondía y me protegía solo. Ahora lo voy a sacar y te lo voy a poner delante. Esa es la diferencia. —Me miró—. Y si eso no te basta, lo entiendo, y no te culpo. Pero es lo único de verdad que te puedo ofrecer. Un hombre que ha decidido no mentirte más. Nada de superhéroes.

Y esa respuesta, precisamente porque no era perfecta, precisamente porque no me prometía un cuento, fue la que me terminó de convencer de que igual, solo igual, valía la pena arriesgarse otra vez. Los que te prometen que nunca te van a fallar mienten. Los que te prometen contarte cuando estén a punto de fallar, esos a lo mejor son de fiar.

El jueves lo llevé a comer a casa de mi madre. Y eso, merece capítulo aparte, pero como no lo tiene, os lo resumo.

Mi madre llevaba desde el domingo anterior amenazando con «tener unas palabritas con el escocés ese». Yo fui muerta de miedo, porque una cosa es mi madre dándome consejos sabios sobre el amor y otra muy distinta es mi madre delante del hombre que me hizo llorar un mes, con el tobillo ya curado y ganas de estrenar bota. Pero pasó lo que pasa siempre con mi madre: que es toda ladrado y ninguna dentellada. Abrió la puerta con cara de sargento, miró a Lennox de arriba abajo, que con lo grande que es tuvo que agachar la cabeza para no darse con el marco, y le soltó, en un inglés de andar por casa que se había estado practicando toda la semana:

—Así que tú eres el que hizo llorar a mi niña.

—Sí, señora —dijo Lennox, sin excusas, muy recto—. Fui yo. Y lo siento más de lo que puedo decirle.

Y a mi madre, que esperaba pelea y se encontró con un highlander enorme reconociéndolo todo a las primeras de cambio, se le

desarmó la cara de sargento en dos segundos. Porque a mi madre lo que la conquista no es que no metas la pata. Es que la reconozcas. Igual que a mí. De tal palo.

—Bueno. Pasa, anda —dijo, apartándose—. Que hay gazpacho. A ver si con lo grande que eres comes como Dios manda, no como mi hija, que come como un pajarito y por eso está siempre de mal humor.

—Mamá.

—¿Qué? Es verdad. Come, hijo, come, que en esta casa el que no come ofende.

Manolo, mi padrastro, recibió a Lennox con la solidaridad instantánea de dos hombres a los que van a interrogar las mujeres de su vida, le puso una cerveza en la mano antes de que se sentara, y a los diez minutos ya estaban hablando de motos y de whisky con esa amistad inmediata y sin palabras que les sale a los hombres buenos cuando se reconocen. Lennox le contó lo de la destilería, y a Manolo se le pusieron los ojos como platos, y le prometió mandarle una caja de la buena, y Manolo lo trató a partir de ese momento como a un hijo pródigo. Los idiomas les daban igual. Se entendían por gestos, por risas y por el lenguaje universal de dos hombres a los que les gustan los motores y el buen beber.

Lennox comió tres platos de gazpacho para caerle bien a mi madre, uno detrás de otro, con un heroísmo que me emocionó, porque yo sé lo que es forzar el estómago para conquistar a una suegra, que me había pasado con el bogavante volador. Y le cayó bien de verdad. Y cuando nos íbamos, ya de noche, ella me apartó en el pasillo, junto a la foto de mi comunión que sigue teniendo colgada para mi eterna vergüenza, y me susurró:

—Este no es como Álvaro, hija. Este mira. Se le nota que mira. Álvaro te hablaba mirando el móvil. Este no te ha quitado los ojos de encima en toda la comida, ni para comerse el gazpacho. —Me dio una palmada en la mejilla—. No la cagues tú ahora por cabezona, que sois las dos igual de tercas, tu hermana y tú, lo habéis sacado de vuestro padre.

—Ya, mamá.

—Ya, mamá, no. Que te conozco. Que en cuanto te dé miedo saldrás corriendo otra vez. —Me cogió la cara con las dos manos—. No corras, Naroa. Esta vez no corras.

El beso llegó esa misma noche.

Volvíamos andando del río, tarde, con el calor por fin rendido y Sevilla oliendo a jazmín, y nos paramos en un puente, apoyados en la barandilla, mirando el agua negra con las luces de la ciudad temblando dentro. Y fue distinto del loch, y distinto de todo. Allí, en las Highlands, el agua era quieta y antigua y me había dejado sin palabras. Aquí, mi río, mi ciudad, mi jazmín, el bullicio de fondo, la vida a todo volumen. Cada uno le había enseñado al otro su agua. Y ahora estábamos en la mía, y él la miraba como había mirado yo el loch, y yo me di cuenta de que quería enseñarle todas mis aguas, y ver todas las suyas, durante mucho tiempo.

—Naroa —dijo él, mirando el río—. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Depende.

—¿Cuánto más vas a hacerme esperar para besarte? Porque llevo desde la terraza portándome como un caballero y no sabes lo que me está costando. Cada día. Cada minuto. Es agotador ser un caballero. No sé cómo lo hace la gente. Empiezo a entender por qué hay tan pocos.

Me reí. Y me giré hacia él, apoyada en la barandilla, con las luces de Sevilla temblando en el agua a nuestros pies, y me quedé mirándolo un momento: la cara grande, la barba, los ojos azules que en la penumbra del puente se habían puesto oscuros, aquel hombre que había cruzado media Europa y se había comido un caracol por mí. Y decidí que ya estaba bien de orgullo, que el orgullo lo había usado para protegerme y ya no me hacía falta protegerme de aquel hombre, y que si algo había aprendido de mi madre y de las cartas y del mes más largo de mi vida era que a veces hay que dejar de vigilar la salida y quedarse.

—Deja de portarte como un caballero —dije—. Nunca te ha pegado nada.

Y esta vez lo besé yo.

Sin whisky. Sin tormenta. Sin reverendo borracho ni apagón ni excusas. A plena consciencia, en un puente de mi ciudad, sabiendo perfectamente lo que hacía y con quién y por qué. Lo besé despacio, subiéndole las manos por la nuca, y él me rodeó con los brazos y me levantó medio palmo del suelo sin darse cuenta, como hacía siempre, y el beso sabía a jazmín y a río y a un mes de cartas y a segunda oportunidad. Sabía a empezar otra vez, pero esta vez bien, desde el principio, con los ojos abiertos y sin nada escondido entre los dos. El primer beso lo dio el whisky. Este lo daba yo, entera, a propósito, y por eso valía por todos los anteriores.

Cuando nos separamos, me tenía todavía medio en el aire, con la frente pegada a la mía, y los dos respirábamos como si hubiéramos corrido.

—Bájame, animal, que nos ve todo el puente.

—Que nos vean. —Pero me bajó, despacio, sin soltarme—. Naroa.

—¿Qué?

—Ven a Escocia. No te lo pido para siempre. Ni para ya. Ven a probar. Un tiempo. Con tu trabajo, que lo puedes hacer desde donde quieras, corrigiendo tus vizcondes. Ven a ver si aquello, sin boda accidental y sin secretos, sigue siendo lo que fue. Y si no lo es, te vuelves, y yo lo entenderé. Pero ven a comprobarlo. Dame eso.

Lo miré. Y por una vez en la vida, la Naroa que llevaba dentro, la que siempre buscaba el asiento del pasillo y la salida de emergencia, no dijo nada. Se quedó calladita. Y habló la otra. La que se sienta en la ventanilla y mira el paisaje aunque no pueda escaparse tan rápido.

—Vale —dije—. Voy. A probar. Con condiciones.

—Tú siempre con condiciones.

—El de las condiciones eres tú, firmando papeles a mis espaldas, así que estamos en paz y calladito. —Le di un golpe en el pecho—.

Condición número uno: nada de vivir en casa de mi hermana. Ni en la cama que chirría, ni en el suelo. Una casa nuestra, o de alquiler, o lo que sea, pero nuestra.

—Concedido. Tengo alguna que otra, no sé si lo sabes.

—Ni te vengas arriba con lo del dinero, que a mí me sigue dando igual y te lo voy a recordar toda la vida. Condición número dos: me buscas los mejores bollos de canela de toda Escocia, y no derretidos. Frescos. Del día.

—Concedido. Conozco al panadero. Le hago socio si hace falta.

—Condición número tres: vengo a probar, no a rendirme. Si esto no funciona, me vuelvo, y no me pones cara de perro. Lo hemos hablado. Sin dramas.

—Concedido, aunque esa no me gusta.

—Es la más importante. Condición número cuatro...

—Las que quieras —dijo, y me volvió a besar antes de que terminara de enumerarlas, que es la única manera que ha encontrado nunca de ganarme una discusión.

Y yo lo dejé ganar. Por una vez. En el puente, con las luces de mi ciudad temblando en el agua, dejé que aquel escocés enorme, derretido y arrepentido me ganara la discusión con un beso, y pensé que a lo mejor, después de todo, no era tan malo.



CAPÍTULO 21: ESTA VEZ SIN PAPELES

Me mudé a Escocia en octubre, cuando en Sevilla todavía se iba una en manga corta y allí ya había que sacar el abrigo bueno. Y esta vez lo hice con los ojos abiertos, con billete de ida sin vuelta marcada, con mis libros en una caja y mi vida entera metida a presión en dos maletas grandes y el miedo de siempre bien guardado en el bolsillo, para sacarlo solo si hacía falta.

No nos fuimos a vivir a casa de mi hermana. Esa fue mi condición número uno y Lennox la cumplió a rajatabla: alquilamos una casita de piedra a las afueras del pueblo, pequeña, con chimenea, con una cama que no sonaba nada y unas vistas a las colinas que por las mañanas me dejaban tonta con la taza de café en la mano. Nuestra. Con nuestras cosas. Sin lapas ni edredones repartidos ni fronteras de Berlín. La frontera la habíamos derribado hacía mucho.

Y la prueba, funcionó.

Funcionó de la manera menos espectacular y más importante que hay: funcionó en lo cotidiano. En el día a día, que es donde de verdad se ve si dos personas encajan o solo se gustan. Porque enamorarse es fácil. Lo difícil son las manías del otro. Los días en que uno viene de mal humor y el otro no tiene la culpa. Yo, que venía escaldada, me pasé las primeras semanas esperando el fallo, el momento en que aquello se desinflara y resultara que la burbuja de la casa de Claudia había sido solo eso, una burbuja, y que en la vida real no nos aguantábamos. Y el momento no llegó. Al revés.

Descubrí que convivir con Lennox, en la vida real, con facturas y madrugones y días malos, era todavía mejor que en la burbuja. Que era ordenado hasta la exasperación —tenía las especias por orden alfabético, lo juro— pero recogía sin protestar lo que yo dejaba tirado, que era mucho. Que discutíamos, porque yo tengo un pronto sevillano y él una cabezonería de highlander, pero discutíamos bien, sin guardar rencor, sin sacar trapos sucios, y hacíamos las paces mejor de lo que discutíamos. Que se acordaba de cómo me gustaba el café. Que me dejaba el lado de la cama que da a la ventana porque sabía que me gusta ver amanecer. Que cuando yo tenía un día malo con la novela y me ponía insoportable, en vez de huir de mí, me traía un té y se sentaba a aguantarme, que tiene mucho más mérito.

Y cumplió su promesa. La de verdad. La única que le pedí.

Un día, a las tres semanas de vivir juntos, lo noté raro, callado, con esa espalda tensa que yo ya conocía de mal agüero. El corazón me dio un vuelco. Pensé: ya está, otra vez, ya empieza a esconderme algo. Y estaba yo montándome la película entera cuando él dejó el tenedor en la cena, respiró hondo, y me dijo:

—Naroa, tengo que contarte una cosa y me da vergüenza, pero te prometí que te las contaría. Me ha escrito Fiona. Un mensaje. Pidiendo perdón, dice, y preguntando por un negocio. No le he contestado, ni pienso, pero no quería que te enteraras por otro lado y pensaras que te lo escondía. Ya está. Te lo he dicho. Se me

revuelve todo por dentro solo de decírtelo, pero prefiero esto a lo otro.

Y yo, que me había puesto en guardia esperando una traición, me encontré con un hombre enseñándome su miedo encima de la mesa, en directo, tal y como le había pedido. Y en vez de dolerme, me dieron ganas de llorar de otra cosa. Porque aquello, aquel gesto pequeño y torpe de contarme una tontería para no esconderme nada, valía más que mil cartas. Era la prueba de que el hombre había cambiado de verdad. No en teoría. En la mesa de la cocina, un martes cualquiera.

—Gracias —dije—. Por decírmelo.

—¿No estás enfadada?

—Estoy lo contrario de enfadada. Aunque no sé cómo se llama eso.

—Le cogí la mano por encima de la mesa—. Bórrala y a otra cosa. Y la próxima vez que te dé miedo algo, misma técnica. Funciona.

Me acostumbré a la lluvia de lado. Aprendí a ponerme las botas antes de salir, sin que me lo dijeran. Le perdí el miedo a las ovejas, más o menos, aunque una en concreto, la del sendero del primer día, me sigue mirando raro cada vez que paso y yo sigo convencida de que se acuerda. El pueblo me adoptó como una más: Brodie me guardaba mi taburete en la posada y presumía de mí con los forasteros como si me hubiera criado él, y colgó una foto mía riéndome, sacada a traición, con un cartelito debajo que ponía «la española», como si fuera una atracción turística. La abuela Sinclair me invitaba a merendar los jueves y me contaba barbaridades de cuando era joven que no pienso repetir aquí por respeto a su memoria futura, y me enseñó a hacer un guiso escocés que me sale casi tan bien como a ella, cosa que ella niega, pero es verdad. Catriona, la de hielo, había resultado ser, bajo la coraza, una mujer sola que solo quería que a su hijo lo quisieran bien, y cuando entendió que yo lo quería bien, se deshizo el hielo del todo, y empezó a llamarme «hija» sin darse cuenta, y a mí se me hacía un nudo cada vez.

Empecé a trabajar desde la casita, corrigiendo mis novelas rosas por las mañanas, con la chimenea encendida y las colinas por la ventana, y descubrí que se corrige mucho mejor un vizconde arrogante cuando una tiene su propia historia de amor resuelta y no le tiene envidia a nadie. Ya no escribía cosas raras en los márgenes. Ahora, cuando el vizconde por fin besaba a la institutriz bajo la lluvia de pétalos, yo sonreía y ponía «bien» y seguía, porque me lo creía. Por fin me lo creía.

Y encima, para colmo de ironías, resultó que a Lennox le fascinaba mi trabajo. Se sentaba a veces por las noches y me pedía que le leyera en voz alta los capítulos más cursis, y se reía, y me hacía comentarios de highlander bruto sobre las escenas románticas —«eso en la vida real no se hace, se te duerme el brazo»— que me daban material para mejorarlas. Un magnate del whisky de metro noventa haciéndome de primer lector de novelas rosas. La vida, cuando se pone, tiene un sentido del humor buenísimo.

Echaba de menos Sevilla, claro. Echaba de menos a mi madre, el sol, el bullicio, el gazpacho de verdad. Pero era una nostalgia sana, de las que se curan con una videollamada y un billete de avión para Navidad. No era el hueco enorme y negro que había sentido en Sevilla sin Lennox. Ese hueco ya no estaba. Ese hueco lo había rellenado él, sin papeles, con su letra torpe y su manera de decir mi nombre.

Un domingo de noviembre, Lennox me dijo que me pusiera las botas, que me llevaba a un sitio.

—¿Qué sitio?

—Un sitio mío. Ponte las botas y no preguntes.

Y me sonó, claro que me sonó, porque era exactamente lo que me había dicho la única vez anterior que me llevó al loch. Pero no dije nada. Me puse las botas, me subí al coche, y dejé que me llevara otra vez por aquellas carreteras estrechas y altas, entre la niebla, hasta el final del camino de tierra y el muro de piedra. Subimos el sendero, yo ya sin resoplar tanto porque un otoño de vida escocesa me había puesto en forma a la fuerza, y coronamos la loma, y ahí

estaba otra vez, mi loch, el suyo, el de su padre, quieto y oscuro y plateado bajo un cielo limpio, con la neblina despegándose del agua como si respirara.

Y esta vez había algo distinto. Sobre la piedra plana, la de siempre, la de su padre, estaba apoyada su gaita.

Se me paró el corazón.

—Lennox...

—Siéntate un momento —dijo, y le temblaba un poco la voz—.

Déjame hacer una cosa primero. Llevo semanas ensayándola y como no la haga ahora reviento.

Me senté en la piedra. Y él cogió la gaita, se la colgó, se apartó unos pasos, de espaldas al agua, con el loch entero y las montañas detrás, y empezó a tocar. Y no era una canción cualquiera. Era una canción lenta, antigua, de las que suenan a tierra y a lluvia y a gente que ya no está, y la tocó entera, mirándome, sin equivocarse ni una vez, con esa manera suya de tocar con todo el cuerpo. La música llenó el valle, rebotó en las montañas, se posó sobre el agua quieta del loch. Y yo, sentada en la piedra de su padre, con aquel hombre enorme tocándome una canción de muertos y de amor en el sitio más suyo del mundo, entendí, antes incluso de que dijera nada, lo que estaba a punto de pasar. Y en vez de darme ganas de salir corriendo, como me habría pasado toda la vida, me dieron ganas de que no se acabara nunca.

Cuando terminó, con la última nota todavía flotando sobre el agua, dejó la gaita en la piedra, se acercó, y se arrodilló en la hierba mojada delante de mí, sin importarle que se le calaran los pantalones, aquel hombre tan suyo de sus manías y su ropa ordenada arrodillado en un barro que le estaba poniendo perdido.

—Esa canción la tocaba mi padre —dijo—. Es lo único que sé tocar que me enseñó él antes de morir. No la había vuelto a tocar entera desde entonces. La he recuperado para hoy. Para ti. Porque quería traerte al sitio más importante de mi vida, y tocarte lo más importante que tengo, y pedirte una cosa aquí. Es como si estuviera

él también, ¿sabes? En esta piedra. Quería que estuviera él cuando te lo pidiera.

Yo ya estaba llorando. Sin ruido, sin aspavientos, como se llora cuando algo es demasiado grande.

—Naroa. Ya estamos casados. Ya lo sé. Nos casó el whisky. Mi whisky, para ser exactos, que nunca te lo dije. Pero a mí me falta lo importante. Me falta habértelo pedido. Elegirte a propósito, despacio, sin alcohol, sabiendo exactamente lo que hago y por qué.

—Metió la mano en el bolsillo del abrigo—. La otra vez que fui a arreglar lo nuestro con un papel, fui a las islas a firmar un blindaje para protegerme de ti. Fue lo más cobarde que he hecho nunca. Así que esta vez no traigo letra pequeña. No traigo nada que me proteja. Solo traigo esto.

Y abrió la mano, y en la palma había un anillo. Antiguo, sencillo, de oro gastado, de esos que han vivido ya una vida entera en otro dedo antes de llegar al tuyo.

—Era de mi abuela —dijo—. Se lo pedí. Me dijo que llevaba esperando dártelo desde el desayuno de la morcilla, que supo desde el primer día que ibas a ser tú. Que te lo diera de su parte, y que si le decías que no, no me molestara en volver a casa. Que se quedaba contigo y me echaba a mí.

Se me escapó una carcajada entre las lágrimas, porque era tan de la abuela que casi la oí decirlo, con su bastón y su copa de jerez.

—Naroa García. —Lennox cogió aire, y le brillaban los ojos a él también—. ¿Quieres casarte conmigo? Otra vez. Pero esta vez de verdad. A propósito. Sabiendo lo que haces. Conmigo entero, con mis miedos, con mi pueblo que llueve a todas horas y mi familia de locos y mi manía de recogerlo todo. Sin red. Solo yo, y tú, y esta piedra, y las ganas horribles que tengo de pasarme la vida contigo. ¿Quieres?

Y yo, que llevaba toda la vida huyendo del compromiso, que me reía de las bodas, que había necesitado una boda accidental y un mes de cartas y a mi madre y a media Escocia para aprender a quedarme,

miré a aquel hombre enorme arrodillado en la hierba mojada, con la gaita de su padre en la piedra y el anillo de su abuela en la mano y todo el corazón por fuera, sin una sola defensa puesta.

Y no salí corriendo. Por una vez, no salí corriendo.

Y me di cuenta, en aquel segundo, de que ya no me daba miedo. Que el miedo, ese que llevaba años conduciéndome la vida, se había bajado del coche en algún punto de los últimos meses sin que yo me diera cuenta. Que aquel hombre había hecho lo único que de verdad desarma el miedo de una: no prometerme que nunca me haría daño, sino demostrarme, día a día, martes a martes, que cuando le entrara el miedo me lo iba a contar en vez de esconderse. Y con eso, resulta, se puede vivir. Con eso se puede una hasta casar. Otra vez. A propósito.

—Sí —dije—. Animal. Que sí. Que quiero. Que me quiero casar contigo otra vez, y esta vez me pienso enterar de todo, y me pienso acordar de todo, y no pienso tomar una gota de whisky, tu whisky, hasta después del «sí, quiero», no vaya a ser.

Se le rompió la cara de alegría, y me puso el anillo, que me estaba grande, con las manos temblándole, y me levantó de la piedra y me abrazó y me besó y me volvió a levantar medio palmo del suelo, y los dos lloramos y nos reímos a la vez en lo alto de aquella loma, como dos idiotas felices en mitad de la nada más bonita del mundo.

—Una cosa —dije, cuando por fin me bajó, secándome la cara—. La otra vez me perdí mi propia boda porque estaba borracha. Esta la quiero recordar entera. Con mi madre. Con mi gente. Con tiempo para organizarla bien.

Lennox sonrió. Una sonrisa rara, contenida, de niño que guarda un secreto y le cuesta la vida no soltarlo. Se metió la mano en el bolsillo, miró la hora en el móvil con disimulo, y le vi hacer un esfuerzo enorme por no reírse.

—Ya —dijo—. Sobre eso de organizarla con tiempo y con tu gente. Hay una cosa que quiero que veas en la posada de Brodie. Baja conmigo, anda.

—¿Qué cosa? —Lo miré con recelo, que ya lo conocía—. Lennox.
¿Qué has hecho?

—Yo no he hecho nada.

—Tienes la misma cara que puso Claudia el día que me organizó una fiesta sorpresa y se le notaba a tres kilómetros. ¿Qué has hecho?

—Baja y lo ves. —Me cogió de la mano, recogió la gaita de su padre de la piedra, y tiró de mí hacia el sendero, con una prisa mal disimulada—. Y ponte guapa por dentro, que a lo mejor te llevas una alegría. O un susto. Con mi familia y la tuya nunca se sabe.

—¿Mi familia? —Me paré en seco en mitad de la bajada—. Lennox. Mi familia está en Sevilla. ¿Por qué dices «mi familia»?

—He dicho «la tuya» en general. Anda, baja, no te pares, que se enfría la cosa.

—¿Qué cosa se enfría? ¡Lennox!

Pero él ya bajaba delante de mí, tirando de mi mano, muerto de risa por dentro, sin soltar prenda, y a mí el corazón me latía por dos motivos ahora: por el anillo que me bailaba en el dedo y por la sospecha, cada vez más grande, de que aquel hombre me había preparado algo mucho más gordo que una pedida en un loch.

Bajamos la loma juntos, hacia el pueblo, hacia la posada, y con cada paso que dábamos hacia el valle yo tenía más claro que la jugada no había terminado. Que aquel highlander tramposo, me tenía preparada una última sorpresa allá abajo, en el bar de Brodie, donde todo había empezado a torcerse bien.

Así que apreté el paso, tirando yo ahora de él, porque si me había montado algo, prefería descubrirlo cuanto antes. Y bajamos los dos medio corriendo la última cuesta, riéndonos, resbalando en el barro, hacia las luces del pueblo que empezaban a encenderse en la tarde gris, hacia la puerta de madera de la posada de Brodie.



CAPÍTULO 22: HASTA QUE LAS HIGHLANDS NOS SEPAREN

Abrí la puerta de la posada de Brodie. Y el mundo entero me cayó encima de golpe.

Porque el bar estaba a reventar. Lleno hasta la bandera. Y en cuanto crucé el umbral, con el anillo de la abuela todavía bailándome en el dedo y el barro del loch en las botas, todos se giraron a la vez y estalló una ovación que hizo temblar los vasos de la barra. El pueblo entero estaba allí. Brodie detrás de la barra, radiante, con un delantal limpio para la ocasión. La abuela Sinclair en su sitio de siempre, con una copa de jerez y una sonrisa de haber sido cómplice de todo. Catriona, con los ojos ya brillantes. Marcus. Y Claudia, mi hermana, plantada en primera fila, con una cara de estar a punto de explotar de la emoción y de lo mucho que le había costado callárselo.

Pero yo no los vi a ellos primero. Primero, entre toda aquella gente, vi a mi madre.

Mi madre. En Escocia. De pie, sin muletas, con su vestido bueno y el bolso agarrado con las dos manos, llorando ya antes de que yo la viera, en el país al que había amenazado con venir a partirle la cara a alguien. Mi madre, que no había podido ir a la boda de Claudia por el maldito tobillo, que se había quedado en Sevilla con la espinita clavada de no ver a ninguna de sus niñas casarse. Mi madre estaba allí. La habían traído. Estaba allí para verme.

Se me doblaron las rodillas. Solté un ruido que no era una palabra, crucé el bar a trompicones y me eché en sus brazos, y las dos nos pusimos a llorar como dos crías en mitad de la posada, mientras el pueblo entero aplaudía y a mí se me rompía por dentro algo que llevaba roto desde hacía mucho y que no sabía que se podía arreglar.

—Mi niña —me decía ella al oído, meciéndome—. Mi niña se casa. Y esta vez lo veo. Esta vez sí lo veo.

—Mamá, ¿cómo estás aquí? ¿Cómo has...?

—Pregúntale a ese armario tuyo. —Me señaló por encima de mi hombro a Lennox, que estaba en la puerta, mirándonos con una sonrisa que le ocupaba la cara entera—. Que lleva un mes organizando esto a tus espaldas, llamándome por teléfono con su español de pena, poniéndose de acuerdo conmigo y con tu hermana para traernos a todos sin que te enteraras. A todos, Naroa. Mira bien.

Y miré bien.

Y detrás de mi madre, con una copa en la mano y una sonrisa algo incómoda pero presente, estaba mi padre. Mi padre, que llevaba divorciado de mi madre desde que yo tenía uso de razón, que había estado en la boda de Claudia y allí había hecho unas migas improbables con un escocés anciano del pueblo. Y allí estaba otra vez, en Escocia, al lado del mismo escocés anciano, los dos con sus jerséis de lana y sus copas, tan a gusto, retomando una amistad de

idiomas imposibles. Mi padre levantó la copa hacia mí, emocionado a su manera contenida, y el escocés anciano levantó la suya también, solidario, sin tener ni idea de quién era yo, pero encantado de brindar por lo que fuera.

Y allí estaba Manolo, el novio de mi madre, con su bigote ridículo, haciéndose cargo del bolso de ella y de la situación, saludando a mi padre con esa cordialidad andaluza que resuelve en dos frases lo que en otras familias sería un drama de años. Los dos hombres de mi madre, el de antes y el de ahora, compartiendo mesa en un bar de las Highlands, tan panchos, porque en el fondo la gente buena se apaña.

No faltaba nadie. Ese fue el milagro. No faltaba absolutamente nadie.

Claudia me atrapó en cuanto solté a mi madre, y me abrazó tan fuerte que casi me parte una costilla, riéndose y llorando a la vez.

—¡Un mes! ¡Llevo un mes guardándote este secreto, un mes, yo, que no sé guardar ni un caramelo! —Me sacudió por los hombros—. ¿Tú sabes lo que ha sido? Tu escocés me llamaba a escondidas para organizarlo todo, y yo teniendo que hablar contigo por teléfono cada semana haciéndome la tonta, mordiéndome la lengua. He envejecido diez años. Me debes una muy gorda, Naroa García. Bueno, Naroa Sinclair. Lo que seas ya.

—¿Tú lo sabías? ¿Desde el principio?

—¿Que si lo sabía? Hija, si lo he cosido yo con él. Los vuelos de mamá, el rollo de papá y su escocés, que hubo que convencer a papá de que viniera y no montara numerito con que iba a estar mamá... Un máster de logística familiar, te lo digo yo. —Me guiñó un ojo—. Para que luego digas que no te quiero.

Fui saludando a todos como en una nube. Catriona me cogió la cara con las dos manos y me dijo «bienvenida a la familia, hija, esta vez de verdad», y ya no me molestó nada el nudo de la garganta. La abuela Sinclair me agarró del brazo, me miró el anillo en el dedo con una satisfacción de general que ha ganado la guerra, y sentenció:

—Lo dije. Lo dije el día de la morcilla. Que esta chica tenía carácter y que a mi nieto le hacía falta alguien con carácter. Y nadie me hace caso hasta que tengo razón. —Levantó su jerez—. Ese anillo lo llevó mi madre, y su madre antes. Cuídamelo, que ya es tuyo. Y cuídame al bruto de mi nieto, que sin ti se me vuelve a apagar.

Mi padre se acercó por fin, torpe, emocionado a su manera de hombre que no sabe llorar en público, y me dio un abrazo de los suyos, cortos y fuertes, y me presentó con orgullo a su amigo el escocés anciano, que resultó llamarse Hamish y no entendía una palabra de español, igual que mi padre no entendía una de inglés, lo cual no les había impedido hacerse amigos del alma a base de whisky, gestos y buena voluntad.

—Este es Hamish —dijo mi padre, dándole una palmada en la espalda al viejo—. Un fenómeno. Nos escribimos, ¿sabes? Aunque no nos enteramos de nada. Pero da igual. La amistad no necesita idioma. —Me miró, y se le humedecieron los ojos—. Como lo tuyo con el escocés grande, ¿no? Que empezasteis sin entenderos y mira. De tal palo.

Y en ese «de tal palo» de mi padre, y en el «de tal palo» que me había dicho mi madre semanas atrás, entendí que aquellos dos, tan divorciados, tan distintos, seguían siendo, cada uno a su manera, mis padres. Y que los tenía a los dos allí, en un bar de las Highlands, juntos en la misma sala celebrando algo mío, cosa que no había pasado nunca desde que se separaron. Eso también era un regalo de Lennox. Uno que no había pedido y que no sabía cuánto necesitaba.

Me giré hacia Lennox, que seguía en la puerta, y no me salían las palabras.

—Dijiste que querías organizarla con tiempo y con tu gente —dijo él, acercándose, un poco abochornado por la que había liado—. Y yo llevaba un mes con el miedo de que dijeras que sí en el loch y luego no. Así que lo prepararé todo por si acaso. Los vuelos, la gente, la posada. Le dije a Brodie que cerrara hoy al público. Le pedí a Angus

que viniera. Y esta vez —añadió, y le tembló la voz— le pedí que viniera sobrio.

Y ahí, entre la gente, apareció Angus. El reverendo. El mismo que nos había casado a los dos borrachos como cubas la noche de la boda de Claudia. Pero esta vez venía recto, con el alzacuello bien puesto, los ojos claros y una biblia bajo el brazo en vez de una botella. Me hizo una reverencia solemne y me dijo, muy digno:

—Señora Sinclair. La otra vez los casé sin acordarme apenas. Será un honor hacerlo hoy como Dios manda, y recordarlo mañana.

Me eché a reír entre las lágrimas. Porque era perfecto. Era absurdo y era perfecto y era, exactamente, nosotros.

—Un momento —dije, mirándolos a todos, secándome la cara con la manga—. ¿Me estáis diciendo que la boda es ahora? ¿Hoy? ¿Aquí?

—Solo si tú quieres —dijo Lennox, y por una vez el hombre enorme parecía pequeño, expuesto, sin una sola defensa—. Está todo listo. Tu familia ha venido. El pueblo está aquí. Pero si prefieres esperar, organizarla tú, hacerla a tu manera, lo desmontamos todo y no pasa nada. Es tu boda. Esta vez es tuya. Tú decides.

Y ahí estaba otra vez, la diferencia entre el hombre que firmó un papel a mis espaldas y el que tenía ahora delante. El de antes habría decidido por mí. El de ahora me lo ponía todo en las manos y esperaba, sin red, a ver qué decía yo.

Miré el bar. Miré a mi madre, que me miraba sin respirar apenas, con las dos manos juntas como rezando. Miré a Claudia, a la abuela, a Catriona, a Brodie con su delantal, a mi padre y su escocés, a Manolo, al pueblo entero que me había adoptado. Miré a Angus con su biblia y su alzacuello. Y miré a Lennox, con su kilt puesto — porque el muy tramposo se había puesto el kilt para bajar al loch y yo, tonta de mí, no había atado cabos— y todo el corazón por fuera.

Y pensé en la otra boda. En la accidental. En la que llegué de mala gana, odiando las bodas, huyendo del compromiso, y acabé casada por error, borracha, sin enterarme, con un desconocido enorme. Y pensé en lo lejos que estaba ahora de aquella Naroa. En todo lo que

había hecho falta para llegar hasta aquí: una boda equivocada, una casa compartida, un apagón, un loch, un blindaje, un mes de cartas, mi madre, el asiento de la ventanilla... Todo para acabar en el mismo bar donde empezó, pero al revés. Consciente. Elegido. Sin whisky.

—Que sí —dije, y me falló la voz—. Que sí, que la boda es ahora. Que ya he esperado bastante. Pero que quede clara una cosa. — Levanté un dedo, porque una es como es hasta en el altar—. Esta me la voy a recordar entera. Cada minuto.

Y el bar entero rugió.

Lo que vino después no fue una boda de revista. No hubo castillo, ni cientos de invitados, ni fotógrafo de lujo, ni el dineral que Lennox había gastado en secreto en la de Claudia. Hubo una posada de pueblo, cuatro guirnalda que la abuela había mandado colgar, un reverendo sobrio, el olor a turba de la chimenea, y cincuenta personas apretadas que me querían o que querían a Lennox o que simplemente querían ver a la española casarse con el highlander más grande del condado.

Y fue mil veces más bonita que la de Claudia. Porque la de Claudia fue perfecta, y esta fue verdad. Y no hay presupuesto que compre eso.

Me casé con un vestido prestado que me dejó Claudia, que me estaba un poco largo, con las botas de andar por el barro todavía puestas debajo porque no había tiempo para más y porque, total, ya somos highlanders. Brodie y mi foto enmarcada hicieron de testigos. Un gaitero del pueblo tocó a la puerta mientras yo cruzaba el bar hacia Lennox, y esta vez la gaita no me pareció un ruido raro de un país frío, sino la cosa más bonita del mundo, porque era la música de mi casa nueva.

Mi madre me llevó del brazo hasta él. Ella, que no había podido llevar a Claudia por el tobillo, me llevó a mí, cojeando un poquito todavía, muy despacio, muy digna, con la cabeza alta y los ojos empapados, entre dos filas de escoceses que ni conocía y que la miraban como se mira a una madre que cruza medio continente para entregar a su hija. Cuando me dejó al lado de Lennox, me dio un

beso en la mejilla y le dijo a él, en su inglés de andar por casa que se había pasado el vuelo practicando:

—Cuídala. Es lo mejor que he hecho. Y ya sabes: si la haces llorar, vengo. Y el tobillo ya lo tengo bien.

Lennox, muy serio, le contestó en su español de suegra:

—Sí, señora. No la voy a hacer llorar. Y si lloro yo, ¿usted qué?

Y mi madre se rió, y le dio una palmada en el brazo, y ya lo quiso para siempre.

Angus nos casó despacio, en su inglés antiguo. Fue una boda de traducciones a media voz, de gente que no se entendía del todo pero que se emocionaba igual, que es como se emociona la gente de verdad, sin necesitar los subtítulos. Y cuando llegó el momento de los votos, Lennox, que había preparado un discurso larguísimo — lo llevaba escrito en una tarjeta que le temblaba en la mano—, se atascó a la segunda frase, se puso rojo, se guardó la tarjeta en el bolsillo del kilt y me miró:

—La otra vez no me acuerdo de lo que dije —empezó Lennox, y se le movió una sonrisa nerviosa en la boca—. Probablemente alguna estupidez en gaélico que Angus fingió entender. Así que esta vez voy a decirlo sobrio. Que ya es una mejora.

Hubo alguna risa baja en el bar.

Lennox me miró, y entonces se le fue la broma de la cara.

—Naroa, yo llevaba años viviendo con una gran desconfianza detrás, por si tenía que salir corriendo antes de que alguien me hiciera daño. Y luego llegaste tú, con un vestido imposible, tres champanes encima y la mala idea de levantarme el kilt delante de mi abuela...

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Te prometo que no voy a esconderme más. Ni detrás de un apellido, ni de un papel, ni del miedo. Te prometo decirte la verdad incluso cuando me dé vergüenza. Sobre todo cuando me dé vergüenza. Te prometo ser casa, no jaula. Ser brazos abiertos, no puerta cerrada. Y si algún día tienes miedo y necesitas correr,

correré contigo hasta que se te pase. Pero no voy a dejar que creas que tienes que irte para estar a salvo.

Respiró hondo. Le tembló un poco la voz.

—Contigo, hasta el mal tiempo me parece un buen plan. Así que me quedo. En la lluvia, en Sevilla a cuarenta grados, en una cama que suena, en una terraza con bollos de canela derretidos o donde tú me dejes estar. Me quedo contigo, Naroa. Hasta que las Highlands nos separen. Y como las Highlands no separan a nadie que se quiera de verdad... vas a tener que aguantarme muchísimo.

No se oyó ni una mosca en el bar. Y luego, la mitad llorando.

Brodie, detrás de la barra, se secó los ojos con el delantal y disimuló sirviéndose un whisky.

Yo me había preparado unas palabras dignas. Preciosas. Adultas. Incluso había ensayado no llorar, que ya era optimismo, pero se me olvidó todo.

—Uff —dije, pasándome los dedos por debajo de los ojos—. A ver cómo compito yo ahora con eso, escocés.

Lennox soltó una risa pequeña, rota. Y Yo también me reí, aunque me temblaba la barbilla.

—La otra vez me casé contigo porque estaba borracha, porque tenías unas piernas indecentes y porque tu hermano me caía fatal. Esta vez me caso contigo porque, incluso cuando me fui, seguías siendo el sitio al que quería volver.

Él tragó saliva.

—Me das miedo, Lennox. Todavía. No porque no confíe en ti, sino porque contigo ya sé lo que puedo perder. Pero también sé lo que gano si me quedo. Y por una vez en mi vida, voy a quedarme.

Le cogí las manos.

—Te prometo no salir corriendo sin mirar atrás. Te prometo decirte cuándo me asuste. Te prometo discutir contigo, reírme de ti, robarte el edredón y recordarte todos los días que un kilt sigue siendo una falda, por mucha tradición que tenga. Y te prometo quererte entero:

con tus islas, tus silencios, tu mal tiempo, tus cartas, tus miedos y esa manía tuya de ser enorme hasta para pedir perdón.

Sonreí entre lágrimas.

—Eres el primer sitio al que quiero volver. Y ya no tengo intención de irme a ninguna parte. Así que sí, escocés. Me quedo a ver ese mal tiempo contigo. Todos los días que nos queden.

Angus nos declaró marido y mujer —«otra vez, y esta que valga»— y Lennox me besó, y me levantó del suelo, como siempre, delante de nuestras familias y de un pueblo entero de las Highlands que aplaudía y silbaba y lloraba, y yo, por una vez en mi vida, no busqué con los ojos dónde estaba la salida.

Porque ya estaba en casa.



EPÍLOGO

Un año después, la abuela Sinclair tenía razón, como siempre.

Vivimos a caballo entre dos sitios, que es lo que tienen los matrimonios de dos países: medio año en la casita de piedra de las Highlands, con la chimenea y las colinas y la lluvia de lado, y los inviernos crudos escapándonos a Sevilla, a la luz y al bullicio y al gazpacho de mi madre, porque a Lennox, que resultó ser un friolero de campeonato, el frío de enero en Escocia le pareció, y cito, «un castigo que ni los peores pecadores merecen».

Sigo corrigiendo novelas rosas, ahora desde las dos orillas, y he empezado a escribir una mía, por fin, una historia absurda sobre una sevillana que se casa por error con un highlander en la boda de su hermana. Mi editora dice que es demasiado inverosímil, que eso no le pasa a nadie. Yo le he dicho que se sorprendería.

Mi madre y Lennox se hablan por videollamada los domingos, él con su español que ha mejorado a base de suegra, ella corrigiéndole el acento y mandándole recetas. Mi padre volvió a Escocia dos veces más solo para ver a su amigo el escocés anciano, y ahora se

mandan postales que ninguno de los dos entiende del todo pero que guardan como un tesoro. Manolo le montó a Lennox una moto vieja para cuando estamos en Sevilla, y los domingos se van los dos a dar vueltas, el andaluz del bigote y el highlander enorme, sin hablar, felices.

Brodie sigue teniendo mi foto enmarcada. Y al lado, ahora, otra más. Una foto de la boda. La de verdad. La segunda. La que sí recuerdo. Los forasteros que entran en la posada preguntan por las dos cosas, y Brodie les cuenta la historia entera, y la adorna un poco más cada vez, que para eso es posadero.

Fiona no volvió a aparecer. Me llegó, por Brodie, que se había ido a vivir a Londres y se había echado un novio banquero con más dinero que Lennox, así que supongo que encontró lo que buscaba. Le deseo lo mejor, de verdad, ahora que puedo permitírmelo. Cuando una es feliz, hasta perdona.

Y la cama de la casita de piedra, la nueva, la nuestra, no suena. Pero de vez en cuando, si me despierto de madrugada, oigo a Lennox roncar bajito a mi lado. Y en vez de darme rabia, me acurruco un poco más cerca, en mi lado de la ventana, y me vuelvo a dormir.
